

EL LIBERALISMO

TEORICO Y PRACTICO

POR

Rafael Villamar.



QUITO

IMPRESA DE ELENA PAREDES POR J. MORA.

1887



DEDICATORIA.

AL SACRATISIMO

CORAZON DE JESUS.

A Vos, ¡CORAZÓN amabilísimo!, dedica estas páginas el último y más despreciable de los hijos de la República que os está consagrada. Recibidlas benigno, y bendecid á este pueblo que os reconoce y adora por su Bienhechor Soberano.

Quito, Enero 15 de 1887.

Profacl Villamar.

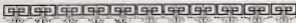
PROLOGO.

Vendrá tiempo, dice el Apostol, en que (los hombres) no sufrirán la sana doctrina, antes amontonarán maestros conforme á sus deseos, teniendo comeson en las orejas; y apartarán los oídos de la verdad, y los aplicarán á las fábulas'. (1)

Este tiempo ha llegado; y los que militan bajo las banderas de la Verdad revelada, hijos fieles de la Iglesia de Jesucristo, tienen obligación de combatir, por todos los medios que la Divina Providencia haya puesto á sus alcances, el error y la mentira que difunden por toda el baz de la tierra, con pavorosa rapidez, los obcecados propagandistas de principios impíos destructores de las sociedades; porque la indiferencia ó abstención en la guerra que hace el infierno á la Iglesia Católica, depositaria de esa Verdad revelada, equivale á una apostasía ó, por lo menos, á una aprobación tácita de aquellos principios subversivos del orden social y religioso. Reconociendo esta obligación de todo católico hemos escrito para el pueblo, para los trabajadores padres de familia, y para los que no conozcan la historia del *liberalismo* en sus diferentes denominaciones y matices las pocas páginas que siguen, ya que nuestros escasos medios no nos han permitido darles mayor extensión. Y por ser escritas para el pueblo hemos empleado el lenguaje más sencillo y claro, y elegido los trozos de historia más comprensibles. Sabemos muy bien que los eruditos, los literatos y las personas instruidas no honrarán este pobre escrito con la lectura de una sola de sus páginas; pero nos consideraremos felices y bien recompensados, si Dios acepta el sacrificio que le hacemos de este trabajo, infinitamente de menor valor que el óbolo de la viuda de que habla el Evangelio.

(1) *San Pablo á Timoteo. Carta II.*





EL LIBERALISMO

TEORICO Y PRACTICO.

I

DEFINICIÓN DEL LIBERALISMO.—EL LIBERALISMO ES LA REVOLUCIÓN SOCIAL.—SUS PRINCIPIOS ENCIERRAN TODOS LOS ERRORES, HERESÍAS Y CISMAS DE TODOS LOS SIGLOS.—DIVERSAS DENOMINACIONES QUE HAN ADOPTADO LOS GRUPOS LIBERALES.

¿Qué es el liberalismo? ¿Cuáles son sus doctrinas y principios? ¿Qué medios emplea para propagarlos? ¿Son estas doctrinas y principios meras fórmulas especulativas, ó tienen aplicación práctica? ¿Qué bienes han reportado de ellas las sociedades? — He aquí los principales puntos de que trataremos en este escrito, impulsados del deseo de hacer conocer á los hombres sencillos, y especialmente á la clase trabajadora de nuestro pueblo, lo que es en su esencia y organización el *liberalismo*, y á lo que aspira este monstruo que devora las entrañas de las sociedades modernas, fingiendo ser el representante y defensor de los derechos y garantías del pueblo; el libertador de la esclavitud y enemigo del despotismo; el promovedor de todo progreso y único depositario de la civilización; siendo así que en la práctica no es más que el enemigo de Dios, de la sociedad, de la familia y de toda autoridad, como lo comprueban sus hechos, sus propias

confesiones, y las negras páginas que ha dejado escritas en la historia.

¿Qué es el liberalismo? Es la revolución; pero no de aquellas que tienen por único fin derrocar un solio para sustituirlo con otro; no de aquellas revoluciones justificables que se llevan á cabo para libertar á un pueblo de un tirano impío, bastardo y despótico que se haya levantado por la fuerza de las armas; — no: la revolución propiamente dicha, la revolución encarnada en el liberalismo, es la *revolución social* que no se satisface con exterioridades, y cuya misión funesta no es la de remover superficies, sino la de demoler las sociedades desde sus bases más sólidas hasta las más inocentes costumbres de familia. El *liberalismo* es, como lo han definido escritores de gran valía, teólogos y moralistas,—el **ateísmo en religión; el materialismo y racionalismo en filosofía; la anarquía en política, y el caos en el orden social.** “Es, dice el P. Félix en su primera conferencia sobre el socialismo, un conjunto de *doctrinas, de pasiones y conspiraciones* que atacan y pretenden destruir el estado social presente, ó, si lo juzgais mejor, la *agresión social apasionada y armada contra la sociedad*” . . . “Si únicamente considerais en el socialismo lo que podría llamarse su realidad viva, encontraréis una cosa que parece no tener nada de común con el mundo de las ideas. Tenéis delante algo semejante al león ó al tigre, que obedece á sus instintos, rugiendo en los bosques tras de una presa. A la hora presente tenemos á la vista no el socialismo doctrinal, pretendiendo levantarse por el imperio de una idea, sino el socialismo brutal, pretendiendo imponerse por la grosería de los hechos . . . el socialismo agresor que sólo pide á la fuerza la realización de su programa; . . . el socialismo destructor pronto á pasear, á través de las ruinas del mundo real, el sangriento estandarte de su fraternidad. Estamos, para decirlo de una vez, ante un socialismo que llamaré mejor el socialismo de la tea y del puñal”.

“El *liberalismo* es, dice Augusto Nicolas, *¿ven el* *ira á Dios. á Cristo y á su Vicario ; es el Antic* ^{tre sí;} *nismo y el Ateismo.* Y en esta guerra y bajo esta ^{c de} *ira* está la guerra a la libertad, á la justicia, al dere ^{sus} *á la moral, á la prosperidad, á la familia, á la patria,* *toda la sociedad ; es la bestial Commune, es el mal sin* *mezcla”.*

Nada de lo pasado, nada de lo viejo debe respetarse ; destruirlo todo, demolerlo todo, pulverizarlo, reducirlo á cenizas y esparcirlas por los cuatro vientos, — he aquí la revolución social—he aquí el liberalismo práctico. ¡ Mentira ! Calumnia ! exclamarán algunos de los liberales , porque muchos de ellos no se atreven aún á presentar su programa despojado de la capa de hipocresía con que lo cubren ; pero también muchos de sus correligionarios lo han expuesto de tal modo desnudo de todo disfraz, que sus confesiones han arrancado los anatemas de los que han creído extemporánea toda manifestación hostil á las sociedades.

La historia del *liberalismo* data desde que Luzbel osó rebelarse en el cielo contra la autoridad del Verbo Divino : “*Non serviam*” / *No obedeceré !* fué la fórmula del orgullo revolucionario del *primer liberal* que quiso sustraerse de la dependencia de su Criador ; y esa fórmula fatídica, unida á la fermentada promesa de soberanía *sereis como dioses*, con que el mismo espíritu revolucionario alució á los inocentes moradores del Paraíso y los sujetó á los trabajos y la muerte, han venido repitiéndose por los revolucionarios liberales de todos los siglos, y ocasionando los males y desastres que han aquejado al género humano ; males y desastres que en el día se presentan más espantables que nunca, por la audacia con que los liberales los encomian y aplauden, y que conducirán á las sociedades Dios sabe á qué abismo, si el espíritu católico no se lanza denodado á combatirlos sin tregua, con las armas de la historia, de la verdad revelada, de la razón y de la fe.

La época de los triunfos del liberalismo, si triun-

confesi-
tas en de llamarse la destrucción y muerte de los
s envenenados con las doctrinas antisociales,
no d' fijarse desde la revolución francesa de 1789 en
so' esas doctrinas empezaron á tener aplicación prác-
ca: desde esa revolución que escandalizó al mundo
con sus infernales actos de salvajismo y crueldad: que
derramó torrentes de sangre inocente; que al grito de
libertad y república demolió tronos y cabañas, iglesias
y ciudades, casas de caridad y edificios respetados aun
por el tiempo; desde esa revolución que, invocando
los *derechos del hombre*, estableció el *gobierno del terror*,
puso á saco las poblaciones, bolló todos los principios
de moral y de justicia, y degradó á la humanidad has-
ta ponerla inferior al más asqueroso reptil. Pues esa
revolución, madre de la de 1848 y de la *Commune* de
1870 de la misma Francia, quieren verla reproducida
perpetuamente y propagada por todo el mundo los li-
berales de nuestro tiempo. La aplauden con entusias-
mo; la desean con vehemencia, y se proclaman, con
orgullo, sus panegiristas y admiradores. De aquí es
que no hay un solo escrito liberal que no contenga los
principios de la *gloriosa* y, para el liberalismo, envidia-
da *revolución del 93*. ¡ *Grandes conquistas del 89!* se
llaman en la secta liberal esos principios altamente
contrarios á la Religión Católica, antisociales y absur-
dos que, con el título de *Declaración de los derechos del
hombre*, se sancionaron en aquel año por los Estados
generales de la Francia; principios que encierran las
doctrinas de Lutero, Calvino, Zwinglio, Ecolampadio,
&c., principales jefes de la Reforma protestante, y las
negaciones, burlas, sarcasmos y sofismas de Voltaire y
los enciclopedistas del siglo XVIII, principios en fin,
que son el conjunto de todos los errores, herejías y cis-
mas que se han sucedido desde los ebionitas del pri-
mer siglo de la Iglesia hasta nuestros días.

Y aunque de la doctrina del libre examen, y la
libre interpretación de los Sagrados Libros, enseñada
por el fraile apóstata, han resultado, por consecuencia

necesaria, la multitud de sectas que constituyen el protestantismo, muchas de ellas heterogéneas entre sí; aunque tras esta babilonia protestante, la falange de filósofos sofistas no han estado tampoco acordes en sus teorías y falsos principios; y aun cuando han dado diversas denominaciones, á los distintos grupos y sociedades en que elaboran la ruina de los pueblos, todos concuerdan en un solo punto, y todos han trabajado, como trabajan hoy sus discípulos y secuaces, en hacer la guerra á Dios y á su Cristo; en abolir toda autoridad y principalmente la autoridad de la Iglesia fundada por el Salvador del mundo. *Francmasonería, Liberalismo, Radicalismo, Socialismo, Nihilismo, Carbonarismo, &c. &c.*, son ramas del mismo arbol maldito que tan emponzoñados frutos dan á la humanidad; son los batallones, dirémoslo así, del ejército de Satanás, diseminados por todo el haz de la tierra, que llevan la consigna de hacer el mal, aborrecer y matar el bien, con la cooperación del *Catolicismo liberal*, agente tanto más funesto cuanto es menos conocido y temido de los hombres sencillos y de buena fe.

II

POR QUÉ MEDIOS GANA PROSÉLITOS EL LIBERALISMO.—
 CONFESIONES DE LOS LIBERALES.—ÁDULACIONES DE
 ÉSTOS AL PUEBLO.

Pues bien: nuestra presente tarea se reduce á pintar con sus mismos colores, y con su propio pincel, algunos de los hechos más monstruosos é infamantes de esa revolución famosa del 93 de Francia, ya que ella es bello ideal que nos propone el *liberalismo*, heredero de sus *glorias*, como modelo de libertad, engrandecimiento, dicha y ventura de las naciones. La historia nos los suministra tan numerosos y abundantes que en la elección de ellos consistirá nuestro principal trabajo. Hablaremos también de cómo realizó su

programa el liberalismo por medio de esa *bestial Commune* de París en 1870, y de los desastres que produjo en esa capital.

Poco ó casi nada puede encontrarse en la historia del *liberalismo práctico* que no sea criminal, abominable, infame y vergonzoso; y por lo mismo no es extraño que la táctica que siempre y en todas partes ha seguido para adueñarse del poder, haya sido la más baja adulación á las masas del pueblo, presentándose, hipócrita, como defensor de sus garantías y derechos; engañándolas con las promesas irrealizables de *libertad, igualdad, fraternidad*, en el sentido lato de estas palabras; mostrándoles la ideal perspectiva de una felicidad que jamás puede alcanzarse sino cambiando la esencia de la naturaleza humana; y fascinándolas con una soberanía burlesca que la misma secta liberal está muy lejos de reconocer y respetar. Los documentos públicos y confesiones de los revolucionarios atestiguan estas verdades, y los desnudan de la hipocresía con que se cubren para seducir á los pueblos, esclavizarlos, degollarlos y reducirlos al estado salvaje ó á la condición de fieras bravías. Estos documentos y confesiones nos servirán en el presente escrito para presentar á los liberales ante el criterio de la sana razón tales cuales fueron y cuales son, con sus instintos feroces, sus detestables vicios y su hidrópica codicia, y quedará demostrado que no pasan de sarcásticos apodos los nombres de *patriotas abnegados, obreros de la civilización, defensores de los pueblos, atalayas de la justicia, &c.*, con que suelen calificarse á sí mismos.

Empecemos por sus confesiones respecto de lo que es el *Liberalismo*.

Las doctrinas y moral que predicaron y enseñaron los filósofos sofistas del siglo XVIII fueron el odio á Dios, á su Cristo y á la Iglesia regida por su Vicario en la tierra; odio á toda autoridad, cualquiera que sea su origen y naturaleza; odio á la sociedad y á la

familia. Sus libros, sus folletos, sus cartas entrañan este odio satánico, y tienden al fin exclusivo de difundirlo en todo el mundo. "Guerra al infame!" "destruid al infame;" "aplastad al infame," era la voz de mando de Voltaire á sus discípulos y costeadas. Rousseau, en su "Contrato social" y en el "Discurso sobre la economía política," enseña el comunismo, y dice lo que después repitió Proudhon: "la propiedad es el robo." Según La Metrie el hombre no es más que materia y el alma es un término vano de que no se tiene idea; para Federico II, rey filósofo de Prusia, el hombre es un animal que piensa, de donde puede inferirse que la materia puede pensar.

Natural era que estos y otros absurdos, enseñados seriamente como doctrinas, encontrasen la resistencia de la fe, de la moral, de la honradez y aun del sentido común arraigados en la conciencia humana; y los filósofos concertaron los medios más adecuados para vencer esa resistencia, y halagar las pasiones de todas las clases sociales, hablando á cada una de ellas en el lenguaje más seductor y solapado, hasta hacerles tragar el veneno en copas de oro. Condorcet, en su "Ensayo sobre los progresos del espíritu humano," después de hablar largamente de los triunfos que había alcanzado el arte de la imprenta, y aludiendo á la propaganda de las malas doctrinas que, por medio de ella, hacía la secta liberal anticristiana, se expresa en estos términos que no dejan la menor duda acerca de lo que llevamos dicho: "En Europa; dice, se organizó una liga de hombres menos ocupados en descubrir la verdad que en difundirla, empleando para ello las armas de la crudición, la filosofía, el espíritu y el talento; ora tomando todos los tonos; ora usando todas las formas, desde la burla hasta lo patético, desde la compilación más sabia hasta la novela y la boja volante; ora ocultando la verdad tras un velo para que no ofuscase á los ojos demasiado débiles, y dejarles el placer de adivinarla; ora acariciando astu-

“tamente las preocupaciones, sin amonazar nunca ni
“á muchos al mismo tiempo, ni á uno solo en un todo;
“ora consolando, alguna que otra vez, á los enemigos,
“haciéndoles creer que no se quiere otra cosa que un
“poquito de tolerancia en religión, y un poquito de li-
“bertad en política; ora tratando con miramiento al
“despotismo secular, cuando los ataques eran dirigidos
“á combatir los absurdos religiosos, y á la religión,
“cuando se trataba de atacar la tiranía civil; ora com-
“batiendo á estas dos plagas en sus bases, cuando se
“aparentaba combatir sólo los abusos chocantes ó ri-
“diculos; ora cortando de raíz estos árboles funestos,
“y haciendo creer que sólo se los podaba; ora indi-
“cando á los amigos de la libertad que la superstición
“con que se cubre el despotismo como con escudo im-
“penetrable, era la primera víctima que debían sacri-
“ficar; ora, en fin, denunciándola á los déspotas como
“al verdadero y único enemigo de su poder, atemorizán-
“zándolos con sus intrigas hipócritas y fines sangui-
“narios; pero reclamando sin descanso la independen-
“cia de la razón, y la libertad de imprenta, como de-
“recho y salud del género humano.” x

“Estos libros, dice el mismo Condorcet, no se
“venden, sino que se dan á personas de nuestra con-
“fianza, para que los distribuyan entre los jóvenes y
“las mujeres.”

Esta confesión explícita y perentoria de uno de los más conspicuos jefes de la doctrina antisocial, demuestra sin necesidad de otro comentario, lo que es el *liberalismo*: alevoso para herir en emboscada, ocultando su funesta misión de exterminio y muerte que él llama *la verdad*; pérfido para engañar á los incautos, tomando todos los tonos, usando todas las formas, según la clase á la cual trata de seducir; traidor, que acaricia astutamente las preocupaciones y habla á cada uno el lenguaje que más halague su amor propio, para dar el golpe con seguridad; vil y rastrero, que tanto adula á los déspotas como á las muchedumbres,

— 3 —
con el designio de servirse de los unos ó de los otros para establecer ó el cesarismo ó la anarquía.

El liberalismo, hijo del padre de la mentira, no puede, ni le es posible encubrir que la hipocresía, el engaño, la falsedad y la calumnia son sus recursos únicos y medios favoritos de que se vale en la misión funesta de rebelar á los hombres contra la verdad y la justicia. Y si no ¡qué significan ese *poquito de tolerancia en religión*; y ese *poquito de libertad en política* de que nos habla Condorcet, cuando él mismo asegura que el verdadero fin de los filósofos de la liga era cortar de raíz la religión y la autoridad?

Pero no es Condorcet el único que ha revelado el plan del liberalismo para ganarse prosélitos, y tener á su disposición hombres vendados, que no saben quién los conduce, ni á dónde se los lleva. Uno de los jefes principales de la francmasonería, llamado *Petit-Tigre* (Tigrecito ó pequeño Tigre), en una carta dirigida á la logia del Piamonte, se expresa así: "Lo esencial es separar al hombre de la familia y pervertir sus costumbres. Al que es inclinado por carácter á huir de los cuidados domésticos y á correr tras los gustos y placeres prohibidos, es muy fácil conquistarle. Ordinariamente tiene gran afición á los pasatiempos del café y á la ociosidad de los espectáculos. Arrastradle allí, entretenedle, dadle una importancia cualquiera, enseñadle discretamente á fastidiarse de sus trabajos diarios y de sus ocupaciones habituales, y con este hábil manejo, después de haberle separado de su mujer y de sus hijos, después de haberle enseñado cuán penosos son todos los deberes, haréis nacer en él el deseo de otra clase de existencia. El hombre ha nacido rebelde; atizad este deseo de rebelión hasta el incendio, pero que éste no llegue á estallar. Esta es la mejor preparación para la grande obra que debéis comenzar.

"Cuando hayais insinuado en algunas almas el disgusto de la familia y de la religión (el uno va siem-

pre en pos del otro), dejad caer majosamente algunas palabras que provoquen el deseo de afiliarse en la logia más inmediata: esta vanidad, propia de la gente vulgar, de entrar en la masonería es tan común que me hace admirar siempre de la estupidez humana. . . .

“Encontrarse miembro de una logia, verse separado de su mujer y de sus hijos, llamado á guardar un secreto que no se le confía jamás, es para ciertas naturalezas un deleite y una ambición,” (1)

Otro francmasón, Hermano Clavel, dice que á los hombres apegados á los placeres se los gana con frecuentes banquetes, buena mesa y vinos generosos; á los curiosos asegurándoles que la sociedad francmasónica conserva un secreto que nadie posee ni puede poseer más que los francmasones; á los artesanos y comerciantes haciéndoles la promesa de que la francmasonería les será provechosa, porque extenderá el círculo de sus parroquianos. *De este modo, concluye diciendo, se presentan argumentos para halagar todas las inclinaciones, inclinar á todas las inteligencias, atraer á todas las clases.*” (2)

III

EL LIBERALISMO ES LA FRANCMASONERÍA ENCUBIERTA. LOS FRANCMASONES SE HAN DEMOSTRADO SIEMPRE LIBERALES.—PALABRAS DE LAMARTINE.—LA MENTIRA ES EL ARMA FAVORITA DE LOS LIBERALES.—CÓMO ENGAÑAN Á LOS PUEBLOS.—EL PUEBLO-DIOS.

Ved, jóvenes incantados; ved, artesanos honrados y sencillos; ved, padres de familia, los lazos que os tiende el genio del mal para *pervertir vuestras costumbres*, separaros de vuestras mujeres y de vuestros hi-

(1) Monseñor de Segur. *Los Francmasones, lo que son, lo que hacen, lo que quieren.*

(2) Mons. de Segur.—Obra citada. *Historia pintoresca de la Francmasonería.*

jos, haceros odiosa la religión, penosos todos los deberes, y conduciros, como obedientes rebaños, á los crímenes más espantables y funestos en provecho de los que trafican con vuestra credulidad y sencillez, hablándoos de libertad, derechos y garantías que ellos mismos no reconocen ni respetan en la práctica. Pero tal vez se os dirá que entre nosotros no hay logias ni francmasones, y que es inútil hablar de ellos. Os repetiremos: el liberalismo es la francmasonería, el radicalismo, el nihilismo, &ª y vice versa. En comprobación de este hecho que nadie somete á duda, citemos las palabras de un escritor que fué francmasón y se convirtió al catolicismo: "Bajo el nombre de *liberales* los francmasones, dice, se sirvieron de la prensa, de la tribuna, del juri, de las asociaciones, para atacar y calumniar sin cesar al Gobierno (de Luis VIII de Francia), de una manera infame, y organizar una nueva revolución. . . . Se acostumbró al pueblo á mirar á los liberales como su sostén, como sus amigos. Esta denominación vaga no era capaz de asustar ni á los gobiernos, ni á las naciones como el nombre de francmasón." (1)

Liberales, que no francmasones, se llamaron los revolucionarios de 1789, 1830 y 1848 de la Francia; y sin embargo Lamartine en su discurso, en el Hotel de Ville, dijo: "Tengo la convicción de que del seno de la Francmasonería han salido las grandes ideas que han sido el fundamento de las revoluciones de 1789, 1830 y 1848." Testimonio tan irrecusable prueba que las diversas denominaciones de socialismo, radicalismo, francmasonería, son agrupaciones liberales que todas tienden al único fin de destruir toda autoridad, cualesquiera que sean su origen, su carácter, sus derechos y la extensión de su poder.

A las artimañas diabólicas que acostumbran los liberales, para enganchar prosélitos, agreguemos aque-

(1) *Historia, doctrina y fin u objeto de la Francmasonería*. Pag. 44. Paris 1864.

Ha muy conocida frase del filósofo de Ferney con que aconsejaba á sus coñrades hacer la guerra á Dios, á quien sacrílegamente denominaba *el Infame*: “*Mentid, compañeros, mentid sin descanso, les decia, porque de la mentira algo queda*”. . . . “*Poco me importa que me crean, agregaba, con tal que mis obras sean leidas.*” Y esa liga de filósofos que no trataban de descubrir la verdad cuanto de difundirla, obedecia ciegamente este consejo, como lo obedecen hoy los filosofastros modernos; y con el engaño, la mentira, la calumnia, socavaron los cimientos del orden social.

Pero veamos todavía al *liberalismo* tomando todas las formas, como el Protéo de la fábula, para adular á las turbas hasta conseguir su favor, y, apoyado en ellas, elevarse al poder que es la meta de sus aspiraciones.

Al discutirse en la Convención nacional de 1793 la Constitución de la República francesa que se había inaugurado con la caída de la monarquía, subió á la tribuna Anacarsis Clootz y dijo: “He dicho y lo repito, que el género humano es dios. Al género humano tuve presente cuando hablé del *pueblo-dios* que tiene su cuna en Francia. . . . Los espíritus débiles que quieren un dios, lo tienen en la tierra, sin necesidad de buscar á través de las nubes un soberano imaginario.” Y Chaumette, días antes de subir al cadalso, trabajaba activamente en establecer el culto del *dios-Pueblo*. (1)

¿Puede haber engaño más infame, ni adulación más sacrílega á las turbas desenfrenadas? ¿Creían estos demagogos en lo mismo que decían? eran sinceras sus palabras? Nó; pero les convenia mostrarse adoradores del pueblo, según hasido y es su táctica constante, para conducirlo á los excesos y crímenes que debían levantar el trono del despotismo más feroz y sanguinario. Y aunque las mismas turbas no creyesen que eran *dios*, pero aleccionadas como estaban por maestros co-

(1) Mous, Gaume. *La Revolución*. Tom. II. pag. 80.

mo Camilo Desmoulins, Marat, Dautón, y esa falange de energúmenos obreros de Satanás, se erigieron en divinidades superiores omnipotentes, que podían destruir las obras de Dios, arrancar á Dios de la conciencia humana, extinguir la moral, y *establecer una religión sin misterios ni milagros*, y de la cual el hombre sea á un mismo tiempo *fundador, pontífice y dios*, como lo declaraba la misma Convención nacional por su órgano oficial de 11 de Dbre. de 1792. “¿Creís, ciudadanos legisladores, preguntaba Jacobo Dupont, creís establecer la república con otros altares que los de la patria? La Naturaleza y la Razón son los solos dioses del hombre, son mis únicos dioses. . . . Ridículo sería preconizar una religión que enseña que vale más obedecer á Dios que à los hombres.” Y los demagogos ya citados, Chaumette y Anacarsis Clootz, al subir al pátbulo á que los condujo su propia obra, hicieron su profesión de fe en estos términos: “*El pueblo es dios, y no hay otro más que él. Su voluntad, principio y regla del bien y del mal, es la voluntad de Dios mismo.*”

“Yo, dice la Viconterie, arrojando ante mí crueles y ridículos fantasmas, coloco en su lugar las leyes primitivas: la Razón, la *Humanidad*, y la Naturaleza. Estas son las divinidades que yo adoro, y que consolarán al mundo de los males que le han causado los tiranos y los sacerdotes” (1).

IV

LOS PUEBLOS PAGANOS ERAN MÁS FELICES, AUN EN LA DEGRADACION EN QUE EXISTÍAN, QUE LOS DOMINADOS POR EL LIBERALISMO —EL LIBERALISMO ES INCONSECUENTE; DEIFICA AL HOMBRE AL MISMO TIEMPO QUE LO DEGRADA.—
SOBERANÍA DEL DIOS—PUEBLO.

Si no se tratara de una secta como el *liberalismo*,

(1) *Monitor*, 20 de Vendimiano, año III, citado por Mous-Gaume.

en el que tiene cabida todo absurdo, parecería imposible que hubiese hombres que llevasen su ceguera y fanatismo anárquico hasta el punto que acabamos de ver. *¡ El pueblo es dios ; no hay más dios que él ! ¡ La humanidad es Dios !* ¿ no son falacias blasfemas de que que se mojarán los mismos demagogos liberales ? ¿ No son insolentes burlas dirigidas al pueblo ignorante y sencillo ?

Con todo, estos engañosos principios y doctrinas antisociales ; estas *conquistas de la civilización*, como las llama la secta liberal ; estas lecciones de socialismo puro que Rousseau legó á la posteridad cuando aseguró en su *Discurso sobre la Economía política* que el cuerpo político es un sér moral que tiene voluntad, y esta voluntad general es el origen de las leyes, siendo para todos los miembros del Estado *la regla de lo justo y de lo injusto*, condujeron á las muchedumbres ignorantes, acaudilladas por perversos demagogos, á una ferocidad salvaje, sin ejemplo aun en los pueblos más incultos y bárbaros de la antigüedad pagana. Los pueblos de Grecia y Roma sometidos á la esclavitud más dura y repugnante, bajo la férula de monstruos coronados y potentados sin entrañas que tenían el derecho de vida y muerte sobre millares de seres civilizados y degradados ; ese pueblo romano que, para diversión y pasatiempo de sus señores, alimentaba con su sangre á las fieras voraces en los circos y coliseos ; ese pueblo que cargaba la argolla del cautivo, y estaba destituido de todo derecho, de todo goce y sujeto á toda carga, á toda clase de pena á que le condenase el capricho de sus amos ; esos pueblos, decimos, eran menos infelices que los del envidiado y elogiado 93 de Francia, porque no se los asesinaba en nombre de la fraternidad, no se los oprimía y vejaba invocando la Libertad, no se les despojaba de sus bienes en uso de la Igualdad, ni la tea del Progreso incendió sus casas, ni la piqueta de la civilización demolió los monumentos destinados á perpetuar la memoria de sus

glorias.

Sobre todo, esos pueblos tenían una religión, monstruosa, execrable, es verdad; pero al fin religión que estaban obligados á acatar y respetar, al menos exteriormente. Conocían que la humanidad no podía existir sin la noción de un Sér, que la gobierne y dirija, y sin una religión y un culto externo que los ponga en comunicación con él. De aquí la multitud de divinidades que se forjaron dando á cada una de ellas ciertos atributos y superioridad sobre los hombres; de aquí los sacrificios, las libaciones, homenajes y culto que rendían á esos imaginarios dioses en los soberbios templos que les consagraban. Pero la secta liberal va más lejos: le parece muy poco y nada satisfactorio para su espíritu de propaganda ateísta, haber pedido seriamente, como en efecto pidió á la Convención nacional de Francia, en la revolución del 93, el culto público de Venus, y el establecimiento de los juegos olímpicos con el funesto nombre de *sansculottides*; es decir, el establecimiento del politeísmo de la antigüedad pagana; y quiere y enseña que los pueblos no deben tener ninguna religión, verdadera ni falsa, ni rendir culto interno ni externo al Dios Vivo, Creador, Redentor y Conservador del mundo, ni á los dioses que el hombre ha creado, como se expresó la secta en la solicitud á la Convención: *el mismo hombre es dios, el único que se merece adoración y culto*; todo lo demás es, para todo liberal, hipocresía, fanatismo, superstición oscurantismo, clericalismo, jesuitismo, tinieblas... ..; nada! ; Y este mismo hombre proclamado Dios, no es más que una bestia degenerada, según la ciencia del siglo! ; Es un mono perfeccionado!!!... ..; El dios mono!!! Pero todavía: "*Es hacer mucho honor al hombre el colocarlo en la clase de los animales*", decía el filósofo La Mettrie; *porque la naturaleza nos ha criado para ser inferiores á los animales*;" y Rousseau decía también: "*El hombre que piensa es un animal depravado*".

Y sin embargo, á este sér degradado y vil, inferior á los animales, según la secta liberal, levantaba altares como á Dios y le llamaba *dios* la misma secta, cuando convenía á sus planes proditorios.

Augusto Nicolás cita en su obra "El Estado sin Dios", estas palabras de *La Internacional*: "No queremos ni doctrina ni doctrinarios: libres pensadores, "no adoramos ningún ídolo. No esperamos nuestra "felicidad de ningún Dios, sino de *nosotros mismos*".— Y se consideran tan soberanos, infalibles y omnipotentes los libres pensadores que el filósofo de Ginebra asienta formalmente estas absurdas proposiciones: "*El pueblo no necesita tener razón*". *Si el pueblo quiere hacerse mal á sí mismo, ¿quién tendrá derecho de impedirselo?* He aquí la soberanía llevada hasta el delirio.

Pero es la verdad que han sido suficientes unos pocos audaces demagogos, unidos por los lazos del crimen, que repitan sin cesar el pueblo ignorante en los libros, en los folletos, en las hojas volantes, en la tribuna, *tomando todas las tonos, usando todas las formas, desde la burla hasta lo patético*, las adulaciones más bajas, y esa decantada soberanía, para hacerlo instrumento dócil y arma viva de la revolución. Con esta táctica han levantado al pueblo no á ejercer el poder de soberano, sino á abrirse su propia tumba; porque es un absurdo la existencia de una sociedad cualquiera, sin una autoridad concreta, estable y reconocida á la que obedezcan los asociados. La soberanía es correlativa de la obediencia; donde hay un soberano, ó superior, debe haber necesariamente súbditos ó inferiores; y ¿habrá autoridad concreta, estable y soberana en la multitud de individuos que forman una nación? Y si la multitud es soberana ¿cuáles son los súbditos, cuáles los inferiores que obedezcan al soberano? Dejemos hablar sobre este punto al R. P. Segundo Franco de la Compañía de Je-

sús (1). “Qué es autoridad? El derecho de imponer á otro la propia voluntad cuando es justa: es el derecho de ligar la voluntad ajena; es el acto de una verdadera superioridad. ¿Y podréis concebir que uno adquiera derecho de imponerse á sí mismo su propia voluntad, de ligarse, de hacerse superior á sí mismo? Sería la cosa más risible del mundo. Y sin embargo, si la autoridad reside en el pueblo, debe admitirse que el pueblo es superior de sí mismo, que se manda á sí mismo, que se impone á sí mismo su propia voluntad. . . . Sería un espectáculo curiosísimo ver á todo un pueblo hacer seriamente el oficio de soberano, y ordenar, disponer y mandar lo que él mismo había de ejecutar después. . . . Pero ninguno negará que ese soberano, aun después de proclamada su soberanía, si quiere comer tiene que trabajar; si quiere beber se lo ha de ganar; si quiere vestirse tiene que procurárselo; si es llamado á las armas tiene que cargar con ellas; que cuando llega el tiempo de pagar las contribuciones, si no quiere ver sus muebles puestos en almoneda, se ve obligado á pagarlas. ¿Qué soberanía es esa que siempre está dependiente? ¿qué clase de soberano es aquel que sólo tiene las atribuciones de súbdito?”

V

QUIENES EJERCIERON LA SOBERANÍA LIBERAL.—LAS CAL-
 CETERAS DE ROBESPIERRE REPRESENTANTES DEL PUEBLO
 SOBERANO.—SERVIL ADULACIÓN DE LOS DEMAGOGOS AL
 SOBERANO.—FILÓSOFOS MODERNOS, PEORES QUE LOS
 ENCICLOPEDIISTAS.

La historia nos suministra abundantes ejemplos de cómo estiman, y hasta qué punto respetan esta soberanía los mismos que la invocan y aplauden; y cuá-

(1) *Respuestas populares*, 4.^o Tom. II. Cap. XIX. Barcelona 1881.

les han sido sus resultados en los luctuosos días en que el delirio demagógico ha creído hacerla posible. Copiando las palabras del convencional, autor de la "Historia pintoresca de la Convención" del 93, amigo de Robespierre, Dantón, &c y testigo de cuanto refiere, dice Monseñor Gaume, en la obra ya citada: "Durante la revolución dos poderes ejercían la soberanía: el Cuerpo parlamentario y el club de los jacobinos. El pueblo reinaba en entrambos".

"Para conocer al nuevo dios (se refiere al dios-pueblo) es necesario seguirle á aquel teatro, ó más bien á aquel *pandæmonium* en que los gritos, la cólera, las injurias, los juramentos, las mutuas acusaciones, las amenazas de palabra y de ademanes, eran vivo retrato de los conciliábulos de los *espíritus infernales*, cuando bajo sus abrasadoras bóvedas conciertan los crímenes y se glorían de poder oscurecer la grandeza del Eterno.

"Hallábase el salón (club de los jacobinos) cerca de tribunas destinadas al *pueblo-rey*. Allí era donde se recibía á la *canalla de ambos sexos*, que servía de representación del *soberano*, para hacer aprobar las proposiciones atroces ó incendiarias que iniciaban los anarquistas puros.

"Este club fué verdaderamente un *doble poder soberano*. Todo el miedo que se le tuviera era poco: tanta y tan extremada era su susceptibilidad y tan grandes sus venganzas. Sólo concebía la libertad unida á las prisiones y á las cadenas y medio anegada en sangre. Todos los males, crímenes y resoluciones funestas que durante tres años desolaron la Francia, salieron de aquella sima de horror".

El club de los jacobinos se componía de cerca de mil y trescientos individuos, y era el jefe de todos los de su clase que infestaban el territorio francés. Mediaba entre ellos una correspondencia activa, detallada, diaria é invariablemente hostil contra los que no llevaban el gorro encarnado, ni profesaban principios des-

tractores de todo imperio.

“Las calceteras de Robespierre, dice el mismo autor de la *Historia pintoresca*, que habían llegado á ser una potencia, eran una reunión de mujeres públicas, gastadas ya por la edad, de verduleras de los mercados y de jóvenes de mala vida y de baja extracción, que se presentaban todos los días en la tribuna de la Asamblea, para ganar los dos francos que les estaban asignados, y cuyas funciones se reducían á representar al *pueblo soberano*. Ellas eran las que vociferaban contra los diputados hombres de bien, y las que aplaudían á los montañeses. Su dios era Robespierre, su ídolo Marat y su amor Saint-Just. En sus almas envilecidas por la disipación ó por el crimen, no existía la compasión ni la menor virtud. Así que, siempre que había que adoptar medidas atroces, ellas eran las que nos inducían con sus clamores.

“El 16 de Enero, por ejemplo, día en que se decidió el proceso del rey, encontráronse dichas mujeres en sus puestos con la mayor puntualidad, en unión con los jefes de fila de los jacobinos. Veíase las armadas de sables, garrotes y pistolas, recorriendo los salones y pasillos é interceptando las puertas y corredores. Oíase las amenazar á cada diputado cuya opinión les era sospechosa, y decirles que á falta de la cabeza del rey se apoderarían de la suya.

“Distribuíansc entre aquella rabiosa muchedumbre fiambres, vino y licores fuertes, para escitar sus ánimos, y oíase las vociferar imprecaciones horribles, hacer apuestas en pro y en contra de la votación, y prorrumpir en abominables y chocarreros chistes que excitaban carcajadas no menos horribles. Ni el más leve respeto á la desgracia, ni la menor piedad hacia la víctima conmovían aquellas almas embrutecidas”....

¡ He aquí al pueblo soberano ! ¡ al pueblo-Dios ! Y esa Francia apellidada *centro de la civilización del mundo*, tuvo que verse dominada, pisada y envilecida por hordas salvajes que dieron escándalos inauditos que

la historia no ha visto repetidos sino en el reinado de la *Commune* de París. La Francia, arrastrada á su ruina por una legión de demonios que llevaban los nombres de *jacobinos*, *sansculottes* ó *descamisados*, se paró al borde del abismo, detenida por la espada de un déspota, á cuyas plantas se postró exangüe y esquilhada, después de haber pasado por la humillación de postrarse á los pies de Robespierre y de Marat! Napoleón paseó en carro triunfal el continente europeo, arrastrando tras de sí al *pueblo soberano*, y dejando regueros de sangre como trofeos de sus victorias. Pero prosigamos.

Creado el *dios-pueblo*, por la voluntad soberana de los demagogos, era indispensable que se inventara una alegoría ó emblema que representase á esta entidad *soberana*, para que fuese reconocida y adorada; y por el decreto del 28 Brumario (18 de Noviembre de 1798) se le erigió una estatua colosal de bronce que figuraba al Hércules mitológico, con esta inscripción al pié: "*Al único Soberano.*" Este Hércules, dice el abate Gaume en la obra tantas veces citada, es la *personificación de la fuerza bruta*; pues los revolucionarios demagogos entienden por *pueblo* el *populacho*. Y á fin de adular á este populacho, al cual desprecian altamente cuando no lo necesitan, le identifican con ellos, y á la vez identificándose con él, se visten con su traje, adoptan su lenguaje é introdúcenle, *en concepto de juez*, en el seno de sus asambleas. He aquí lo que el mismo autor de la *Historia pintoresca de la Convención* hace notar á este respecto:

"Invadidos, dice, por los modales de los *descamisados* habla entre nosotros (los convencionales) un abandono y una grosera rudeza de formas, que nos ponían fuera de toda buena crianza, y que sobre todo nos hacían aparecer sin dignidad alguna. Todos los diputados, con muy cortas excepciones, vestían el traje de la canalla. Consistía éste en anchos calzones de verano, de tela ligera con muchas rayas, ó tricolor, ó más

comunmente azul y rojo, amarillo y rojo, ó castaño y rojo; porque este último color dominaba siempre. Una casaca corta ó un frac con faldones formando vuelta, y cuyas solapas cuadradas y anchas tocaban al brazo, componían el traje, juntamente con un chaleco tricolor y más comunmente de un color solo, y una corbata floja de seda ó muselina. Algunos llevaban gorro encarnado, y otros un sombrero tricorno ó redondo de forma elevada. Zuecos ó botas con vuelta completaban el traje, acompañado de un enorme bastón con nudos, de un gran sable con bandolera, ó de un par de pistolas sujetas á un cinturón que era muy común llevar, medio ocultas en los bolsillos de la casaca ó del chaleco. El lenguaje estaba en armonía con el vestido. Era de rigor emplear *términos comunes y frases triviales*, y el que las sazonaba con *indecencias y blasfemias* adquiría una gran consideración. Cuanto más se juraba, tanto más fácil era obtener los honores de descamisado."—Los tribunales, rodeados de la *canalla* y de *calceteras de Robespierre*, agrega el abate Gau-me, eran los que decretaban semejantes honores.

¿Puédesé imaginar más servil adulación, más repugnante bajeza en hombres cuya profesión, es según ellos mismos lo dicen, la de combatir el servilismo? Y, sin embargo, por servil y repugnante que nos parezca esa adulación, vemos que los liberales demagogos la emplean sin rubor, cuando tratan de servirse, como de instrumento adecuado á sus proditorios fines, de la *canalla de ambos sexos, personificación de la fuerza bruta*; al mismo tiempo que se mofan de nosotros los católicos, y nos vituperan y ultrajan, porqué respetamos, acatamos y obedecemos á la Iglesia Católica, á su augustó Jefe, Pastores y Ministros; porque amamos la paz, no nos rebelamos contra las autoridades y no andamos con el puñal de Bruto y el brasero de Escévoia en la mano, á caza de magistrados para asesinarlos. ; Tal es la escuela liberal!

Pero veamos todavía otros testimonios tan irre-

ensables é idóneos como el del autor que acabamos de citar, respecto de los demagogos liberales, aduladores del pueblo.

Un publicista moderno (1) se expresa de este modo: "Pero, en medio de todas las formas de gobierno posibles, en el seno de todas las asociaciones, bajo el manto de la ley, aparece un monstruo que conmueve las sociedades por sus cimientos, que amenaza de ruina á las naciones, que cifra en su bandera la palabra *Libertad*; pero que con sus actos trae la más sangrienta tiranía, las más espantosas abominaciones: el robo, la muerte, el deshonor! Ese monstruo es la demagogia.

"Aristóteles decía que los demagogos, cortesanos del pueblo, eran más temibles que los aduladores de los tiranos. Esta verdad repetida por Luis Felipe en los primeros días de su gobierno de rey-ciudadano, fué explanada por Lamartine á los principios de la República de "las tres mentiras, de la República de las tres blasfemias" (2) en las siguientes bellísimas frases que tomamos del artículo "La Democracia y la Demagogia," publicado en el *Consejero del pueblo*.

"Los demagogos son los aduladores, los cortesanos del pueblo, cuando el pueblo es soberano. Ellos lo pervierten para explotar sus vicios y sus crímenes. Lo embriagan para precipitarlo en todos los abismos. Exaltan sus resentimientos, sus miserias y sus ambiciones hasta la tiranía, contra las demás clases de ciudadanos. Lo impelen á las conspiraciones y á las violencias contra su propio gobierno, al día siguiente no más de una revolución hecha por dar la libertad legal y la igualdad política. Lo arman contra su representación, contra su constitución, contra el sufragio universal, contra los vecinos acomodados, contra la in-

(1) J. M. Torres Caicedo. *Mis ideas y mis principios*. Tom. 1º París. 1875.

(2) Alude el Sr. Torres Caicedo á las palabras *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

dustría, contra el comercio, contra la prosperidad, contra él mismo; contra todo lo que constituye el trabajo, la producción, el consumo, el salario, el bienestar y la vida de los pueblos. Ellos le aconsejan el suicidio. Le prestan arinas para que se despedace con sus propias manos.

“He aquí los cortesanos de la multitud. Peores, si es posible, que los cortesanos de los reyes. ¡ Porque los cortesanos de los reyes sólo pervierten á un hombre, y los otros se esfuerzan en pervertir á toda una nación! ¡ Aprended á desconfiar de los anarquistas, si queréis permanecer republicanos!”

En cuanto á los filósofos modernos, ó sean los demagogos de alta gerarquía que, en su bufete, pretenden regenerar la humanidad en el siglo XIX, ¿ enseñan doctrinas menos dañosas y absurdas que los enciclopedistas de siglo XVIII? ¿ Son, acaso, menos audaces en proclamar el error como símbolo de regeneración social? N6; los primeros reconocían la necesidad de un Dios que gobierne la humanidad, y el mismo Voltaire decía: *si no hubiese Dios sería preciso inventarlo*; los segundos enseñan que no hay Dios, ni necesidad de Él; y el blasfemo Proudhon, en su *Sistema de las Contradicciones Económicas ó Filosofía de la Miseria*, se expresa de este modo: “Olvida tu fe y vuélvete ateo. . . . Yo digo: el primer deber del hombre inteligente y libre es arrojar sin tardanza de su espíritu y su conciencia la idea de Dios. . . . ¡ Oh Dios, retírate! Cuerdo desde hoy y libre de tu temor, juro, levantando mi mano al cielo, que tú eres el espectro de mi conciencia y el verdugo de mi razón. . . . Dios es necesidad y cobardía; Dios es hipocresía y mentira; Dios es tiranía y miseria; Dios es el mal. . . .” La sangre se hiela y el espíritu recibe una impresión inexplicable de terror, al copiar estas blasfemias que serán, sin duda, las que profieren los precitos en la región del odio.

El abate Gratry, dice hablando de éstos que se

llaman filósofos modernos: “El ateísmo sin frases, el ateísmo sin discusión, he ahí el principio y el axioma de la filosofía nueva. . . . El ateísmo absoluto, firmado é impreso, se hizo constar en Alemania durante la orgía intelectual de 1848. Hubo miserable que firmó lo siguiente: *Que cada uno sea para sí mismo su Dios y aprenda á gozar contra todos.* ¡Pueda yo ver, en vez de esa virtud vulgar que me fastidia, grandes crímenes, robustas maldades!”

“*Mi Dios es el hombre.*” Así habla Mr. Littré.

“*Fuera del hombre y la naturaleza no hay más que la nada, y esta nada es Dios.*” Así habla Hegel y algunas veces Mr. Renan.” (1)

¡Y se llaman filósofos los que esto escriben en obras serias! ¡Y el mundo los llama sabios, como si la filosofía y la sabiduría fuesen la ciencia de lo absurdo! La filosofía, según la definición que da el Ilmo. Señor D. Zeferino González en su *Filosofía Elemental*, obra la más moderna y arreglada á la doctrina del Angel de las Escuelas, es: *el conocimiento cierto y evidente, pero relativamente general, de Dios, del mundo y del hombre, adquirido por las fuerzas propias de la razón humana*; y por consiguiente no es la filosofía, sino el *filosofismo* el que pretende regenerar el mundo; no los filósofos sino los sofistas quienes han trastornado la razón y ocasionado el desbarajuste social á que por antífrasis se ha dado el nombre de *progreso del siglo*; puesto que la filosofía conduce al conocimiento de Dios, del mundo y del hombre, y el *filosofismo* niega á Dios ó niega sus atributos, ó se forma una divinidad conforme á sus caprichos y á sus vicios. La filosofía muestra al hombre su origen divino, su dignidad y la alteza de su destino; y el *filosofismo* lo embrutece, lo envilece, lo degrada y lo hace inferior á las bestias, como lo comprueban los trozos que hemos copiado de fuentes nada sospechosas para la demagogia.

(1) *Les Sophistes et la critique.* páginas 71 y 73.

Estos sofistas ó demagogos son aquellos de que habla Juan Francisco de la Harpe (1), que provocan el castigo de Dios sobre una nación con delitos de muchos años, y que en su empresa criminal y destructora se honran á sí mismos dándose los títulos de sabios, filósofos y reformadores de la sociedad; hombres que han repetido y repiten sin cesar que son enemigos de la opresión sin embargo de ser ellos los que entronizan la tiranía; ellos los que sacrifican víctimas á millares, los que sublevan todas las pasiones, los que echan por tierra todos los principios y arrasan por sus cimientos las sociedades.

Monseñor Du-Clot, sirviéndose de la expresión del Ilmo. Arzobispo de Viena, dice que estos hombres no parecen sino una legión de demonios, que salidos del infierno están dando aullidos contra el cielo. (2)

Cuán exacta es la observación del Venerable Prelado lo dicen el pasado y el presente de estos odiosos monstruos; pues lo que hicieron en todas partes donde llegaron á dominar, lo hacen hoy y lo harán mañana: *guerra á Dios, y guerra de exterminio á la humanidad*. Pretendieron entonces, y pretenden ahora, destronar al Omnipotente, arrebatarle el soberano dominio del mundo; y hacer del hombre una bestia feroz, arrebatando también de su conciencia toda idea

(1) La Harpe fué incrédulo, amigo y admirador de Voltaire con quien vivió algunos años en Ferney. Abrazó con entusiasmo la causa de la revolución francesa; pero habiéndose hecho sospechoso á Robespierre fué encerrado de orden de éste en un calabozo, del cual salió el 9 termidor del año II (27 de Julio de 1794), con la caída de aquel abominable tirano. Para disminuir algún tanto el hastío de la prisión pidió á uno de sus amigos, que era católico, libros cuya lectura pudiese distraerle. Diósele la Sagrada Biblia que La Harpe leyó con avidez, admirando, al principio, nada más que las bellezas literarias que contiene; luego se encontró en un abismo insondable de su propia miseria ante la inmensa magestad de la Verdad Incrédula; la voz de Dios habló á su corazón, y consumó su conversión al catolicismo con la lectura de la *Imitación de Cristo*.

(2) *Vindicación de la Sagrada Biblia*.

de obligación y deber para con su Creador y para con sus semejantes.

Y si no ¿qué quieren estos hombres? ¿Qué fin se proponen alcanzar con la revolución social en que trabajan con tan asiduo empeño? Oigamos á Proudhón, célebre por sus blasfemias contra Dios, y maestro y apóstol del socialismo.

“La revolución social, dice, no podría conducir más que á un inmenso cataclismo, cuyo efecto inmediato sería:

“Esterilizar la tierra;

“Encerrar la sociedad en una camisola de fuerza;

“Y si fuera posible que semejante estado de cosas se prolongara sólo por algunas semanas,

“Hacer perecer por un hambre inopinada tres ó cuatro millones de hombres.

“Cuando el gobierno se vea sin recursos, cuando el país se halle sin producción ni comercio;

“Cuando París hambriento, bloqueado por los departamentos, que ni pagarán ni expedirán, se encuentre con que nada llega á él;

“Cuando los obreros, desmoralizados por la política de los clubs y la inacción de los talleres, se busquen modo de vivir, no importa cómo;

“Cuando el Estado requiera la plata y las alhajas de los ciudadanos para enviarlas á la Casa de Moneda;

“Cuando las visitas domiciliarias sea el único modo de cobrar las contribuciones;

“Cuando partidas hambrientas, recorriendo el país, organicen el merodeo;

“Cuando el campesino, guardando su cosecha armado de escopeta, abandone el cultivo;

“Cuando el primer haz haya sido robado, la primera casa forzada, la primera iglesia profanada, la primera tea encendida, la primera mujer violada;

“Cuando se haya vertido la primera sangre;

“Cuando haya caído la primera cabeza;

“Cuando la abominación de la desolación reine

por toda Francia,

“; Oh! entónces sabréis lo que es una revolución social.

“Una muchedumbre desencadenada, armada, ebria de venganza y de furor.

“Picas, hachas, sables desenvainados y martillos.

“La población triste y silenciosa; la policía en el hogar de la familia, las opiniones sospechosas, las palabras escuchadas, las lágrimas observadas, los suspiros contados, el silencio espionado, el espionaje y las denuncias.

“Las requisas inexorables, los empréstitos forzosos y progresivos, el papel-moneda sin estimación.

“La guerra civil y el extranjero en las fronteras.

“Los proconsulados implacables, el comité de salvación pública, un comité supremo con corazón de bronce.

“Tales son los frutos de la revolución llamada democrática y social.

“Rechazo con todas mis fuerzas el socialismo, impotente, inmoral, propio tan sólo para hacer víctimas y estafadores. Lo declaro en presencia de esa propaganda subterránea, de ese sensualismo descarado, de esa literatura cenagosa, de esa mendicidad, de ese entumecimiento de inteligencia y de corazón que principia á apoderarse de una parte de los trabajadores. Estoy puro de las locuras socialistas.—P. J. Proudhón.” (1)

Si lo que acabamos de leer hubiese escrito un ortodoxo, tentados se hallarían, muchos de los que no saben lo que es el *liberalismo* en sus diferentes denominaciones y matices, á creer que había mucho de exagerado en la pavorosa pintura que hace de las consecuencias de una revolución socialista. Pero es Proudhón el que traza ese cuadro; es uno de los jefes del socialismo; es el que reprodujo la célebre fórmula

(1) *La Commune de París de 1871* pag. 147 y sig. *La Destrucción de París*, por D. Eduardo Zamora y Caballero. Tom. II. pag. 184 y sig.

de Rosseau y Brissot "*la propiedad es el robo*" es, en fin, la confesión de parte interesada que no ha revelado todo lo abominable de su causa. Mas adelante veremos cuán atrás de la realidad quedaron las predicciones de Proudhón respecto de lo que presencié París en 1871 bajo el dominio de la *Commune*.

El mismo Proudhón hace el bosquejo del jacobinismo en los termines siguientes: "El jacobinismo se cuida poco del derecho; procede con gusto por medios violentos y ejecuciones sumarias: esto es lo que llama *gobernar revolucionariamente*. La revolución, para él, son los golpes de efecto, las *razzias*, las requisas, los empréstitos forzosos, la *tasa*, las purificaciones, el *Terror*. Por medio de la dictadura se glorían los jacobinos de haber salvado en 93 á Francia y á la revolución. Ahora bien: *cuanto más se estudia la historia del 93, más se convence uno de que el peligro consistía sobre todo en los jacobinos*, y que si Francia se libró á la vez de sus manos y de las del extranjero, la libertad y el derecho, gracias á ellos, quedaron en el campo de batalla. Desconfiado, hostil á las ideas, partidario de *la razon de Estado, pomposamente adornada con el nombre de salud pública*, el jacobinismo se convierte fácilmente en hipocresía y maquiavelismo."

Comentando el párrafo anterior, dice el enunciado autor de la obra *La Destrucción de París*, lo siguiente: "El retrato está hecho de mano maestra, y nuestros adversarios no podrán alegar que hemos buscado un pintor *reaccionario*. Ya que una frase de Proudhón sirve de bandera á los modernos reformistas, justo es que se resignen á que la pluma del mismo escritor los pinte con su ruda franqueza. Conocidos los hombres, es llegado el momento de preguntar: Los hombres del siglo XIX que rinden á la libertad un culto cercano á la idolatría, ¿han de sufrir el despotismo de esas gentes? Los que tiemblan de ira sólo al pensar en lo que se llama la dominación del sable, ¿han de soportar la tiranía del puñal? Los que

apenas quieren dejarse guiar por la virtud y la ciencia, ¿serán esclavos de la ignorancia y el vicio?"

Aunque el noble y concienzudo historiador contesta á estas preguntas diciendo: "*No es posible.—No podemos, no queremos creerlo,*" la historia pasada y la de nuestros días están demostrando que un insensato y satánico orgullo, un ciego y frenético egoísmo, han pervertido la razón y materializado el espíritu de los liberales hasta el punto de que no ven, ni pueden ver, más allá del estrechísimo círculo de sus intereses personales. Con tal de salvarlos, poco importa que las sociedades perezcan, que las tinieblas reemplacen á la luz, y el caos al orden y armonía; poco importa que el crimen se sienta en el solio de la justicia; que á la perversidad se le den los fueros de la inocencia; que el malvado sea enaltecido y el justo execrado y perseguido; que el puñal, el veneno, la tea y la piqueta domine en el mundo con derecho imprescriptible, y que no se reconozca más soberano que la fuerza bruta.

Hemos oído á Proudbón horrorizarse con la perspectiva de la revolución democrático-social; veamos lo que dice el P. Felix en la obra ya citada.

"La conspiración que nada puede satisfacer; la conspiración que, aun después que se desarma su brazo, conserva su corazón siempre armado; la conspiración que, hasta en el seno de sus mismas derrotas, de los calabozos y de los destierros, guarda sus odios conspiradores, y que todavía entonces, entonces más que nunca, renueva en la sombra, contra la sociedad vencedora, el juramento de las represalias y de la venganza; la conspiración que tiene á la vez el fanatismo de la idea, y el fanatismo de la pasión; . . . la conspiración que grita por todas las voces de la publicidad: "*Seremos el gobierno, el único gobierno, ó no existirá gobierno; mandaremos á la sociedad ó no existirá sociedad; seremos los amos de la patria, ó no existirá patria;* . . . la conspiración á la cual se ha oído gritar, hace poco, con todas sus fuerzas en el seno de

una borrasca social: “O nos apoderaremos de París ó lo destruiremos”; . . . la conspiración, en fin, que ayer mismo ó anteayer y no antes, osaba decir, por uno de sus órganos reconocidos: *Nuestro fin es llegar á la destrucción irrevocable del mundo antiguo* (1), ¡ah, Señores! esta conspiración se ha dado á sí misma un nombre que expresa todo lo que lleva en su seno; un nombre que la caracteriza y la denuncia á los hombres de hoy como á los del porvenir, con su carácter antisocial, con su naturaleza salvaje, inhumana, satánica: he aquí este nombre: *implacable, inexorable, irreconciliable*.

Que el juicio que precede no es una declamación vaga y sin fundamento, lo comprueba el mismo ilustre P. Félix en su 3ª Conferencia sobre el Socialismo copiando el programa del Comité central de Londres, de 13 de Julio de 1871, en el cual se dice: “Mandamos á todos nuestros hombres que aticen el fuego del odio y de la venganza, por nosotros encendido, *contra la religión, la autoridad, los ricos y los de la clase media. . .* No se han apaciguado nuestros corazones, ni nuestros espíritus. *Muy pronto recurrirémos á las explosiones violentas y terribles que pondrán fin al sistema social existente, destruyendo, si es necesario, por el hacha y el fusil todo lo que hoy se conserva en pié en el orden civil y religioso*”.

Cesar Cantú, en su *Historia Universal*, dice que: “Roberto Owen, creyendo que podía constituirse la sociedad sin Dios y que el pueblo debía hacerlo todo, proclamó el comunismo por medio de periódicos difundidos á vil precio, en los cuales se predicaba la destrucción de los privilegios, de las grandes ciudades y de las bellas artes; se pedía el establecimiento de grandes hospicios nacionales donde todos pudieran hallar trabajo; se proclamaba que los viajes eran una obligación, y que *el verdadero y único infierno del mundo eran*

(1) *Commune*, 27 de Marzo de 1871.

la religión, el matrimonio y la propiedad: trinidad monstruosísima, inagotable fuente de delitos y de males".

A Guillermo Godwin califica el mismo historiador de *nuevo Rousseau*, y dice que aquel socialista, para remediar la miseria, proponía *la destrucción del Gobierno, de la religión, de la propiedad*". (1)

El célebre libelista Rochefort en su periódico "*Mot d'Ordre*" (Palabra de Orden), de 1º Agosto de 1877, excitando á las muchedumbres á la revolución, les dirige estas palabras: "Tened presente que sois el número, es decir, la fuerza; tened presente que sois la miseria, es decir, el derecho; tened presente que sois soberanos, y que vendrá ya el tiempo de afirmar definitivamente vuestra soberanía desconocida".

El Sr. D. Eduardo Zamora y Caballero pregunta: "¿Qué significaba la revolución del 18 de Marzo?"

"El triunfo de la anarquía.

"Los individuos de la *Commune* la habían proclamado mil veces de palabra y por escrito.

"En los clubs y en los periódicos se había defendido este tema: *El orden nos ha perdido; sólo la anarquía puede salvarnos*". (2)

El mismo autor dice que en la obra "*Asociación Internacional de trabajadores*", de Mr. Oscar Testut, se encuentra gran copia de datos que importa conocer; y relata muchísimos á cual más elocuentes por la salvaje franqueza con que están expresados. De éstos tomamos los siguientes:

La asociación establecida en China y en la India con el nombre de *Sociedad paternal del cielo y de la tierra*, publicó un manifiesto en que asegura que "cuando la gran mayoría de las ciudades y las campiñas haya prestado juramento á la unión fraternal, *la antigua sociedad caerá pulverizada, y se elevará un nuevo orden de cosas sobre las ruinas del antiguo*".

(1) *Historia Universal*. Tom. VI, pág. 895.

(2) *Destrucción de París*. Tom. II, pág. 107.

“Nosotros no somos socialistas por sistema, sino para y simplemente revolucionarios. . . . Los derechos de los trabajadores: he aquí nuestro principio; la organización de los trabajadores: he aquí nuestro medio de acción: *la revolución social*: he aquí nuestro objeto (*Internacional*, N.º del 27 de Marzo de 1870).

“Nosotros queremos *hacer tabla rasa* y constituirlo todo de nuevo; en este sentido somos revolucionarios”. (*Progreso de l' Oise*, N.º del 29 de Enero de 1870).

El comité central de Londres dice en el manifiesto que acaba de dirigir á todos los comités europeos: “Nosotros aceptamos los acontecimientos de París y los actos de la *Commune*, sin excepción de ningún género. Allí está nuestro programa, *no todo, entero*, pero en germen”.

“Los ricos han arrastrado á la *Commune* de París á la lucha; la *Commune* ha quemado, fusilado y asesinado. Si una situación semejante se reproduce, nosotros reduciremos estos tres procedimientos á uno solo: **Haremos saltar las ciudades con todo lo que haya dentro**; nos envolveremos en sus ruinas con nuestros cuemigos”.

Después de esto ¿podrá dudarse del fin que se propone la revolución? ¿Habrá todavía incautos que se dejen fascinar de las hipócritas y falaces promesas de los liberales? ¿Habrá quienes crean que estos trabajan por mejorar la suerte de los pueblos? ¿Qué salvación, qué bienestar posibles pueden esperar los hombres de bien del entronizamiento del desorden, de la confusión, del trastorno que es lo que significa la *anarquía*? ¿Qué hombre de sano juicio, que no haya entregado su alma al diablo, se alistará en las hordas que llevan por lema en sus banderas: *destrucción irrevocable de cuanto existe en pie en orden á la Religión y la autoridad*? ¿Quién se honrará de propender á la civilización, progreso y ventura de la sociedad, *haciendo saltar las ciudades con todo lo que haya dentro*, y pul-

verizando la misma sociedad ?

VI

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.—PRINCIPALES REVOLUCIONES DEL 93.—EN SUS DISCURSOS NO PIDEN MÁS QUE SANGRE.—IMITADORES DE LOS SANS-CULOTTES FRANCESES.—LA SECTA LIBERAL ES LA MISMA EN TODAS PARTES.

Y sin embargo estos son los hombres que predicán *tolerancia* ; éstos los que dicen que se postran ante el derecho ajeno ; éstos los que nos acusan de *terroristas*, *intolerantes* y *fanáticos*, y aun llegan á recordarnos el ejemplo del *manso y humilde Jesús* ; éstos los que claman contra la pena de muerte, y piden la inviolabilidad de la vida de famosos asesinos y malvados ; éstos, en fin, los que abogan calurosamente por las garantías sociales, en los parlamentos y tribunas, en los periódicos, en las sociedades y talleres, para captarse el aprecio de los sencillos é ignorantes.

Apostrofando el gran Bossuet á estos revolucionarios, perdurables enemigos de las sociedades, les decía : "Predicáis tolerancia, y no solamente no consentís que se os contradiga, sino que también declaráis guerra cruel á los que no piensan como vosotros, haciendo delito digno de castigo el hecho de no aceptar vuestras opiniones". Pero si predicán libertad y tolerancia es para que se toleren sus desmanes y tramas revolucionarias mientras se apoderan del poder ; una vez *saciada esta necesidad*, por reprobados que hayan sido los medios empleados para ello, no hacen el menor caso de la libertad pública, ni toleran la más moderada oposición aun cuando sea de parte de sus mismos amigos. A éstos les dejan la libertad de la licencia más escandalosa, y la toleran con agrado, siempre que no toque con sus personas ; y al mismo tiempo oprimen, coartan y pisotean la libertad de los hombres de bien, particularmente de los católicos que, por con-

ciencia, acatan y respetan la autoridad. (1)

Ya hemos visto que la secta, es decir, el cuerpo revolucionario, representante de los principios liberales, no ha tenido empacho para dar á las naciones este salvaje reto: "*Nuestro fin es llegar á la destrucción irrevocable del mundo antiguo*". Oigamos ahora de qué manera se expresan, como individuos aislados, los más famosos liberales actores principales en los sangrientos dramas que se han sucedido en Francia desde 1789.

Saint-Just, desde la tribuna, dirigiéndose á sus colegas de la Convención nacional, en un largo discurso que no respira más que sangre y furor contra ese mundo antiguo, ó sea la obra imperecedera del Criador, les habla en estos términos: "*Todo cuanto existe en torno nuestro debe desaparecer, porque todo es injusto; el verdadero revolucionario debe estar pronto siempre á caminar entre lágrimas y sangre*". Con tan liberal y fraternal designio propuso que se establezca en la Constitución que, bajo pena de muerte, todos los ciudadanos estuviesen obligados á llevar oculto en sus vestidos el puñal de Bruto. Y en su obra *Espíritu de la Revolución*, gozándose de que empezaba á cumplirse la destrucción general é irrevocable, objeto y fin de los liberales, dice: "Todo el mundo podía edificar y reparar; pero las municipalidades han demostrado su sabiduría demoliendo y destruyendo".

En 19 de Marzo de 1794 vuelve á subir á la tribuna y pide la sangre de sus compañeros de revolución Héroult de Séchelles y Simon.—El 31 del mismo mes reclama más sangre, y señala por víctimas de su insaciable sed, á Danton, Camilo Desmoullins y sus partidarios, tan feroces como él. Sus discursos de acusación rebosan del odio infernal de que estaba poseído este monstruo. "Se os citan, dice á los convencionales, las palabras de Vergniaud, que *la revolución es como Saturno que devora á sus propios hijos*; pero nó, la re-

(1) Onclair.—*De la Révolution.*

volución no devora sino á sus enemigos. Poco importa que á varios individuos de la sociedad conduzca el tiempo al calabozo, al cementerio ó á la nada, con tal que la libertad subsista en pié. . . . Sed, pues, inflexibles: *la indulgencia sola es feroz*. Vosotros no tenéis derecho para emplear la clemencia. No sólo tenéis que castigar á los traidores, sino á los indiferentes y á cuantos permanezcan pasivos en la República." (1)

El efecto de esta arenga, dice el historiador, fué el decreto que invistió de omnímodos poderes al *Tribunal revolucionario*, que llenó de víctimas las cuarenta y ocho mil bastillas revolucionarias, y que hasta el 9 termidor inundó la Francia en un diluvio de sangre.

Dantón pronuncia igualmente un discurso en que dice: "Ya que se nos acusa de que bebemos sangre, seamos bebedores de sangre humana." (2)

Labénc, en su tratado de "*La educación*," dirigiéndose á los *regeneradores* de Francia, les advierte que es necesario crear hombres nuevos, si se quiere sostener la Constitución. Preciso es, añade, cambiarlo todo en el orden moral, del mismo modo que se ha hecho en el orden político."

Juan Debry propone á la Convención que se organice un cuerpo de mil doscientos tiranicidas, que se consagrarán á atacar brazo á brazo, é individualmente, á todos los tiranos de Europa. Mailhe, se esfuerza en probar la *moralidad* de semejante institución; Chabot y Merlin protestan que tan luego como cesasen en sus funciones legislativas se alistarán en dicho cuerpo.

Barrére, sanguinario y feroz como sus colegas, blasfema de este modo en la tribuna: "*La humanidad consiste en exterminar á los enemigos*."

Felix Pyat miembro de la *Commune*, y redactor de "*El combate*" escitaba al pueblo de París á repetir los degüellos del 93, diciéndole: "*Pueblo de París*,

(1) *Monitor*, citado por el abate Gaume.

(2) *La Revolución*. Tom. II, pag. 321.

acuérdate del *ça ira* del 93." Y nadie ignora que este *ça ira* fué la canción de las muchedumbres desenfrenadas repetida en coro, mientras degollaban víctimas y demolían cuanto encontraban á su paso.

La Gaceta internacional de Bruselas, N^o 101 perteneciente al 16 de Marzo de 1874, contiene lo siguiente: "En Palermo se publica un periódico **Los discípulos de Satanás** en el cual la juventud dice: "*Saludamos la aparición de un órgano que representa nuestras ideas y á cuyo buen éxito estamos dispuestos á contribuir directa é indirectamente con nuestras propias fuerzas; pues nos consideramos honrados con ser discípulos de Satanás, dios de la ciencia, de la libertad, del progreso, por los cuales nos sacrificamos y nos sacrificaremos siempre.*"

En nuestra América, en una república que presentaron como modelo de las demás hispano-americanas los escritores apasionados ó superficiales, asegurando que "por la práctica de los principios del sistema liberal más avanzado, han llegado sus pueblos á un grado de cultura que asombra á quien los haya conocido antes y notado su vergonzoso atraso;" en esa república para la cual pedía su Presidente, en un mensaje, *la realidad del gobierno de la democracia, la soberanía del número, el predominio de las masas*; en esa república de cuyo gobierno dijo en 1851 el ilustre argentino Sr. D. Felix Frías que "adula todos los vicios de la multitud y se apoya en ella; y para adularla y explotarla mejor ampara la propagación del veneno socialista," en esa república, decimos, hubo joven que en la tribuna de un *club democrático* dijera en alta voz: "*Si es necesario asesinar al Arzobispo, aquí está el verdugo.*"

Hace muy poco que un demagogo de funesto renombre, en una invitación al pueblo cuatoriano para que se rebelara contra el orden y la autoridad legítima, amenazó á los defensores de ésta que *los emborrcharían con sangre*. Y una especie de proclama publicada en la im-

prenta de *El Eco de Paíta*, fechada el 28 de Diciembre de 1885 en el mismo Paíta y firmada por *Ecuatorianos liberales*, alentando á los bandoleros que han assolado la hermosa provincia de Manabí, para que continúen sus asesinatos y pillaje, concluye así: “Perceverancia, queridos compatriotas:—bala y cuchillo con ellos:—guerra sin prisioneros:—exterminio á sangre y fuego hasta triunfar:—mientras sea necesaria la lucha nada de compasión.”

¿No es este el lenguaje de los *sansculottes* franceses? ¿Qué diferencia hay entre lo que acabamos de copiar y las palabras de Dantón y Saint-Just? Ninguna; y la razón es que el liberalismo es uno en todas partes; y sus aspiraciones y fines, su táctica y armas de combate, su odio al orden y á la autoridad, su sed de sangre y destrucción son las mismas en Francia como en España, en Italia como en Bélgica, en Colombia como en el Ecuador, y en todos los países donde se ha introducido esta secta mil veces terrible que el cólera aséptico.

El liberalismo, cualquiera que sea su nacionalidad, no tiene por base el derecho, ni por guía la justicia. Su poder está en la fuerza bruta, en el imperio de las muchedumbres sin freno ni ley que las detenga en sus orgías bárbaras y salvajes. De consiguiente: ese despotismo de los hombres-fieras, actores de las escenas sangrientas, como disciplinados por el infierno para esparcir el terror y el espanto en los pueblos; ese despotismo, enemigo feroz de la honradez, la virtud, la propiedad, no puede dar de sí más que *sangre, lágrimas y luto*; y sangre, lágrimas y luto es lo que quieren los liberales de todo el mundo.

VII

CREENCIALES DE LOS PRINCIPALES APÓSTOLES DEL LIBERALISMO.—LUTERO.—CALVINO.—ZWINGLIO.—ENRIQUE VIII.—VOLTAIRE.—ROSSEAU.

¿Qué títulos, qué credenciales presentan los demagogos para ejercer la misión que dicen les está encomendada de regenerar la sociedad, ó más bien, *destruir el mundo antiguo*?

Antecedentes vergonzosos, costumbres extragadas, vicios infamantes, orgullo satánico y corazón envenenado por el odio, he ahí los títulos y credenciales que siempre y en todo lugar ha exhibido esa secta para su propaganda impía. Veamos las pruebas. (1)

Lutero, ¡padre de la Reforma protestante! apostató; dejó el hábito de los Ermitaños de San Agustín, y el 13 de Junio de 1525 se casó con la monja Catalina Bora sacándola de un monasterio. Para encubrir hasta cierto punto el escándalo de este doble sacrilegio, dispensó, cual si hubiese tenido potestad que no la tienen ni los Soberanos Pontífices, á los religiosos y religiosas de las diversas ordenes monásticas, el voto de castidad que habían hecho en su profesión y autorizó á Felipe, Landgrave de Hesse, para que se casara con dos mujeres.

Entre los muchísimos libelos que escribió defendiendo su doctrina del libre examen, no hay uno sólo que no esté saturado de blasfemias contra la Religión Católica; de asquerosos y torpes insultos al Papa y á todo el que no se sometía ciegamente á lo que él enseñaba. La vez que los zwinglianos se le opusieron en algo, contestó con estos decisivos argumentos: "Tienen, dijo, el diablo dentro del cuerpo; están en-

(1) Los apuntamientos que siguen hemos tomado de varios autores, tales como César Cantú, Gaume, Monseñor de Segur, Gregoire, Gomez Calderon, P. Felix, &° &°, quienes, á su vez, se refieren, por lo general, á obras escritas por incrédulos.

diablados, superendiablados; su lengua es lengua de mentira que mueve Satanás á su antojo, y está embecida, empapada en veneno infernal."

Irascible y rabioso decía de sí mismo que estaba *satanizado, ensatanizado supersatanizado*, y que se debía desesperar absolutamente de la salvación de su alma.—Glotón y disoluto, compuso una oración en verso en la cual pedía á Dios—*vestidos, capas y mantos: becerros, cebones, vacas, terneras, cabritos, carneros y todo lo necesario para satisfacer sus apetitos, y concluía así: Comer bien y beber bien es el verdadero medio de pasar los días sin fastidio.*"

Calvino juzga á Lutero en estos términos; "Verdaderamente Lutero es viciosísimo; ¡ojalá hubiese cuidado de reprimir su incontinencia! ¡ojalá hubiese pensado en reconocer sus vicios!—Según Zwinglio "cuando escribe Lutero es como un puerco inundo tocando superficialmente las flores de un bello jardín. Con esa misma impureza, esa misma ignorancia de la teología, esa misma indecencia, habla Lutero de Dios y de las cosas santas" ¡Tal fué Lutero!

De Calvino basta decir que, por la perversidad de sus costumbres, vida escandalosa y un crimen que el pudor nos hace callar, mereció la pena de ser marcado con hierro candente en la espalda por la mano del verdugo. El calvinista Galiffe en sus *Noticias genealógicas* le llama *criminalmente famoso, bebedor de sangre*, que levantó el estandarte de la intolerancia más feroz . . . que hizo ejecutar cuatrocientas catorce sentencias de muerte en los años da 1558 y 1559." ¡*Bebedor de sangre*! ¡*marcado con el hierro de la justicia*! Este fué Calvino.

Zwinglio fué arrojado de su parroquia de Einsiedlen, en la que servía como cura, á causa de su relajación. Se casó á imitación de Lutero. "Si se os dice, escribía Zwinglio á uno de sus amigos, que peco por orgullo, glotonería é impureza, creedlo sin dificultad, porque estoy sujeto á estos vicios y á otros muchos."

Esto lo dice Bulliger, discípulo del mismo Zwinglio.

Enrique VIII solicitó del Papa Clemente VII que le divorciara de su mujer legítima la bella cuanto virtuosa Catalina de Aragón; y como el Pontífice se negó á este divorcio condenado por la Iglesia, Enrique repudió á su esposa y se casó con Ana Bolena; se hizo Jefe Supremo de la Iglesia reformada, é introdujo, por la violencia y el terror sobre los católicos, el cisma y la herejía que tantos días de luto y escándalos han dado á Inglaterra, llamada en otros tiempos *la Isla de los Santos*. Repudió sucesivamente seis mujeres á quienes hacía cortar la cabeza, á medida que se disgustaba de ellas.

Estos fueron los principales jefes de la *Reforma*, de esa doctrina del libre examen que nos ha traído las *libertades* que ahogan en males á la especie humana.

Sepamos también quiénes fueron los filósofos enciclopedistas del siglo XVIII que engendraron la revolución francesa.

Voltaire y Rousseau son reconocidos como patriarcas y oráculos de esa famosa liga de sofistas: — los libertinos no tienen suficientes palabras para elogiarlos; los sarcasmos y burlas con que el primero trataba de ridiculizar la Religión revelada y sus ministros; y la hipocresía con que el segundo difundió los absurdos más groseros contra esa misma Religión y el orden social, son las fuentes en que beben su inspiración los sofistas modernos, para continuar la obra de sus maestros. Pero ¿de qué méritos ó virtudes estaban adornados estos furiosos enemigos de Dios y de los hombres? Veámoslo.

Voltaire, á quien su profesor el P. Lejay, en el Colegio de Luis el Grande, había dicho estas palabras proféticas: *¡Infeliz, tú serás el portaestandarte de la incredulidad!*, fué arrojado de la casa paterna á la edad de diecisiete años, por su inmoralidad y vicios; lo fué igualmente, por la misma causa, de la de un procurador á quien sirvió como amanuense;—despedido, por

el desenfreno de su vida, del empleo de Secretario de una Embajada en Holanda; refugiado en Ruan, oculto siete meses en casa de un librero, á quien, en recompensa, arruinó por una estafa digna de presidio;— prófugo y asilado en el castillo de Cirey, en Lorena, donde permaneció cinco años;—expulsado de París, y de Versalles;—dos veces encerrado en la Bastilla;—apaleado por unos lacayos y por el editor de su obra "*La Henriada*";—abofeteado por un cómico, y señalando la cara por una estocada que le asestó un oficial. ¡He ahí la gran figura de Voltaire!

Rousseau, contestando las injurias que le dirige Voltaire, le dice: "*Alma ruin, en vano tratas de envilecerte á tí misma: la lúgubre filosofía que profesas es la que te iguala á las bestias*". Y el mismo Voltaire, criticando sus propias obras, dice: "He perdido el tiempo de mi existencia en componer un fárrago enorme cuya mitad, por lo menos, no ha debido publicarse."

Rousseau, la segunda lumbrera del liberalismo, fué hijo de padres protestantes; tuvo una educación muy descuidada, y alimentó su espíritu con la lectura de novelas y libros nocivos. Su primer empleo fué de escribiente en casa de un escribano, quien lo despidió por inepto. Entró de aprendiz de grabador, y á poco tiempo abandonó el taller y huyó de Ginebra. En Turín abjuró el protestantismo, y abrazó la Religión Católica: se concertó de lacayo en casa de la condesa de Verselles; pero, acusado de un robo, pasó á servir al Conde de Gouvón, que lo despidió por su insolente y perverso comportamiento. Asociado á un pilluelo llamado Bacle, caballero de industria que fingía ser obispo griego encargado de recoger limosnas para el Santo Sepulcro, recorrió la Suiza, y en Soleura fué aprehendido y reducido á un calabozo en junta de su socio, como ladrón. El Embajador de Francia, compadecido de este vagamundo le suministró recursos para volver á París, y en Lyon se acomodó como pedagogo con Mr. de Mably, á quien pagó con mil felonías la hospi-

talidad que le había dado. Despedido de casa de Mr. de Mably fué á Venecia como Secretario del Embajador Mr. de Montaigu en 1743; pero corrió la misma suerte. Regresó á París después de haber pasado por toda clase de percances en Italia, Inglaterra y Suiza; y se relacionó con la joven costurera Teresa Levasseur en la cual tuvo cinco hijos que los abandonó al hospicio de expósitos. Volvió á entrar en la comunión protestante, y acabó su existencia disparándose un pistoletazo después de haber tomado una dosis de veneno.

Este famoso impío haciéndose justicia á sí mismo, dice: *"Sostener y probar á un tiempo el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, tal ha sido siempre la ocupación favorita de mi espíritu. No puedo mirar mis libros sin extremecerme, pues corrompo en vez de instruir; enveneno, en vez de alimentar; la pasión me extravía, y en medio de mis bellas disertaciones, no puse de ser un malvado"*.

Y Voltaire dice de Rousseau que es un "prófugo de Ginebra, un quidam que asaz ha hecho de las suyas, un canalla, un picaro redomado, un charlatán ambulante que reúne á los ociosos en el Puente nuevo; un orate de aldea que escribe impertinencias dignas del hospital de Bicetre, un chisgarabís parlero cuyas atrocidades chabacanas pasan por elocuencia entre mugercillas; un hipócrita enemigo del género humano; un gosquecillo ruin y rebcoroso; un hosco energúmeno hinchado de orgullo y destilando hiel; un patán, un impío, un ateo, un botarate que estaría bien en una escala y merecería la horca por haber compuesto libros abominables; hombre sin fe y sin religión". "Nadie empleó jamás tanto ingenio como Rousseau para convertirnos en bestias".

Repetirémos con el abate Gaume: ¡ Oh Dios de toda santidad, de toda pureza, de todas las virtudes! ¡ Serán estos hombres los que habréis escogido por representantes vuestros en la tierra, por intérpretes de vuestras santas verdades, y por preceptores del gene-

ro humano, condenando al mismo tiempo como erroneo cuanto de más virtuoso, ilustrado y semejante á Vos haya existido entre los mortales ?”

VIII

PRINCIPALES ACTORES DE LA REVOLUCIÓN DEL 93.—CO-
MUNISTAS DE PARÍS.—MIRABEAU.—MARAT.—COUTHON.—
SAINT-JUST.

Inútil será decir quienes fueron los revolucionarios del 93 y los *Comunistas* de 1870, porque sus hechos los dan á conocer mejor que las biografías que se han escrito de algunos de ellos. Sin embargo, para no dejar este vacío, diremos algo de los más famosos.

Una de las figuras más prominentes de la revolución francesa fue *Mirabeau*, cuya vida se asemeja en mucho á la de *Voltaire*; preso (y varias veces por su mismo padre) en los castillos de *Jf, de Joux*, de la isla de *Ré* y de *Vincennes*; refugiado en Suiza y en Holanda; sentenciado á la pena capital, y cargado de deudas por su disipación, no desmintió jamás que pertenecía á la flor y nata de los regeneradores del mundo antiguo. “Cuando *Mirabeau* escribió la denuncia del agiotaje contra *Necker*, dice *César Cantú*, el virtuoso *Rulhière* le respondió (1789): ¡Hablar de patria vos, conde de *Mirabeau*! Si no os cubriese la frente una triple máscara de bronce, ¿cómo no habrías de ruborizaros al proferir este nombre? Una casa unida por vínculos sociales á la casa común; parientes, amigos, partidarios, bienes utilizables en su provecho y en el de la patria; deberes de hijo, de hermano, de marido, de padre, que cumplir; una vocación honrosa que seguir: tales son los caracteres que constituyen el ciudadano. Pero vos, conde de *Mirabeau*, ¿poseís uno solo de ellos? (1) El historiador añade: “El mismo *Mirabeau*,

(1) *Historia Universal* Tom. VI, pág. 407.

cuando se le atacaba en su vida anterior, bajaba la cabeza, como quien sabe que ha merecido el ataque . . . *¡Cuánto mal está causando á Francia, la inmoralidad de mi pasada juventud!*, había exclamado ya. (1)—El biógrafo Gregoire termina con estas palabras: “Murió extenuado por todo género de excesos, el 2 de Abril de 1792. Era llamado *Mirabeau Tonel* á causa de su obesidad y de su afición al vino”.

¡ Oh ! A cuántos *patriotas falsos*, á cuántos *regeneradores* de las sociedades, á cuantos *liberales*, adoradores del puñal de la salud, que nos ofrecen convertir nuestro suelo en el soñado jardín de las Hespérides se les puede dirigir con plena justicia el amargo reproche de *Rulhiere* á *Mirabeau* !

El ginebrino *Marat*, autor del proyecto de dejar vacías las prisiones de París, por medio de las matanzas del 2 de Setiembre de 1792; que pidió doscientas ochenta mil cabezas para *regenerar* á Francia; que solicitó fuesen retenidos como rehenes cien mil parientes de los emigrados, y dijo á la Convención en tono amenazante: “*Si no me dáis las cabezas que os pido en justicia*, el pueblo indignado hará rodar en su furor muchas más”;—*Marat*, á quien se le decretaron los honores de la apoteosis, y cuya efigie, al lado de la de *Bruto*, honraba los salones de la Convención;—*Marat*, cuyo nombre se dió á la calle de los Franciscanos y á la isla de *Boin*; y para perpetuar su memoria, se le erigieron altares, arcos de triunfo y mausoleos en muchos departamentos; y en la iglesia de los Franciscanos de París un altar consagrado á su corazón, delante del cual se entonaron letanías sacrílegas en su honor;—*Marat*, que fué divinizado y mereció los honores del Panteón [2]; *Marat*, á quien el Presidente de la Convención le llamó *santo* y el de los jacobinos le

(1) *Historia Universal* Tom. VI, pág. 417.

(2) Los revolucionarios franceses, imitadores del paganismo, quisieron tener, como los romanos de la antigüedad, un templo consagrado á todos los dioses; y á la iglesia de Santa Genoveva

hizo *superior al Salvador del mundo*; esè Marat no fuè sino el malvado que no tuvo rival.—Un sombrero redondo estropeado cubría su cabeza; sus cabellos negros, grasientos y en desorden, tenía atados con un cordel; una hopalanda sucia y mugrienta, medias de lana caídas sobre los talones y zapatos remendados, componían todo su traje. Su físico correspondía perfectamente á su vestido. Su estatura no llegaba á cinco piés; su cabeza de tamaño desproporcionado, su mirada feroz, su fisonomía siniestra y su cuerpo cubierto de repugnante lepra, revelaban un alma de hiena, un alma de sangre y lodo en que hierven las más violentas y lúbricas pasiones. Veíanse unidos en él la crueldad y el deseo de placeres. . . . Sus costumbres son tan infames que su cuerpo, devorado por asquerosas dolencias, exhala la fetidez de la putrefacción.—Este fuè el *dios* Marat, á quien se le dedicó una fiesta anual señalándola en el calendario para el 4 de Agosto; este fuè uno de los hombres *más grandes, un verdadero republicano, el ciudadano cuyas virtudes cívicas y privadas han brillado en todas partes* y merecen el agradecimiento de la posteridad, según se expresaban los *bebedores de sangre*.

Couthon fuè llamado *la pantera del Triunvirato*, y este nombre dice lo bastante para conocer quien fuè ese demagogo.

Saint Just escribió un poema intitulado *Organte*, y el autor de los *Estudios revolucionarios* dice, hablando de ese poema que, “por fortuna está olvidado hoy día; que dicha obra deja atrás las infamias de “*La Doncella* de Voltaire; las ateas impurezas de la *Guerra de los dioses* de Parry, y los repugnantes *Cuentos* de Rabelais y la Fontaine. Saint-Just pone en práctica, añade dicho autor, lo mismo que predica, y sus

le dieron el nombre de *Panteón francos*, para sus *dioses franceses*, en cuyo número entra Marat. El *Panteón* de Roma fuè el templo que Agripa, yerno de Augusto, consagró á todos los dioses, 27 años antes de la Era Cristiana.

aventuras escandalosos dan materia á la crónica escandalosa del país."

Los antecedentes de los hombres que compusieron la *Commune* de París están revelados por las siguientes líneas, y no creemos necesario concretarnos á ninguno de ellos.

"Miserables bandidos que profanaron el nombre de *patriotas*, todo corazón honrado debe maldecirlos, no sólo por sus actos mientras duró su infame dominación, sino por haberse sublevado cuando los enemigos de su patria estaban allí, audaces, altivos y embriagados por su triunfo, espiondo la dolorosa agonía de la nación infortunada que acababan de vencer." . . . "En cuanto á los extranjeros nos bastará decir que estaba en París (formando parte de los insurrectos), toda la hez de Europa, ó para hablar con más exactitud, no toda, porque desgraciadamente una gran parte quedó en los demás países; pero en fin, se reunió allí una buena colección de revoltosos de oficio y de gentes mal avenidas con el orden, la moralidad y el trabajo." . . . "Luego seguían los despechados, los *frutos secos* de todas las profesiones: abogados sin pleitos, médicos sin clientela, periodistas sin lectores, pintores sin nombre, bachilleres en letras que no tenían más que el diploma, ingenieros sin trabajo, oficiales despedidos del ejército, curas privados de sus licencias, cómicos silbados, comerciantes quebrados, ricos arruinados, viciosos incorregibles, tabures, y en fin, toda gente que vive á salto de mata, sin porvenir, sin presente, sin más esperanza que la casualidad." . . . "Sin embargo la parte más importante, y también la más temible de las fuerzas revolucionarias, . . . eran los perseguidos por la justicia, los fugados y licenciados de presidio, los rufianes, los ladrones de profesión, &^a, &^a (1)

"Hombres, dice el autor de la obra *La Commune de París*, que no tienen oficio ni beneficio, ó mejor di-

(1) *Destrución de París*. Tom. II.

cho cuyos oficios consisten en estafar, robar y asesinar. Escapados de presidio la mayor parte, caballeros de industria los demás, bombres verdadera escoria de la sociedad."—He aquí de lo que se compone la secta liberal; he aquí los maestros y tutores del género humano. Y si á estos se agregan "*las brigadas de incendiarios*, como dice el autor antes citado, que se componían de los licenciados de presidio, de odiosos pilluelos sucios, harapientos y cínicos, como sólo los hay en París, y sobre todo, de una multitud de horribles viejas ó de jóvenes más horribles todavía, escapadas de los más inmundos lupanares," tendremos el cuadro completo de un barrio del infierno.

Y bien: ¿en qué se parecen á estos apóstoles del crimen, los apóstoles de la verdad? ¿Cuál de los discípulos de Jesucristo encargados de enseñar al mundo la doctrina santa, ha aconsejado la mentira, la calumnia, el asesinato, el incendio, el exterminio, para difundirla en las naciones? ¿Cuál ha pedido las cabezas de millares de sus semejantes como medio de establecer la Religión Cristiana y hacer felices á los pueblos?

IX

LIBERALISMO PRÁCTICO.—EMANCIPACIÓN DE LA CONCIENCIA.—PRIMERAS HAZAÑAS DEL PUEBLO SOBERANO.

Pero ya hemos visto aunque muy someramente lo que es el *liberalismo* en teoría; hemos visto lo que es la secta y sus sectarios; veamos ahora lo que es en la práctica.

"*La más grande y benéfica conquista de la civilización del siglo es la emancipación de la conciencia*, han dicho los liberales demagogos; y á fe que para ellos esta *conquista es la más grande*, la más provechosa en resultados, por ser la base y fundamento de las demás *conquistas*. Y si no, ¿qué significa esta *emancipación de la conciencia*, en su sentido literal y propio, sino la ins-

tigación al crimen, la impunidad del crimen, la acumulación de crímenes, con abstracción completa de la Justicia Eterna? ¿Qué significa *emancipar la conciencia* sino encallecerla, para cometer, sin temor ni remordimientos, cuántas abominaciones sea capaz de inventar la malicia humana dirigida por el espíritu de las tinieblas? Quítese á la débil prole de Adán la esperanza de un premio eterno por la práctica de la virtud, y el temor de un castigo infinito por el vicio, y se la convertirá en una agrupación de fieras más terribles mil veces que las de los bosques de África.

Al contrario: mientras el hombre conserve puro el dogma de un premio y castigo eternos; mientras posponga sus derechos al deber; en una palabra, mientras no haga lo que Proudhón aconseja, *olvidar la fe y volverse ateo . . . arrojar sin tardanza de su espíritu y de su corazón la idea de Dios*, no será actor, cómplice ni panegirista de escenas horribles como con las que aterraron á la Francia y al mundo entero los *jacobinos* y *descamisados* del 93; los feroces demagogos de España en 1835; las hambrientas hienas de la *Commune* de París en 1870; los ejecutores de las matanzas de San Calixto y las bacanales del Capitolio en Roma, en 1849; los degolladores de ancianos, mujeres y niños en Aviñón, arrancada al Sumo Pontífice para sacrificarla al furor del ejército comandado por Jourdan, general de la revolución del 93; los demagogos progresistas con los asesinatos y depredaciones sin número en Suecia, Noruega, Irlanda, Dinamarca, Polonia, Piamonte, Nápoles &^a, &^a, por odio á la Religión Católica y á toda autoridad.

La conciencia emancipada de luteranos y liberales cesaristas preparó y sostuvo la guerra de los treinta años que dejó á Alemania en postración completa, imponiendo á la conciencia de los católicos, por la fuerza de las armas, las doctrinas del Protestantismo.

Oliverio Cromwell, á la cabeza de los *independientes puritanos*, "proclamando la república, la libertad de

conciencia, la independencia absoluta de la persona humana, y la inspiración directa sin el intermedio de la Iglesia, no habría despoblado vastísimas regiones que quedaron inhabitadas hasta el punto de tener que llevar consigo alimentos el que necesitaba atravesarlas", como refiere Cesar Cantú; no habría casi exterminado á los católicos irlandeses y derramado ríos de sangre, invocando el nombre de Dios, ni habría puesto en almoneda á los prisioneros que por casualidad dejaba vivos, particularmente niños y niñas, para venderlos como muebles ó bestias de carga, si previamente no hubiese emancipado su conciencia.

Este es el primer paso en la carrera del crimen; y el *dios-pueblo* que ya lo había dado, debía empezar su soberanía en Francia con una manifestación solemne del poder omnímodo, ilimitado, que le adjudicaron sus aduladores, y quiso que élla sea sangrienta y terrible, para que los contemporáneos, que lo contemplaban con estapor, no pongan en duda su omnipotencia, ni lo olviden las generaciones futuras. Así, el 14 de Julio de 1789, enardecido con las publicaciones incendiarias de Mirabeau y los discursos sediciosos de Camilo Desmoulins y de Lafayette, se lanza, armado de fusiles, sables, hachas, picas y garrotes, al saqueo y la devastación; y so pretexto de que en la Bastilla había centenares de presos políticos, se dirige á ella ebrio de sangre y de pillaje: pone fuego al edificio, echa al suelo las puertas, rompe preciosos muebles, acuchilla á los Suizos y á los inválidos que allí hacían la guardia; apodérase del Gobernador, le da la muerte más cruel y bárbara, después que capituló, clava su cabeza en una pica con un cartel que decía: "*De Launay, Gobernador de la Bastilla, pérfido y traidor al pueblo*". Varios Jefes y Oficiales, que cayeron prisioneros en el combate, son pasados á cuchillo y otros ahorcados.

La Bastilla era una fortaleza que, para la defensa de París, empezó á edificarse en 1369 y se concluyó en 1382, bajo el reinado de Carlos VI. De élla no que-

daron sino montones de ruinas, como troféos y mudos testigos de la ferocidad y barbarie de los revolucionarios, quienes, en vez de los centenares de presos políticos que pensaron hallar en esa fortaleza, no encontraron más que siete criminales condenados por delitos comunes.

A este primer triunfo del *soberano* en París se commueven los *soberanos* de los departamentos. “*No pertenecer al pueblo es un crimen, y ni el sexo débil se libra del terrible nivel*”, dice Gaume en la obra citada, y relata los suplicios salvajes y bárbaros que hacían sufrir las *turbas omnipotentes* á los que conceptuaban sus enemigos, sin que les sirva de defensa á estos infelices la edad, el sexo ni el hallarse en el lecho del dolor. A unos se fusilaba ó acuchillaba, á otros se degollaba ó descuartizaba, á éstos se estrangulaba ó arrojaba á un río; á aquellos se quemaba ó cortaba la cabeza con hoz: se arrancaba las cejas y las pestañas, se cortaban las orejas, y se hacía con las víctimas lo que el impasible carnicero con las vacas y corderos.

“En todas partes se discute, se delibera, se mata, se quema los castillos; se degüella á los nobles y á los sospechosos con refinados suplicios; se les ahoga; se *les come*. ¡Afortunados los que tan sólo eran mandados á llenar los calabozos de París! [1]

Exasperados al ver tales infamias y crímenes los hombres de bien, y aun algunos de los mismos revolucionarios en cuyo corazón había quedado algún resto de moralidad ó de vergüenza, dirigieron sus quejas á la Asamblea, pidiendo algún freno para tanto desborde de las más viles pasiones; pero allí estaban Mirabeau Gouy d' Arcy y otros demagogos que defienden al *soberano*, disculpan semejantes *pecadillos*, hacen recaer toda la culpa en la tiranía y felicitan al pueblo

(1) Cesar Cantú. *Historia Universal*. Tom VI, pág. 414.— En cuanto á que se comían la carne de los martirizados, no es una hipérbole del sabio historiador; más adelante se verá la verdad de este aserto.

por esta primera hazaña. “Estremece en verdad, dice uno de los defensores, la sola idea de esos horrores, efectos inevitables de *ochocientos años* de vejaciones públicas y particulares. La Asamblea nacional sentía una *aflicción profunda por todos aquellos desórdenes*; pero sabía que, más bien que del pueblo, eran crímenes de un *gobernador tiránico que hacía siglos venía hollando los derechos más sagrados*. (1)

Esto mismo se parodió en N. Granada, bajo el gobierno del General José Hilario Lopez. Los habitantes del Cauca, cansados de sufrir las extorsiones, vejámenes, depredaciones, asesinatos y abusos escandalosos que cometían, en nombre de la libertad, los *liberales rojos*, elevaron también sus quejas al Gobierno, haciéndole una pintura bien funesta de los desafueros de que eran víctimas. El Gobierno contestó que no podía impedirlos, porque eran retozos de la democracia!

El reinado de la *Commune* de París debía empezar también con asesinatos y desafueros como el de los *descamisados* del 93. Las turbas desenfrenadas debían manifestar su *soberanía* con actos de crueldad y barbarie, para imponer el *terror*, y así lo hicieron. Los asesinatos á personas que conceptuaban enemigas, y el perpetrado en los generales Lecomte y Clemente Thomas, fueron defendidos por los miembros de la *Commune*, y se los calificó de *justicia popular*.

El *pueblo-dios* se hallaba, pues, en pleno goce de su soberanía omnipotente. Mas para ejercerla sin obstáculos debía, ante todo, aniquilar la Religión, objeto de su odio implacable y de sus venganzas infernales; y los tutores de ese soberano proponen el despojo de los bienes del clero, como medio de esclavizar á la Iglesia; y esclavizándola, dominarla; y dominándola, destruirla. Sucédense los oradores en la tribuna pretendiendo demostrar que la nación es dueño de esos

(1) *Monitor* N° 33, citado por Gaume.

bienes y que puede disponer de ellos como le parezca; uno de esos oradores escribe: "La gerarquía eclesiástica no es más que una gradación de orgullo. El Pontificado es un resto usurpado del imperio romano; el episcopado es una preeminencia puramente mundana. . . La especie de divinidad que la Iglesia ha querido comunicar á sus bienes es una blasfemia contra el Evangelio y la *propiedad*. . . Si pues los oficiales y generales del ejército no tienen señalada propiedad alguna territorial, ¿por qué la han de tener los del clero?" Mirabeau añade otros sofismas aún más groseros, y seduce con ellos á la Asamblea que decreta en 2 de Noviembre de 1790: *todos los bienes eclesiásticos están á disposición de la Nación francesa.*

El 4 de Agosto, es decir, tres meses antes de este decreto, había reconocido y declarado la misma Asamblea los derechos del hombre y del ciudadano; *derechos intransmitibles y sagrados*, según se expresa en aquella declaración, cuyo art. 2º dice así: "El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre, que son: la libertad, la *propiedad*, la seguridad y la resistencia á la opresión". Y el decreto del 2 de Noviembre ¿no era una violación monstruosa de este artículo? ¿No era una burla sarcástica dirigida á la sociedad? ¿No era decirle: te he ofrecido respetar tu derecho imprescriptible de poseer tus bienes; pero te quito esos bienes y los hago míos?—Así es como procede el liberalismo; para él, que dice que *no reconoce otros límites que el derecho ajeno*, no hay límites ni leyes que lo detengan en su camino de depredaciones y desafueros. El decreto de despojo de los bienes de la Iglesia tuvo su cumplimiento. Copiemos la historia, y veamos lo que hizo el liberalismo, por medio de su máquina el pueblo soberano.

"El 10 de Diciembre de 1790 pone en venta bienes eclesiásticos por valor de cuatrocientos millones. Cincuenta mil iglesias, capillas y conventos, semilleros

de ciencias y artes quedan destruidos ó mutilados.

“En 3 de Marzo de 1791 se apodera de las alhajas, piedras preciosas y plata de las iglesias, cabildos y comunidades que se hayan considerado ó se consideren útiles, y permitido su existencia.

“En 26 de Agosto se apodera de todos los vasos sagrados, muebles y utensilios de cobre y bronce existentes en las comunidades, iglesias y parroquias suprimidas.

“El 14 de Setiembre ocupa las posesiones de la Santa Sede, los estados de Aviñón y el Condado Veneciano.

“El 16 de Agosto de 1792 se apodera de los inmuebles afectos á las fábricas de las catedrales, parroquias y ancjos, sea el que quiera su título.

“El 17 del mismo mes, se adueña de los jardines, vergeles y demás posesiones pertenecientes á monges y religiosas.

“El 18 del mismo, de todos los bienes de corporaciones, congregaciones seculares, eclesiásticas ó laicas de hombres y mujeres; de seminarios, colegios, cofradías y demás asociaciones piadosas ó de caridad.

En 9 de Setiembre, de la plata de las iglesias dependientes de la lista civil.

Finalmente, hace suyos los bienes de la Orden de Malta, las verjas de hierro, muebles y efectos de las casas religiosas, las campanas de las iglesias y capillas, y manda que se construyan cañones.

Establece la pena de catorce años de galeras contra cualquier sacerdote que se atreva á presentar como injusta la venta y adquisición de los bienes del *orates llamado clero*. (1)

En Bélgica, en España y en Italia apodéranse también los generales franceses de todas las alhajas y plata de las iglesias; y en Roma *las ponen en requisa*, dejando un solo caliz en cada iglesia.

(1) *Monitor* Tom. XV, citado por Gaume.

Respecto de los departamentos, he aquí lo que nos dice la historia á este respecto.

La diputación de Meaux deposita en el *altar de la patria* mil ciento catorce marcos de plata, procedentes, según ella, de los *dioses inútiles* de su distrito; la de Nemours, cien cajones llenos de oro, plata, ámbar y piedras preciosas, colecta de una *incursión filosófica* en las iglesias de su territorio;—las de Sévres, Clichy, Cloissy-Sur-Seine, Brunoy, Vaugirard, Petits-Andelys, Clamart, Franciada, Gravilliers, Nièvre, &ª, &ª, llegan á París sucesivamente á entregar las alhajas, vasos sagrados, paramentos, y bienes de sus respectivas iglesias, á la voracidad de los demagogos regeneradores de esa Francia que llamaban libre y feliz, porque había “precipitado de su trono la legalidad, para reemplazarla con cien poderes, y principalmente los clubs y los periódicos,” como lo observa Cesar Cantú.

Cada diputación lleva un orador que dice una arenga á cual más impía, blasfemia y asquerosa, al tiempo de depositar en el *altar de la patria*, el producto de las *incursiones filosóficas*. Bastarán unas pocas muestras, de esos patrióticos discursos.

“La municipalidad de Clamart se alegra de no ser la última en venir á poner á los piés de la sabiduría nacional los aparatos de la superstición y el arsenal del fanatismo . . . Desaparezcan para siempre las pantomimas celestes que durante diez y ocho siglos (1) han vuelto estúpidos á los hombres. No haya más ministros, ni más apóstoles, ni más cultos. . . La divinidad de un verdadero republicano es la patria.”

“Aquí os traemos, dice otro, los despojos de la hipocresía y los aparatos de la superstición. Esta última tenía algo de bueno y efectivo, que era el oro y la plata con que cubría su horrible imagen, y que veni-

(1) Los diez y ocho siglos que lleva de fecha el establecimiento del cristianismo.

mos á depositar al pié del altar de la patria, no para salvar las almas; sino para la salvación de la República.”

“Ciudadanos, dice á la Convención el orador por Sévres, *Dionisio de Siracusa quitó á Júpiter su manto de oro diciendo: es muy frio en el invierno y muy caliente en el verano.* Acabamos también nosotros de quitar á nuestros sacerdotes y santos las riquezas y vestiduras espléndidas que forman excesivo contraste con la sencillez del *descamisado Jesús*, de quienes los primeros si titulaban ministros”.

Los enviados de la sección de Gravilliers entran en el recinto de la Convención vestidos con hábitos pontificales y sacerdotales bailando la *Carmañola*; y al son de un aire obscuro se despojan de esas vestiduras tirando á lo alto las mitras, roquetes, estolas y dalmáticas.

Chaumette al regreso de una *escursión filosófica* con Fouché por el departamento de Nièvre, dice al ayuntamiento de París: “Ya no hay en mi departamento ni sacerdotes ni pobres. Ya se han desembarazado los palacios de los emigrados y los altares de esos montones de oro que alimentaban la vanidad de los nobles y de los clérigos. Pronto llegarán á París efectos por valor de treinta millones. Dos galeras cargadas de cruces y otras alhajas de oro, equivalentes á dos millones en metálico, han llegado á la Casa de moneda, y á esta remesa seguirá otra tres veces mayor.”

Andres Dumont se expresa en los términos siguientes: Desempeñando la comisión que me disteis para los departamentos del Oeste, he hallado en una abadía de frailes, sesenta mil y una libras que he entregado á la Convención. Acusáronme de que estaba á mal con la religión, y habiendo hecho una requisa, *trescientos ó cuatrocientos santos me han pedido que se les condujese á la Casa de moneda.* Ya no existen en las iglesias del departamento del Somme plomo, cobre, ni plata, metales que han sido reemplazados con madera,

boja de lata y vidrios. Los flanceros de la libertad han sucedido á las cruces de los campanarios.”

La municipalidad de Beaurepaire remite su ofrenda á la Convención con este parte: “Ciudadanos, nosotros os enviamos nuestros dones patrióticos en un cajón *construido con las tablas de un ex-confesorario de la ex-religión.*”

Para dar el último golpe á la Religión, en las personas de sus ministros, suprimo por el decreto de 18 de Agosto de 1792, “todas las corporaciones religiosas y congregaciones seculares de hombres y mujeres, de eclesiásticos y legos *y aun las dedicadas únicamente al servicio de los hospitales y al alivio de los enfermos,* bajo cualquier denominación que existan, juntamente con las cofradías y demas asociaciones piadosas ó caritativas, y declara también que quedan prohibidos y abolidos todos los trajes eclesiásticos, religiosos ó de congregaciones seculares, sea el que quiera su sexo.” (1)

¿Qué hizo la *Commune* en 1871? Abramos la historia contemporánea, echemos una ojeada á la capital de esa Francia modelo de *liberalismo* aquilatado. “En las dos primeras semanas de Abril, se organizó no sólo el saqueo, sino la persecución del personal de las iglesias, comunidades, escuelas, y en general de todas las instituciones que más ó menos directamente se relacionaban con la religión, y especialmente con el catolicismo. Ni una sola escapó. Todo fué robado: el dinero de los cepillos. (2) los vasos sagrados, los relicarios de metales preciosos, los ex-votos, los objetos de arte de algún valor. La *Commune* tenía entre sus miembros algunos hombres inteligentes en la materia, tales como Felix Pyat, Courbet, Vaillant, Brosly y otros. El tesoro de nuestra Señora de París, robado

(1) *Monitor* citado por Gaume.

(2) Cajitas cerradas y remachadas que tienen una abertura longitudinal por donde introducen los fieles las limosnas que dan para los gastos del culto ú otros fines piadosos.

por primera vez y luego restituído en parte bajo la presión del clamor público, fué por último vuelto á robar definitivamente. Estas riquezas históricas, cuyo valor artístico excedía en mucho al intrínseco, eran enviadas á la Casa de moneda, donde afortunadamente faltó tiempo para fundirlas todas. Pero ; cuántas desaparecieron en sus troqueles ó en los bolsillos de aquellos bandidos con kepi!

“El primer monumento profanado fué Santa Genoveva. Al apoderarse de él aserraron los brazos de la cruz que había en la cúpula, é izaron en ella una bandera roja.

En seguida fueron cerradas todas las iglesias hasta no dejar una sola abierta al culto ; y “como el gran afán de la *Commune* era sacar dinero de todas partes y á toda costa, se ocupó varias veces del modo de utilizar dichos edificios, (los de las iglesias y conventos) vendiéndolos con las mejores condiciones que fuera posible. Pero como nadie estaba tan mal con su dinero que fuera á comprarlos, hubo de conformarse con convertirlos en clubs y en cuarteles para los federales.

“Hombres y mujeres de la hez de la población subían á los pulpitos de las iglesias convertidas en clubs, y desde allí sentaban proposiciones y defendían teorías, capaces de avergonzar á las paredes”.

“En la iglesia de San Felipe los guardias nacionales se revistieron con los ornamentos sacerdotales, bebieron en los cálices y se entregaron á la orgía más escandalosa”. (1)

Lo que ha hecho en Francia el *liberalismo*, ha repetido en América y en todas partes. El padre de la *Reforma* protestante y con él todos los *reformadores*, empezaron á difundir sus doctrinas por el saqueo de las iglesias y el robo de los bienes del clero católico.

Podríamos citar muchísimos ejemplos del modo

(1) Zamora y Caballero. Obra citada.—*La Commune de París de 1871*.

como respeta el liberalismo el *imprescriptible derecho de propiedad*, y empezáramos por los despojos de los bienes de las iglesias de Breslao, de la de los Bernardos, en 1522; la destrucción del suntuoso monasterio y robo de los bienes, ricos ornamentos y piedras preciosas de los Premonstratenses, en el monte Elving, en 1529, &c. &c.; pero la extensión de este opúsculo no lo permite; y dejando este punto, veamos ya al soberano ejerciendo su *soberanía irresponsable*; ó, en otros términos: *al liberalismo practicando lo mismo que condena en teoría.*

X

GARANTÍAS.—SEGURIDAD INDIVIDUAL.—INVOLABILIDAD DE LA VIDA Y DEL DOMICILIO.

“Así como el nombre de Cristiano era para los paganos de los primeros tiempos del Cristianismo sinónimo de todos los crímenes, así también lo era para sus discípulos el nombre de sacerdote. En su consecuencia organiza la Revolución contra ellos una carnicería general, y en los días 2, 3, 4 y 5 de Setiembre de 1792, la sangre de más de doscientos individuos del clero tinte las prisiones de los Carmelitas, de Santa Pelagia, San Fermín, la Abadía, el Gran Châtelet, la Conserjería, la Fuerza y el claustro de los Bernardos.

“En uno de esos días en que realiza tanto asesinato, el 3 de Setiembre, el Ayuntamiento de París escribe á los Departamentos: “Una parte de los *feroces conspiradores*, detenidos en las prisiones, han sido muertos por el pueblo, y sin duda la Nación entera se apresurará á adoptar *tan necesario medio* de salvación pública”.

“Los que se escapan del sable de los degolladores no pueden evadirse de los furores de la ley. El 14 de Febrero de 1793 la Revolución pone precio á sus cabezas, y promete cien libras de recompensa al que descubra ó haga arrestar á un sacerdote no juramen-

tado. Lánzase contra ellos á centenares los edictos de proscripción. Errantes por los bosques, sumidos en los calabozos, degollados, fusilados, ahogados, ametrallados, guillotinaados ó deportados, millares de sacerdotes y de fieles perecen por haber resistido á un paganismo triunfante, que un puñado de literatos quiso imponer á Francia. (1)

Y el autor de la *Historia pintoresca de la Convención*, de quien hemos hablado ya, convencional actor en esa satánica orgía del 93, y de consiguiente testigo nada sospechoso, dice: "El 9 de Noviembre de 1793 sintióse un gran tumulto fuera del edificio de la Convención, ocasionado por los alaridos y exclamaciones de una muchedumbre delirante, alegre y embriagada de vicios y de impiedad. No tardamos mucho en ver aparecer los actores de aquella escena abominable. Unos venían vestidos con hábitos sacerdotales, mientras otros arrastraban por el lodo los estandartes y las cruces; las prostitutas bebían con los vasos sagrados; varios asnos, mezclados con la turba, sucumbían con el peso de las capas y casullas que los cubrían; uno, entre otros muchos, traía atada boca abajo en la cabeza una mitra arzobispal".

Champagneux, dando órdenes á la Policía de Lyon contra los sacerdotes, prevenía que "*persiguiera á aquellas bestias salvajes, tanto más peligrosas cuanto que predicán la paz en el mismo momento en que se les está degollando*".

Estas pocas palabras dicen más en contra de las doctrinas liberales que todo cuanto se ha escrito para combatir las. Sólo al liberalismo estaba reservado hacer un crimen digno de suplicio que los sacerdotes del Dios de paz, prediquen la paz aun en medio de los tormentos. Sólo el liberalismo, cuya misión sobre la tierra es traer el desorden, la confusión, el odio, la venganza, *la abominación de la desolación* que reinan en

(1) Abate Gaume—obra citada.

los antros infernales, ha podido llamar peligrosos á los apóstoles de Jesucristo que, fieles á los mandatos de su Divino Maestro, enseñan no sólo con la palabra sino con el ejemplo, la compasión, el amor, y hasta el perdón á los mismos verdugos que los sacrifican. ¡Y el liberalismo nos habla de fraternidad!

Camilo Desmoulins en su *Viejo Franciscano* nos dice: "Todos los Estados libres al tolerar todos los cultos, proscriben solamente el Papisimo, y con razón; pues la libertad no puede permitir una religión que incluya la esclavitud en sus dogmas". No es materia de nuestro asunto la controversia, y nos abstencimos de demostrar la falsedad de esta consecuencia; pero sí conviene que se sepa que el liberalismo tolera todas las sectas disidentes, todas las prácticas absurdas que se llaman *religiones*; puede adorar aun las cebollas de Egipto, el sancarrón de Mahoma, menos al Dios verdadero, que salvó al mundo. En esto como en todo es fiel discípulo de Satanás.

El odio al sacerdocio católico es la primera condición para ser reconocido como liberal; y mientras más pronunciado sea este odio, la revolución gana más terreno. Por eso los triunfos liberales se cuentan por los Arzobispos, Obispos y sacerdotes que han degollado, *envenenado*, fusilado ó deportado; por el número de iglesias, conventos y monasterios que han arruinado ó destruido; por las sumas que les han producido el despojo de los bienes eclesiásticos; y finalmente, por la decadencia de las costumbres cristianas. Voltaire escribiendo á D' Alembert acerca de estos triunfos, le decía: "Es necesario obrar como conjurados... Es necesario hacer la guerra y morir noblemente sobre un montón de hipócritas (sacerdotes y católicos) á nuestras plantas sacrificados. Los eclesiásticos están sumergidos en el lodo... Figúraos que en el día no hay un solo cristiano desde Ginebra hasta Berna... Mi misión va bien, y la mies ha sido abundante. El pueblo es bien simple". Nada dice Voltaire de judíos,

de mahometanos, de fetiquistas, &º &º; habla sólo de *sacerdotes y cristianos*.

¿Qué hizo la Commune? Oigamos á sus historiadores.

“Cuando vieron los progresos del ejército de Versalles aquellos hombres sanguinarios, dominados por sus salvajes instintos, no pensaron más que en satisfacer su sed de venganza. Este furor cobarde más puede inspirar dolor que sorpresa, porque no había monstruosidad de que no se debiera creer capaces á los que habían inaugurado sus hazañas con el asesinato de los generales Lecomte y Thomas.

“Al día siguiente de la entrada del ejército en París, fusilaron quince Hermanos hospitalarios que desde el principio de la campaña habían mostrado la más piadosa abnegación, recogiendo heridos en los mismos campos de batalla, bajo el fuego de los prusianos. El martes 23 á las once de la mañana, en la cárcel de Santa Pelagia, fueron pasados por las armas unos desgraciados gendarmes hechos prisioneros el 18 de Marzo, y el redactor de “*Le Siècle*”, Mr. Chandey. Raoul Rigault mandó en persona el pelotón que hizo estos fusilamientos.

“El miércoles 24 fueron asesinados en la cárcel de la Roquette, el Arzobispo de París, Monseñor Darvov; el presidente Boujean; el Obispo de Sura; el abate Deguerry, cura párroco de la Magdalena, y los tres Padres Jesuitas Clerc, Allard y Ducoudray. Todos murieron como cristianos. Ultrajado por los miserables que iban á asesinarle, el virtuoso Arzobispo les dijo al salir de su calabozo: — “No profanáis la palabra *libertad*. A nosotros sólo toca invocarla, puesto que vamos á morir por ella y por la fe”.

“En Junio de 1848 los demagogos franceses asesinaron también á Monseñor Affré, Arzobispo de París; y el clérigo liberal Vergé, de conciencia emancipada, asesinó á Monseñor Sibour, igualmente Arzobispo de la misma ciudad. El liberalismo es lógico en es-

te punto: — *quitados los pastores fácil es destrozar el rebaño*; de consiguiente, sus primeros y principales tiros se dirigen al Episcopado.

En la mañana del 25 fué fusilado, en la cárcel de la Roquette el banquero Jecker.—¿Qué delito había cometido, ó qué se le acusaba á este banquero? — Nada, porque ni siquiera estaba entre los rehenes.— Pero el que lo fusiló dijo que lo había hecho, "*porque le faltaba uno para completar el número de los que le habían mandado ejecutar*". ¡Garantías liberales!!

"El mismo día jueves 25, á las dos de la tarde, fueron fusilados, en la Plaza de Italia, los PP. Dominicos Captier, Cothereau, Bourard, Delhorme, y Chateigneraie.—*Es preciso sufrir por Dios*, dijo, al caer, el P. Captier. Con los padres fueron fusilados cinco criados del mismo Colegio y dos profesores civiles.

"En la noche del viérnes 26 al sábado 27, diez y seis sacerdotes, mezclados con un grupo de treinta y ocho gendarmes, fueron sacados de la Roquette, conducidos al cementerio del Padre Lachaise, y pasados allí por las armas. Entre las víctimas estaban los PP. jesuitas Beuzy, Caubert y Ollivaint; los seminaristas Gard y Seigneray; el misionero Flouillon; el abate Polanchin; el abate Sabattier, Vicario de Nuestra Señora de Loreto, y otros muchos, todos igualmente inocentes y dignos de estimación y respeto.

"El cura de San Eustaquio fué colocado por sus verdugos sobre una barricada atacada por el ejército y allí murió acribillado á balazos".

XI

EL TERROR COMO MEDIO NECESARIO DE DOMINAR Á LA SOCIEDAD.—EL TERROR ES EL PODEROSO RECURSO DEL LIBERALISMO.—¿DE DONDE VIENE LA PALABRA TERROR?

Volvamos al 93.

Después de haber suprimido todas las Ordenes de caballería y de otra clase cualquiera, así como toda

condecoración y signo exterior que suponga distinciones de nacimiento, decreta en 27 de Setiembre que todo ciudadano francés que de allí en adelante inserte en sus obligaciones, recibos, promesas ó cualesquiera otros documentos, alguna de las calificaciones suprimidas por la Constitución, sea condenado á una multa equivalente al séxtuplo del valor de su contribución mueble.

“En 13 de Agosto de 1793 decreta que todas las casas en que se conserven armerías, sean confiscadas en beneficio de la República.

“El 8 de Pluvioso del año II decreta cinco años de cadena á cualquier notario, escribano ú otros depositarios, que inserten en sus actos, minutas ó certificaciones, alguna calificación que tienda á recordar de un modo directo ó indirecto el régimen feudal ó nobiliario.

“Los triunviros Saint-Just, Robespierre y Couthón, formaron, bajo el nombre de ley de sospechosos, una interminable lista de proscripción. Dicha ley redactada por Merlin, que por ella se le dió el nombre de *Merlin el sospechoso*, fué explicada de este modo en una circular oficial de Chaumette, procurador de la Municipalidad: “*Son sospechosos los que en las asambleas del pueblo enervan su energía; los que hablan con misterio de las desgracias de la República; los que cambian de lenguaje y de conducta según las circunstancias; los que tienen lástima de los propietarios y comerciantes; los que frecuentan la compañía de los nobles y de los sacerdotes refractarios; los que no hayan tomado parte activa en todo lo que interesa á la Revolución; los que hayan recibido con indiferencia la constitución republicana; y los que, aunque nada hubiesen tramado contra la libertad, no hayan tampoco hecho nada en favor de ella.*”(1)

¡ Santo Dios! Después de esto, ¿ quiénes quedaban libres de las voraces fauces revolucionarias? ¿ qué

(1) *Monitor*, 7 de Febrero, citado por el abate Gaume, en su obra “*La Revolución*”, tomo II. pág. 396 y sig.

persona quedaba exenta de sufrir el martirio imputado á los sospechosos? Con que, hasta el tener lástima de los propietarios y comerciantes despojados de sus bienes ¿era un delito digno de castigo? ¿no se podía hablar en voz baja, ni mencionar los males de la patria sin hacerse reo de un crimen? ¿no se podía visitar ni saludar á un noble, ó sacerdote, por más sagradas que fueran las relaciones con ellos, sin incurrir en un delito? ¿Y este es el partido que combate la tiranía, que se asusta y tiembla al oír sólo el nombre de despotismo? ¿Este es el bando que ofrece á los pueblos garantías y derechos á manos llenas?

Con semejantes hombres y la ley de sospechosos, era imposible, en desagradando á un jacobino, dejar de pertenecer á cualquiera de las clases enumeradas en ese célebre documento. La Francia se llenó de espanto, dice el historiador, al ver una ley que amenazaba sin cesar á todos con el cadalso; que amenazaba con toda clase de acciones y hasta por la inacción; que amenazaba siempre por el aspecto sólo de un poder absoluto y de una crueldad sin freno; que suspendía sobre cada acción un suplicio, sobre cada palabra una amenaza, y sobre el silencio mismo una sospecha; que colocaba bajo cada paso una trampa, en cada reunión ó familia un traidor, y en los tribunales, asesinos que á todas horas del día y de la noche pusieran á todos los ciudadanos en terrible tortura." (1)

Robespierre, en el discurso que inauguró, para ventura de la Francia regenerada, el gobierno del triunvirato, se expresa en estos términos: "¿Cuál es el principio fundamental del gobierno democrático? La virtud. Hablo de la virtud pública que en Grecia y Roma obró tantos prodigios. . . . El terror no es más que la justicia pronta, severa é inflexible, una emanación de la virtud y una consecuencia del principio ge-

(1) *Pensamientos de Tallien después del 9 termidor*. Historia pintoresca de la Revolución, Tom. IV, pag. 180.

neral de la democracia, aplicada á las más apremiantes necesidades de la patria . . . Domad por medio del terror á los enemigos de la libertad, y tendréis razón como fundadores de la República. El gobierno de la Revolución es el *despotismo de la libertad* contra la tiranía.”

Si el árbol se conoce por sus frutos, según lo enseña la Verdad Eterna, la *ley de sospechosos* que acabamos de mencionar muestra, como en un espejo, á los demagogos del 93 que la dieron, con su carácter feroz, intolerante y sanguinario. Esta ley es, al mismo tiempo, el argumento más abrumador é irresistible dirigido á los demagogos de nuestro tiempo que, ó corrompido su corazón por los vicios, han arrojado de él toda noción de moralidad y de justicia; ó ignorantes de la historia y de los deberes de patria y de familia, han agotado el diccionario de los aplausos al hablar ó escribir de esa revolución diabólica. La han llamado *gloriosa, generosa, salvadora de la humanidad*; y aun ha habido quien la califique de *santa, de civilizadora, de faro cuya luz irradia en el mundo* separando las tinieblas de la ignorancia y el embrutecimiento. ¡ *Ley de sospechosos*, en tí se encierran la santidad, la *civilización*, la luz, el engrandecimiento y salvación del mundo! Verémos tus milagros, recordaremos tus consecuencias gloriosas.

El 23 de Ventoso (13 de Marzo de 1794) se dió un decreto por el cual se imponía á todo ciudadano la obligación de descubrir á los conspiradores, y á los individuos puestos fuera de la ley; y el que ocultara alguno de ellos había de sufrir la misma pena que el ocultado.

“Preciso es decirlo para gloria del pueblo francés; diez mil familias tuvieron el heroísmo de violar tan funesto decreto, y de ocultar en su seno al que la muerte amenazaba. Cítanse algunos padres que subieron al cadalso por haber ocultado á sus hijos, y entre ellos Guadet, padre del representante de este nombre.

“Entre tanto el odio, la codicia y las pasiones más viles multiplican las delaciones. Nada hay sagrado para ellas; habiendo llegado el caso de recomendarse las denuncias, como uno de los principales deberes, á los hijos, amigos y criados. ¡ Ah! exclama un testigo ocular, terrible época era aquella en que se consideraba patriotismo el furor y la hipocresía! Los que no la han conocido, no se la podrán representar tal como fué, y los que la conocieron *serían unos monstruos si no se opusieran con todas sus fuerzas á que volviera á reproducirse.* Desgracia y maldición eterna al que intente renovarla en su país.” (1)

El gobierno del terror y la ley de sospechosos son una necesidad urgente y premiosa para el liberalismo; porque la sangre y las lágrimas son su alimento. Ya lo hemos oído de su propia boca.

Barrére, satélite de Robespierre, defiende en la tribuna ese gobierno y esa ley, diciendo: “La ley que prescribe el arresto de las personas sospechosas, debió darse pues los nobles, los sacerdotes, los cortesanos, los banqueros, los agiotistas, los extranjeros, los comerciantes, y otros muchos, son sospechosos.”

El 14 de Julio de 1789, bajo el régimen monárquico, había en la Bastilla sólo siete presos condenados por delitos comunes; es decir, bajo la *tiranía despotica y absoluta* del mansísimo Luis XVI, se encontraban en la Bastilla siete sentenciados por los tribunales de justicia; y los liberales debían reparar estos inauditos ultrajes hechos á la humanidad, estos *crímenes de un Gobernador tiránico que hacia siglos venía hollando los derechos más sagrados.* Efectivamente, los repararon y castigaron esos crímenes, y dejaron á la humanidad asegurada de sus derechos más sagrados, y disiparon las tinieblas que cubría el mundo, haciendo *irradiar la luz reverberante* del acero de la guillotina, de las bayonetas y las picas. Contra la tiranía

(1) *Historia pintoresca de la Convención.* Tomo II. pag. 124. cit. por Gaume.

de mantener en una prisión siete criminales, condenados por delitos comunes, era indispensable apresar y asesinar muchos millares de ciudadanos inocentes y pacíficos, y establecer oficialmente el terror en toda su plenitud. Así, en el primer mes del año de 1794 “hubo en Francia cuarenta y ocho mil setecientos ochenta y cuatro prisiones que encerraban más de doscientos mil prisioneros políticos. París sólo contaba treinta y seis grandes casas de detención, que por término medio contenían ocho mil presos políticos, y noventa y seis más, menos espaciosas, anexas á las sesiones y comités revolucionarios. (1)

De entre las principales prisiones de París la *Consergeria* era llamada la *antecámara de la guillotina*; “porque todos los días después de las doce, eran trasladados a ella, desde las demas prisiones, los que al día siguiente, por la mañana, debían comparecer ante el tribunal revolucionario, situado encima de los calabozos de dicha prisión, y ser, por la tarde, conducidos al cadalso. (2) Los carruajes en que estas víctimas eran conducidas se denominaban *ataudes de los vivos*, y había razón; porque de la *Consergeria* nadie salía sino para ser decapitado, por más que se compruebe su inocencia ó inculpabilidad. “Un día, dice el historiador, el alcalde de Strasburgo, Monet, presentó á Saint-Just algunas reclamaciones de presos por quienes se interesaba. Saint-Just, mirando fríaente á su discípulo, le dijo: *Podrás tener razón respecto de algunos; pero existe un gran peligro, y no sabemos donde hervir para conjurarlo. Pues bien: un ciego que pierde un alfiler en un montón de polvo, coje todo el montón para encontrar el alfiler.*”

“Es preciso, decía Collot d’Herbois, colocar barriles de pólvora en las prisiones, y al lado de ellos

(1) Proceso de Fougner-Thunville: Boletín del Tribunal revolucionario, N.º 18.

(2) *Almanaque de las prisiones, escrito por varios presos.* París, año III. 4.ª edición; cit. por el abate Gaume.

una mecha constantemente encendida.”

He ahí las garantías, los derechos, la seguridad, la dicha con que el *liberalismo* engrandece á las naciones; he ahí la justificación del odio al absolutismo y la tiranía; he ahí la *libertad, igualdad y fraternidad* de la *civilizadora y benéfica* revolución del 93; he ahí la *inviolabilidad de la vida*, proclamada en *los derechos del hombre* y llevada hasta el delirio.

Hemos dicho que el *terror* es una necesidad urgente del liberalismo, y para establecerlo tiene que llenar otra necesidad: *la ley de sospechosos*.—Los liberales de la *Commune* de París la dieron en estos términos:

“La *Commune* de París,

“Considerando que el Gobierno de Versalles pisotea abiertamente *los derechos de la humanidad* y los de la guerra; que se ha hecho culpable de horrores con los que no se mancharon los invasores del territorio francés;

“Considerando que los representantes de la *Commune* de París tienen el deber imperioso de *defender la honra y la vida* de los dos millones de habitantes que han puesto en sus manos el cuidado de sus destinos, y que conviene adoptar inmediatamente todos los medios reclamados por la situación;

“Considerando que los hombres políticos y las autoridades de la ciudad han de *conciliar el bien común con el respeto á las libertades públicas*,

Decreta:

Art. 1º Toda persona acusada de complicidad con el gobierno de Versalles será presa inmediatamente.

Art. 2º Se establecerá un jurado de acusación dentro de veinticuatro horas para entender de los crímenes que le serán sometidos.

Art. 3º El jurado dará su fallo dentro de cuarenta y ocho horas.

Art. 4º Todos los acusados en virtud del veredicto del jurado de acusación serán los rehenes del pue-

blo de París.

Art. 5º A cada ejecución de un prisionero de guerra, ó de un partidario del gobierno regular de la *Commune* de París seguirá inmediatamente la ejecución de un número triple de los rehenes retenidos en virtud del art. 4º y que serán designados por la suerte". &º

A este decreto siguió el de acusación de Thiers, Favre, Picard, Dufaure, Simón y el almirante Potheau, y secuestro de los bienes de éstos, hasta que comparacieran ante la justicia del pueblo.

"Los guardias nacionales, unos por orden de la *Commune*, y otros sin orden, comenzaron á practicar *visitas domiciliarias*"; y comenzaron también las prisiones sin número de las altas dignidades del clero secular y regular, desde el Venerable Arzobispo Darvoy hasta el último capellán; de los capitalistas, banqueros, comerciantes, propietarios, letrados, escritores, y en una palabra, de todo lo más granado y selecto de la sociedad parisiense.

"Nuevos crímenes de otra naturaleza, dice el autor de la obra tantas veces citada "*La Destrucción de París*, debían aún horrorizar á la población de París. Aquellos viles sicarios de una demagogia desenfrenada, que ni aun ideas originales tenían, y que sólo aspiraban á copiar, ó por mejor decir, á parodiar á los hombres del 93, á quienes llamaban *sus padres*, necesitaban para que la parodia fuera completa, tener sus días de matanza. Y los tuvieron.

Todo estaba preparado para las sangrientas escenas que apetecían, y cuando les pareció que había llegado el momento, dictaron fríaente esta orden:

Dirección de seguridad general.

El ciudadano Raoul Rigault queda encargado, con el ciudadano Bergère, de la ejecución del decreto de la *Commune* de París relativo á los rehenes.

París 2 praïrial, año 79.—*Delescluze*.—*Billioray*™

El liberalismo, como *poder despótico irresponsable*, quiere ser obedecido, y que el *terror* se encargue del cumplimiento de sus mandatos. Pródigo para prometer garantías que no respeta ni reconoce, las invoca para pisotearlas; y sus derechos de proscripción y muerte van adornados siempre de frases sonoras y conceptos humanitarios que forman el más horrible contraste con el espíritu de ellos. "Que el gobierno de Versalles pisotea los derechos de la humanidad—Que los representantes de la *Commune* de París tienen el deber imperioso de defender la honra y la vida de dos millones de habitantes—Que se han de conciliar el bien común con el respeto y las libertades públicas—son los considerandos del decreto de la *Commune* que acabamos de copiar, y por el cual el *terror*, desconociendo toda garantía individual, todo derecho político, sancionaba el asesinato, y ponía á los *dos millones de habitantes* bajo la cuchilla de un jurado compuesto de esos *"improvisados polizontes de todas las revoluciones, para quienes no hay bastante lodo en el mundo, y aún después de muertos nos parecen pocas para maldecirlos y execrarlos todas las lenguas del género humano,"* como se expresa el elocuente Sr. Zamora y Caballero.

Para detener el curso de la emigración no interrumpida que, por ponerse á cubierto de los furios revolucionarios, hacía la población de París, dió la *Commune* una multitud de decretos á cual más despóticos contra los emigrantes; pero, como reflexiona el historiador antes citado, "mientras una población cualquiera está entregada, como París, á una horda de farragidos, los talleres no se abren, las fábricas se cierran, los capitales huyen ó se esconden, y no hay poder en el mundo capaz de atajar estos inevitables efectos de la anarquía," la *Commune* se vió burlada y no tuvo tiempo de ejecutar las penas con que amenazaba á los refractarios de esos decretos dictados por *acatamiento á la libertad individual, á la seguridad y honra del ciudadano* garantizados en los artículos 5º,

7º, 8º y 9º de los derechos del hombre.

La *Commune* no consideró todavía bien asegurados estos imprescriptibles derechos, y expidió estotro decreto :

“Art. 1º Se organizará inmediatamente un *Comité* de salud pública.

Art. 2º Este comité se compondrá de cinco miembros nombrados por la *Commune* en escrutinio individual.

Art. 3º Se darán al *Comité*, que no será responsable más que ante la *Commune*, los más amplios poderes sobre todas las comisiones y delegaciones.”

Ya sabemos cuanto se ha gritado, cuanto se ha escrito contra los *consejos de guerra*; pero esta institución es tiránica y bárbara solamente cuando no la ejerce el liberalismo; si él se sirve de ella es benéfica, *civilizadora*, santa. Los *consejos de guerra* que aborrecen los liberales son los que tienen leyes y fórmulas á que sujetarse, los que no son poderes absolutos é irresponsables; son aquellos cuyos fallos pueden ser anulados, reformados ó revocados; no así el *Comité de salud pública*, puesto que en él no había leyes ni fórmulas que arreglen el procedimiento, leyes que definiesen los delitos y señalaran las penas; no había defensa del acusado, ni ninguna fórmula protectora de la inocencia. ¡ *La sospecha*, y sólo *la sospecha* era la ley, el fiscal, y el reo; y sólo por *la sospecha* imponía el *Comité* la única pena que podía y debía imponer; *la muerte!*

La *Commune*, dice la historia, viendo que los reiterados empadronamientos, las visitas domiciliarias y demas vejaciones que á la población de París se imponían, no le daban sino resultados poco satisfactorios, imaginó un nuevo sistema de investigación, obligando á los porteros á llenar los estados que enviaban las alcaldías, haciéndoles responsables de las inexactitudes que cometieran. El decreto advertía que en caso de contravención serían juzgados por el *Consejo de guerra*; y los avisos oficiales tenían buen cuidado de recordar

á cada momento que aquel suave y liberalísimo tribunal no tenía más que una pena: **La muerte.**

Otro decreto dado el 17 de Mayo, concedía á los guardias nacionales refractarios, "un plazo de *veinticuatro horas para presentarse*, pasado el cual serían presentados ante el tribunal militar para sufrir la pena merecida. **Esta pena es la muerte** dice textualmente el enunciado decreto. (1)

Expidió también un decreto mandando que todos los habitantes de París se provycesen de unas cédulas de identidad que facilitaban los comisarios de policía. Toda persona que fuese encontrada sin dicho documento debía ser arrestada hasta que identifique su persona, y todos los guardias nacionales estaban autorizados para exigir la presentación de dichas cédulas y prender á los que no las llevasen.

El historiador comenta este decreto, demuestra su monstruosidad y dice que fué una de las cosas más irritantes que se hicieron durante la revolución de París.

XII

MAS PRUEBAS DEL TERRORISMO LIBERAL.—SAQUEOS.—
DESPOJOS.—INCENDIOS.—DEMOLICIONES.

Si las pruebas, documentos y testimonios que hemos copiado hasta aquí no fueran aún suficientes para conocer al liberalismo despojado de sus atavíos hipócritas, diríamos, con profundo dolor, que la razón y el buen sentido habían desaparecido de entre los hombres, y que destituida la especie humana de las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, se hallaba condenada á las tinieblas. Pero suponiendo que haya quedado la duda en corazones frívolos y poco reflexivos, vamos á aumentar esas pruebas, ya que nuestro objeto es *hacer conocer al liberalismo* en todas sus facetas con todos sus matices, sus teorías y sus hechos.

(1) *Destrucción de París*. Tomo II, pag. 343.

Cesar Cantú, relatando la jornada del 10 de Agosto, dice: "los Suizos y unos pocos Franceses leales á la antigua bandera defendieron las Tullerías: . . . mujeres furiosas se mezclaron en la pelea; los Marselleses tomaron aún mayor parte en ella, y el cañón vomitaba continuamente metralla contra los Suizos que se defendían como heroes, hasta que habiendo cesado el fuego por orden del Rey fueron degollados y las turbas penetraron en el palacio. *La libertad* desearía poder borrar de sus fastos los horrores de aquel día". Copia en seguida las palabras de Granier de Cassagnac en la *Historia de los Girondinos* con las cuales describe: "aquel hormiguero andrajoso, aullando, sangriento, andando, empujándose, zampando desde la bodega hasta el tejado. Se sofocaban, se desmayaban en aquella ardiente y asquerosa hornaza; abajo se olía á vino, arriba se olía á sangre. El primer pensamiento fué matar. Se pasó todo á cuchillo, soldados, ugie-res, criados, cocineros, friegasuelos, marmítones. A lo que no quedó ninguna criatura humana, se degollaron los perros. El segundo pensamiento fué robar. Se robó la ropa, la vajilla de plata, las joyas, los asiguados, el dinero. El tercer pensamiento fué ensuciar, romper, destruir; . . . se rompieron los espejos; se echaron los muebles por las ventanas y les pegaron fuego. Cuando se hubo concluido de matar, robar y romper, los más refinados de aquellos vencedores quisieron llevar más lejos los límites de la infamia y ferocidad humanas: *asaron diez y siete Suizos con la lumbre de las grandes chimeneas llenas de restos de sillas y mesas; pusieron el corazón de uno en aguardiente y lo comieron*". (1)

El tribunal revolucionario creado en 27 de Marzo, se componía de nueve jueces; no estaba sometido á fórmula ninguna legal; sus sentencias no eran susceptibles de apelación ni recurso; sus leyes eran ; la

(1) *Historia Universal*. Tomo VI. pág. 431.

conciencia /, y sus medios de convicción, arbitrarios.

A fines de Octubre de 1793 Saint-Just fué enviado á Strasburgo, en calidad de comisionado de la República, y su primer acto del poder que le confirió la revolución fué ordenar *las visitas domiciliarias* en toda la extensión de su dominio liberal. En la noche del 30 del mismo mes los más respetables habitantes de Strasburgo, hombres de letras, banqueros, notarios, propietarios, agentes de cambio, y todo el que tenía una fortuna, después de ver allanadas y registradas sus casas hasta los rincones más apartados, embargados sus papeles, robados sus bienes, son conducidos á oscuras calabozos por el crimen de ser ricos. Tres mil de estos honrados y laboriosos habitantes, reputados como *sospechosos*, por el hecho de no ser *descamisados*, llenan los calabozos de Strasburgo.

En seguida levanta en la ciudad un empréstito de nueve millones; y, como si todavía tuviese envidia de dejar algo á esos infelices *sospechosos*, unido con su colega Lebas, publica las disposiciones que había adoptado para el engrandecimiento de la República; 1º: “La municipalidad de Strasburgo preparará, en el término de veinticuatro horas, dos mil camas que deben ser entregadas á los soldados del ejército, con el respeto y acatamiento que se merecen los defensores de la patria”. 2º: Diez mil hombres carecen de calzado en el ejército; por tanto, es indispensable calzarse á los aristócratas, y hacer de tal manera que para mañana mismo estén listos en el cuartel general diez mil pares de zapatos”. 3º: Todas las capas que existan en Strasburgo deberán estar mañana por la noche en los almacenes de la República”. 4º: El 20 de Febrero de 1794 declara “que serán destruidas hasta los cimientos las casas de los refractarios”.

Los decretos de Saint-Just no se limitaron á despojar á los habitantes de Strasburgo de las camas y zapatos: en el ayuntamiento se colectaron, por órdenes de aquel monstruo, 6879 prendas de vestuario;

4767 pares de medias; 16921 de zapatos; 863 de botas; 1351 capas; 20518 camisas; 4524 sombreros; 2673 sábanas; 900 mantas; una cantidad inmensa de cobre y un gran número de otros objetos, arrancados por la fuerza y en uso del *imprescriptible derecho de propiedad*, á los moradores de esa desgraciada porción de la República, cona de la *libertad, igualdad y fraternidad*.

Por de contado, estos despojos, este saqueo, estas extorsiones, son méritos relevantes que el liberalismo premia con largueza, y los recomienda como ejemplos heroicos para la juventud. Así, el liberal Gatteau, haciendo el elogio del héroe de Strasburgo, dice: "Saint-Just ha dado rudos golpes al fanatismo de Alsacia. *Todo lo ha regenerado*, y para terminar su obra, recibimos de todas partes una columna de apóstoles revolucionarios y firmes *descamisados*: la *santa guillotina trabaja sin descanso*, y el *benéfico terror* produce aquí de un modo asombroso, lo que la razón y la filosofía tardarían lo menos un siglo en producir. *¡Qué excelente Jefe es este muchacho!* La colección de sus órdenes es, sin disputa, uno de los monumentos históricos más bellos de la Revolución.—Strasburgo, sétimo día de la década, 27 de Brumario del año II. (1)

El acta de acusación y la sentencia que recayó contra los miembros del tribunal revolucionario creado por el Triunvirato terrorista compuesto de Saint-Just, Robespierre y Couthon, son el resumen aunque incompleto, de lo que fueron esos monstruos defensores de la *libertad y garantías del pueblo*. "Para dar á conocer en dos palabras, dice el historiador, tan abominable tribunal, ó por mejor decir, aquella reunión de degolladores con título, basta leer algunos de los considerandos de la sentencia que, según la expresión de Freron, enviaba á aquellos monstruos á vomitar en

(1) Carta del patriota Gatteau, cogida en casa de Robespierre después del 9 de Termidor, y citada por el abate Gaume.

los infiernos la sangre con que se habían embriagado. Los considerandos dicen así:

“Considerando que han hecho perecer bajo las aparentes formas de un juicio, *innumerable multitud* de franceses de todas edades, sexos y condiciones;

“Inventando al efecto proyectos de conspiración en diferentes prisiones de París;

“Formando ó haciendo formar en éllas listas de proscripción;

“Juntando á varios en una misma acusación, haciendo sentenciar, y conduciendo al patíbulo á muchas personas de todas edades, sexos y países, y completamente extrañas unas de otras;

“Pidiendo y decretando la ejecución de mujeres que se decían en cinta;

“Juzgando en dos, tres, y á lo más cuatro horas, á treinta, cuarenta y hasta sesenta individuos á la vez;

“Mezclando en las carretas destinadas para conducir los reos al suplicio, hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, sordos, ciegos, enfermos é impedidos;

“Haciendo preparar carretas desde por la mañana, y mucho tiempo antes de comparecer los acusados ante el tribunal;

“Dejando de designar en las actas de acusación las cualidades y circunstancias de los acusados, *habiendo perecido muchas veces, por efecto de semejante confusión, padres por hijos é hijos por padres*;

“Dejando de dar conocimiento á los acusados de sus actas de acusación, ó dándoseles únicamente en el momento de entrar en el tribunal;

“Negando la palabra á ellos y á sus defensores, contentándose con preguntarles sus nombres, edades y circunstancias, sin permitirles ningún género de defensa;

“Acusándolos y juzgándolos sin testigos ni documentos;

“Haciendo procesar á personas que fueron condenadas antes que comparecieran los testigos, y se

adujeran los documentos que se habían pedido y creído necesarios para poderles formar causa ;

“Dando una sola declaración sobre todos los acusados en masa ;

“*Y proponiendo que se sangrara á todos los condenados al suplicio para debilitar el valor de que iban acompañados hasta el momento de morir ;*

El tribunal condena á la pena de muerte : á Fonquier, ex-acusador ; á Hermann y Scellier, ex-presidentes ; á Foucault, de Launay y Lanne, ex-jueces ; á Leroy, Renaudin, Villate, Prieur, Chatelet y Girard, ex-jurados ; á Boyenval, sastre, y Benoit, agente del poder ejecutivo ; á Verney, llavero del Luxemburgo, y Dupomier, ex-administrador de policía”. (1)

“Desafiamos á cualquiera, dice el historiador, á que halle en la historia de ningún pùeblo una página igual á la que se acaba de leer”.

Y sin embargo la revolución francesa del 93 para los liberales, es la llave que ha abierto las prisiones en que yacía ahorrojada la humanidad ; es el principio de la era de prosperidad y progreso pronosticada por Voltaire y los enciclopedistas ; es *la luz* que ha disipado las tinieblas que cubrían á las naciones ; *la civilización* que ha reemplazado á la ignorancia ; *la virtud* triunfante de los vicios ; *la fraternidad* que ha dado el primer ósculo de paz á los desgraciados ; y en una palabra, *el dios* que ha cambiado el orden establecido por el Creador del Universo, y ha hecho oula la obra de la Redención consumada en el Calvario.

¿Qué puede decirse, qué se puede pensar de hombres que así se burlan de Dios como de las criaturas ; que así ultrajan la moral, la justicia, la verdad, como decapitan no sólo la buena fé y el sentido común sino también la historia y el lenguaje ? ¿ Qué son estos hombres que se dicen enemigos de la tiranía, del despotismo, del *terror* ; defensores de los sagrados derechos de

(1) *Monitor*. 21 de Floreal del año III.

la humanidad, al mismo tiempo que aplauden, elogian y santifican una revolución que fué verdugo de la humanidad, modelo de tiranía y despotismo más abominables que han presenciado los siglos? ¿Qué son estos hombres?—*Liberales*.—Esta palabra lo explica todo.

Continuemos copiando la historia.

Para expresar todas las variedades de la matanza, se inventaron nuevas palabras como *fusilamientos, sumersiones, guillotiniamientos, metralladas y deportaciones verticales*. La guillotina, sobre todo, funcionaba sin descanso. En París se guillotinaba á la vez en cinco plazas distintas, que eran: la del Gréve, del Carrousel, de la Revolución, el Campo de Marte, y en la barra del Trono, en el arrabal de San Antonio. En éste se había construido un gran acueducto, para dar salida á la sangre de las víctimas, y, preciso es decirlo por horrible que sea, todos los días se la extraía con cubos, y cuatro hombres se ocupaban durante la ejecución en vaciarla en el acueducto.

Riouffe (1) en sus *Memorias* dice: "La Francia no presentaba sino la imagen de un país conquistado por salvajes. Los caníbales de las provincias estaban de acuerdo y cooperaban á la obra de los monstruos de París. Jamás hubo antropófagos más solícitos y proveedores de sangre más entendidos. De todos los rincones de la Francia se transportaban á la Conserjería millares de víctimas que llenaban las prisiones y se desocupaban continuamente por medio de la matanza.

"Contemplad á Lyon medio arrasado y convertido en sepulcro de sus habitantes; mirad á La Vendee apenas habitada por algunos hombres errantes por los sepulcros, y alimentados con un pan humedecido en lágrimas y amasado con las cenizas de sus casas y los huesos de sus amigos. La pacificación de aquel país

(1) Riouffe fué girondino revolucionario, y su testimonio es de gran peso.

desgraciado costó la ruina de veinte ciudades y el incendio de ochocientas aldeas". (1)

Lanot llevaba siempre delante de sí la guillotina y dos verdugos, é iba acompañado de todos los bribones del país.

Bô decía que en tiempo de revolución no se debían conocer parientes ni amigos, y que los hijos podían degollar á sus padres, si éstos no se hallaban á la altura de las circunstancias. Creó una comisión revolucionaria, compuesta de hombres atroces y perdidos que fabricaban sellos extranjeros, y amenazaban á los ciudadanos acomodados con que harían llegar á sus manos cartas fechadas en Worms y en Coblenza, si no entregaban las cantidades que les pedían. Cuando se temía la escasez de subsistencias dijo Bô: *La Francia estará bastante poblada con doce millones de hombres; matando los restantes no careceréis de víveres.*

Dupin robó cien mil libras en asignados, mil lises en oro, y quinientas mil libras en valores y efectos.

Hentz y Fraucastel hicieron llevar infinitas víctimas al patíbulo al son de una música militar, acribillar á sablazos y bayonetazos á niños de dos á tres años de edad, y asesinar dos mil setecientos hombres que habían rendido las armas fiados en un armisticio.

Schneider recorría las ciudades y aldeas del Bajo Rin seguido de un furgon que conducía la guillotina; y en nombre de ésta, su inseparable compañera, requisaba los caballos, carruajes, víveres, vestuarios, y las mujeres y doncellas que tenían la desgracia de agradarle, haciendo que se coronara con flores y se iluminara la guillotina á expensas de las familias de los sacrificados. (2)

Barras y Freron; ese Freron que había dicho que la sentencia contra los miembros del tribunal revolucionario enviaba á vomitar en los infiernos la sangre

(1) *Monitor*, 12 de Junio de 1796. *Los bandidos desenmascarados*, por el General Danican. Cita del abate Gaume.

(2) *Estudios revolucionarios*.

con que se habían embriagado esos monstruos, escribía desde Tolón: “Se ha acordado hacer que todos los albañiles de los seis departamentos próximos se presenten con sus herramientas, á fin de demoler prontamente toda la ciudad. La operación con un ejército de doce mil albañiles, llevará muy buen paso, y Tolón quedará arrasado en quince días. . . . Desde nuestra llegada (19 de Setiembre de 1793) hasta esta fecha (8 de Febrero de 1794) hacemos rodar diariamente doscientas cabezas. Los fusilamientos están aquí á la orden del día, y continuarán hasta que no haya traidores”. (1)

Javoques era en Montbrison el asesino asolador del país. Sólo en la municipalidad de este nombre sacrificó á su odio particular más de cien personas, casi todas padres ó madres de familia. Arrebató tesoros en numerario, asignados y alhajas, y remitió nada más que 774,496 libras á la Convención, siendo así que robó á un solo individuo 500,000 en metálico. “*La sangre, decía, correrá en Montbrison como el agua en las calles después de un fuerte aguacero.* ¡Qué feliz fuera yo, dijo á uno de los jueces de su tribunal revolucionario, si pudiera cambiar mi suerte con la tuya! ¡Cómo me deleitaría haciendo guillotinar á todos los bribones! No dejes escapar á ninguno; yo no veo más patriotas verdaderos que los que, como yo, están siempre dispuestos á beber un vaso de sangre!—Decía que se necesitaban dos millones de cabezas para llevar á cabo completamente la revolución. Mandó á su ejército proconsular que persiguiera á los nobles, á los sacerdotes y hombres letrados como si fuesen bestias salvajes, y estableció sucesivamente tres tribunales revolucionarios en la municipalidad de Feurs, sin jurados, sin debates y sin permitir á los acusados tener defensores ni presentar testigos de descargo.

“Bourdon del Oise encerraba á sus víctimas en

(1) *Mónitor*, ibid.

cuevas cuyas puertas y claraboyas hacía tapiar.

“Carrier renovó por sí solo, en Nantes, todas las crueldades é infamias de los Triunvivos antiguos y modernos, y de Tiberio, Calígula y Heliofábalo. Luego que llegó á aquella ciudad, escogió cincuenta hombres de los más perversos y decididos, y los organizó bajo el nombre de *Compañía de Marat*, haciéndoles prestar el juramento cuya fórmula era: *Juro renunciar á la amistad, al parentesco, á la fraternidad y á la ternura paternal y filial*. Cincuenta tigres desencadenados y enfierecidos no hubieran causado tantos estragos como aquellos cincuenta monstruos de figura humana.

“Por medio de ellos deguella sin término ni medida; arrastra al suplicio á mujeres en cinta; fusila en un solo día ciento treinta y dos víctimas; roba 60,000 libras de tabaco y hace perecer al robado. Inventa las *sumersiones* y el *matrimonio republicano*, que consistía en atar juntos un hombre y una mujer, y precipitarlos en el río; hace perecer en las prisiones dos mil prisioneros, mandándolos acuchillar sin distinción de hombres, mujeres y niños; y á la guardia nacional manda cegar las zanjas en que yacían las víctimas. Dijéronle que juzgaba con demasiada precipitación, y él contestó de este modo: ¡Vah! *¿Para qué tantas pruebas? Echándolos al agua, se despacha más pronto*.—Mandó enterrar cuatro hombres vivos.—En cambio de la libertad de sus padres exigía el honor de las hijas, y sacrificó á su lubricidad tres mujeres que después hizo guillotinar.—Inventó un barco con una válvula, para sepultar en el mar á sus víctimas;—así ahogó tres mil niños, infinitos sacerdotes, ancianos y mujeres, sin distinción, ni proceso, y cuyo número ascendió á cerca de nueve mil.

“Yo y mis camaradas, dice un faccionario citado como testigo en el proceso de este hombre-fiera, vimos el día 2 de *Brumario*, entre diez y doce de la noche, más de ochocientas personas de ambos sexos inhumanamente despojadas, ahogadas, despedazadas y

fusiladas, y vendidos por los verdugos sus vestidos y alhajas". Mientras todas estas víctimas perecían de aquel modo, el procónsul pasaba la noche en las orgías, y su casa era un serrallo". (1)

Con razón el magistrado encargado de llamar la espada de la justicia sobre las cabezas de estos malvados se expresa de este modo: "Cuanto tiene de barbarie la crueldad, de perfidia el crimen, de arbitrariedad el poder, de fealdad el soborno, y de repugnante la inmoralidad, se halla comprendido en su acta de acusación. Ni en los fastos más antiguos del mundo, ni en las historias de los siglos más bárbaros, es posible hallar ejemplos de crímenes que iguallen á los cometidos por los acusados. Nerón fué menos sanguinario, Fálaris menos bárbaro (2) y Sifonio menos cruel. (3)

Y Chateaubriand hablando acerca de este mismo particular dice lo siguiente: "Todos cuantos crímenes juntos refiere la historia no podrían igualar á los que cometieron los jacobinos. Comprados los guardias nacionales; diseminados por toda la República agentes de confianza; dados el santo y seña á las sociedades afiliadas, los monstruos, tapándose los oídos, dieron la espantosa señal, y resonó en toda la Francia el grito del ángel exterminador; se hundieron los monumentos de los hombres y se entreabrieron los sepulcros. (4)

"Por horrible que sea el cuadro de los crímenes de los modernos procónsules, dice el historiador, hay

(1) *Monitor*, proceso de Carrier, del cual se han tomado tomado todos estos datos.

(2) Fálaris, tirano de Agrigento, antigua ciudad de Sicilia, hacía introducir á sus víctimas en el vientre hueco de un toro de bronce y prender fuego debajo. Los ayes de estos infelices, encerrados en este horno, semejaban los mugidos del buey. El estatuario Perillo inventó este infernal suplicio, por adular á Fálaris; pero éste mandó que el inventor fuese el primer quemado, para hacer la prueba del invento.

(3) *Monitor*, 11 de Octubre de 1794.

(4) *Ensayo sobre las revoluciones*.

“todavía otro más espantoso, y es el de su correspondencia con los Triunviros. Si los tigres escribieran no lo “harían de otro modo”. Cita algunas páginas *elegidas al acaso en esa colección democrática* que pudiera formar un tomo en folio, y de éllas extractamos lo siguiente :

Pilot escribía desde Lyon : “*Mi salud se restablece porque se guillotina en torno mío : sesenta, ochenta, doscientos son fusilados á la vez, y todos los días se tiene buen cuidado de hacer nuevos arrestos, para que no estén nunca vacías las prisiones*”. (1)

Los procónsules decían á los Triunviros en una carta fechada el 21 de Ventoso en la misma ciudad de Lyon : “*En la fiesta que ayer se celebró, vimos al pueblo aplandir todo lo que tenía carácter de severidad, y podía excitar ideas fuertes y terribles. El cuadro que ofrecía la comisión revolucionaria, seguida por dos ejecutores de la justicia nacional con el hacha de la muerte en la mano, excitó en él gritos de sensibilidad y de agradecimiento*”

“*¡Qué placer habrías experimentado, escribía Achard desde la misma ciudad, si hubieses visto anteayer la justicia nacional que se hizo á 209 malvados ! ¡Qué cimiento para la República ! Con estos van ya más de 500 ; dos tantos más tendrán la misma suerte, y después otros irán cayendo Si se quiere que la nave del Estado se salve, nada de piedad ! Sangre ! Sangre ! . . . El tribunal sigue ventajosamente su carrera. Diecisiete personas metieron ayer la cabeza en la gatera, y hoy ocho, sin contar con veinticinco que han recibido el fuego del rayo . . . Cuatrocientas mil libras por semana se invierten en derribos ; pero la indolencia de los demolidores demuestra claramente que sus brazos no son propios para edificar una república*”.

“*No reconozco más que una santa que es la guillotina*”; escribía Valreas.

(1) Esta carta y las que siguen se hallaron entre los papeles de Robespierre cogidos después del 9 de Termidor, y se publicaron por orden de la Convención.

Darthé escribía desde Arras: “Lebón ha vuelto de París, y en seguida se ha adaptado al tribunal revolucionario un jurado terrible, compuesto de sesenta patriotas. *La guillotina no descansa desde entonces; los duques, marqueses, condes y barones de uno y otro sexo, caen como granizo*”.

José Lebon de Cambray: “*La máquina sigue su movimiento, y los señores parientes y amigos de los emigrados y sacerdotes refractarios dan que hacer á la guillotina*”.

Collot-d’Hérbois: “*La guillotina es cosa muy lenta, y género de suplicio muy suave. Podríamos, pues, reunir quinientos juntos en un parque y disparar contra ellos cañones cargados de metralla. De este modo serían despedazados, y se les remataría á sablazos, hachazos ó bayonetazos. . . Y de Lyon escribía: “Las demoliciones son muy lentas, y la impaciencia republicana necesita medios más rápidos: *la explosión de la mina y la actividad devoradora de las llamas, son las únicas cosas que pueden expresar la omnipotencia del pueblo*”.*

Tallien: Se han enviado procónsules á Bordeaux, para democratizar á los Gascones, *sangrar las bolsas y nivelar las cabezas*”.

Chalier formó una lista de proscripción que le puso el título de “*Brújula de los patriotas para dirigirlos en el mar del civismo*”.

Maignet, que en quince días hizo rodar en Orange mil cabezas, escribía en estos términos: “*La santa guillotina funciona todos los días; marqueses, condes, procuradores, todos suben sobre madama*”.

Gatteau da á los bienes nacionales el nombre de *lámina para asignados*, y al verdugo el de *gran monedero de la República*.

Emery: Decis que teneis asegurados á los traidores hajo cerrojos; pero *el único cerrojo nacional para ellos debe ser la guillotina; los demás todos son malos*”.

Juge en Orange: “Amigo, *la santa guillotina funciona todos los días*”. “En uno de estos últimos subió

el primero el hermano del ex-constituyente Maurv. y después nuestro antiguo procurador del común, el marques de Autane, nuestro general Gtelly y siete vecinos de Grillon".

Faubety en Orange: "Esto marcha; la comisión ha condenado á muerte, en dieziocho días, á ciento noventa y siete personas".

Benet: "He aquí un triunfo más de la libertad sobre la esclavitud y de la razon sobre el fanatismo. En este momento un sacerdote, cura de Salón, pasa por debajo de mis ventanas con hábito colorado, escoltado por la gendarmería —adivina á dónde va la comitiva. . . Para mañana se anuncia siete ú ocho: el espíritu público se vivifica en esta comarca".

Fouché en Nevers: "Estalle el rayo por humanidad, y tengamos valor para caminar sobre cadáveres á fin de llegar á la libertad".

"¿ Habrá, por ventura; quien crea, dice el autor de la obra intitulada "Prisiones", testigo presencial de los crímenes y barbarie del gobierno del Terror, habrá quien crea que tres miserables malvados llegaron á dominar á Francia; á imponer leyes á veinticinco millones de hombres envilecidos; á ver arrastrados á sus piés senadores, generales y altos magistrados; y á disponer de la vida y bienes de una nación tan grande como poderosa? Nuestros mismos hijos no podrán creerlo jamás, y nuestra historia será una fábula para las generaciones venideras.

"Pero es verdad que un Robespierre, un Couthon y un Saint-Just, tres miserables escapados de su pueblo, sin antecedentes honrosos, sin nombre, sin virtudes ni talento que los recomienden, y sólo guiados por la hipocresía y auxiliados de la maldad, reinaron discrecionalmente; un fantasma de gorro frigio encubrió su corona, y con el Terror humillaron y desolaron su país". (1)

(1) Prisiones, pág. 114 y 125.]

XIII

EL LIBERALISMO ANTROPÓFAGO.—CURTIDURÍAS DE PIEL HUMANA.

A los Triunviros y sus cómplices les acusa la historia de crímenes monstruosos que no tienen semejantes aun en las hordas salvajes. "Impútales entre otros, el haber alimentado á sus prisioneros con carne humana, y haber establecido ó permitido establecer fábricas de curtidos de piel humana, y autorizado el comercio público de semejante producto". El historiador apela al testimonio irrecusable de los detenidos en diferentes prisiones, y que evidentemente no pudieron ponerse de acuerdo entre ellos para inventar una impostura de tanto bulto. "Uno de ellos, preso en la Abadía habla de este modo: "Nunca se podrá quitar de la imaginación de los presos en aquellos horribles calabozos la idea de *que comían carne humana*. Lo que daba lugar á esta creencia era el haber oído muchas veces, durante la noche, lastimosos gemidos que parecían apagarse entre los tormentos y el ronquido de la muerte. (1)

Otro escribe en la prisión de Plessis: "Los que se quejaban de que el vino era malo y la carne podrida, eran trasladados á Bicêtre. *Toda la que era salada pasaba por carne de guillotinos, y es indudable que la policía mandó entonces utilizar tan terrible recurso*". (2)

El revolucionario Brissot en su *Biblioteca filosófica*, había puesto de manifiesto las razones que, según él, legitimaban el establecimiento de las *carnicerías humanas*, y concluye sus razonamientos con este corolario: "Resulta de aquí: 1º *que todos los seres tienen derecho, para subsistir, á servirse de otros seres susceptibles de asimilarse á su individuo*; y 2º *que los indivi-*

(1) *Prisiones*, pág. 21.(2) *id.* pág. 30.

duos de cada especie pueden alimentarse con sus semejantes".

"El descamisado Gramont bebió en el craneo de una de las víctimas; algunas mujeres bebieron la sangre y comieron el corazón todavía palpitante de Suizos degollados el 10 de Agosto; y los salvajes de la Abadía obligaron á la señorita de Sombreuil á beber un vaso de sangre, para librar á su padre del suplicio".

El *Monitor* del 22 de Agosto de 1795 refiere lo siguiente: El ayudante general Bouland daba veinte francos por cada par de orejas humanas, las cuales se entretenía en clavar en su habitación. El hecho es tan positivo, que dicho Bouland presentó á un diputado una letra por valor de ochocientos francos para pago de ochenta orejas, la cual estuvo en poder de Laigne-lot. Turreau, colega de Bouland, hacía matar los niños y llevarlos en las puntas de las bayonetas. (1)

"La existencia de fábricas de cartidos de piel humana, durante el gobierno del *Terror*, no es menos cierta. Entre otras se contaban tres: una en Pont-de-Cé, otra en Etampes y otra en el castillo de Meudon. Vamos á las pruebas:

"Pocos días después del 9 de Termidor, denunció Galetti la de Meudon en el *Diario de las leyes*. Billaud-Varenes, Vadier, Collot-d'Herbois y Barrère, individuos del comité de *Salvación pública*, negaron el hecho y acosaron de calumniador á Galetti. Esta acusación amenazaba de muerte al periodista; pero uno de los suscritores al Diario en que se había hecho la denuncia, le envió inmediatamente un libro encuadernado en piel humana. Galetti al siguiente día, hizo fijar en todas las esquinas de París grandes carteles azules, anunciando que poseía, como un digno monumento de la tiranía de los Triunviros un ejemplar de la Constitución de 1793, impresa en Dijon en casa de Causse, en papel vitela y encuadernada en piel huma-

(1) *Monitor*, *ibid.*

na que imita al becerro bravo. “Ofrecemos, dice, enseñar á cuantos tengan curiosidad de verla”.

“Billaud-Varennes y sus colegas, no volvieron á desplegar los labios”.

“Dicho libro y el cartel original; dice el autor de quien tomamos la cita, existen aún y han estado en la mano del que traza estos renglones”.

“En la fiesta del Ser Supremo, 20 de Pradial (8 de Junio de 1794) dice Proudhomme en la *Historia imparcial de las revoluciones*, muchos diputados llevaban calzones de piel humana, iguales á los que envió á Barrère un general de la Vendée.

“El 12 de ventoso de 1795 Merlin de Thionville decía en la Convención: Hay quien asegure haber visto en la Vendée generales republicanos con calzones de piel humana”. [1]

Un antiguo comisario de guerra en los ejércitos republicanos de la Vendée, escribía en 30 de Setiembre de 1851, haber visto repetidas veces en Saumur, Angers y Nantes á varios oficiales usar calzones de piel humana.

Un abogado en el tribunal de apelación de París, en el mismo año de 1851, escribía lo siguiente: “Mi abuelo, en los momentos de la revolución, estaba al frente de una de las mejores fábricas de curtidos de la capital. Mi padre tenía entonces quince ó dieciséis años, y á consecuencia de las relaciones de aquel, tuvo trato con un fabricante que preparaba las pieles humanas, llamado Simonnot ó Simouneau. Este tenía la fábrica en Etampes y un depósito en París, en el cual tuvo mi padre ocasión de ver dichas pieles. Entre los puntos en que estaban establecidas las mencionadas fábricas se cuentan á Meudon, Etampes y Pont-de-Cé, donde se preparaban, sobre todo, las pieles procedentes de los cuerpos de los desgraciados Vendeanos”. [2]

(1) *Historia imparcial de las revoluciones*.

(2) Véase la *Historia del Directorio*, por M. A. Granier de Cassagnac, citada por Gaume.

XIV

LOS ALBACEAS TESTAMENTARIOS Y HEREDEROS DE LOS JACOBINOS DEL 93.—EL TERROR, MEDIO INFALIBLE DE QUE SE VALE EL LIBERALISMO.—DECRETOS.—LIBERTAD DE LA PRENSA.

La Commune de Paris, de 1871, tan feroz como sus padres los jacobinos descamisados del 93, principió su efímera existencia con asesinatos cobardes y alevosos, y concluyó, con la tea incendiaria reduciendo á cenizas los monumentos que no sólo atestiguaban la antigua civilización de Francia, sino también las glorias que sus ejércitos habían adquirido en los campos de batalla. ¡Ay de la Francia si la *Commune* la hubiese dominado siquiera por poco tiempo! ¡Ay de París si se hubiese prolongado la desesperante situación en que se hallaba en los meses de Marzo, Abril y Mayo! Entre los hombres del 93 había algunos ilustrados, de ideas propias y aun de sentimientos nobles; tales fueron los girondinos á quienes decapitaron los descamisados. Pero ¿quiénes formaban la *Commune*? Los más conspicuos, que la ciudad de París veía por primera vez figurando entre sus opresores con el nombre de miembros de la *Commune*, eran “algunos redactores oscuros de la prensa demagógica, ú obreros cuyos nombres sólo habían resonado alguna vez en los tribunales de justicia con motivo de las causas iniciadas en los últimos tiempos del imperio contra los agitadores de la *Internacional*”.

Pues bien: esos apóstoles del desorden y la inmoralidad, esos obreros criminales, establecían el Terror, en nombre de la *Libertad*; y en nombre de la *libertad, igualdad y fraternidad*, asesinaban vil y cobardemente á ilustres é inocentes víctimas, que ni siquiera llevaban el calificativo de *sospechosas*, pero que la voluntad soberana de la *Commune* había designado como *rehenes de la república*.

En nombre de la *libertad* saquearon los tesoros de las iglesias, unas después de otras; las profanaron sacrílegamente, é hicieron que los guardias nacionales se revistiesen con los ornamentos sacerdotales; bebieron en los cálices sagrados y se entregaron á las orgías más escandalosas.

La *libertad* fue la bandera que enarbolaron para oprimir, vejar y esclavizar á dos millones de habitantes de París.

En nombre de la *libertad*, y por respeto á las garantías sociales, publicaba el Comité Central, en 21 de Mayo, la siguiente intimación: "Los habitantes de París son invitados á volver á sus domicilios *dentro de 48 horas*. Pasado este plazo, sus títulos de renta y el Gran Libro serán quemados. (1) Por el Comité central, Grellier".

"En nombre de la *Cominune*.

"El ciudadano delegado del 7º distrito,

"Decreta:

"El llamado Andrés procederá inmediatamente á la detención de las personas *que considere necesarias* para la seguridad pública. El delegado juzgará de la oportunidad de los arrestos. En caso de resistencia, el ciudadano Andrés queda autorizado para *levantar la tapa de los sesos á los recalcitrantes*.—D'Urbain".

"Aviso.

"Algunas órdenes dadas por el Comité de salud pública han dejado de cumplirse porque no figuraban en ellas tales ó cuales firmas.

El Comité de salud pública previene á todos los ciudadanos que la negativa á ejecutar una orden emanada de él producirá el envío inmediato del culpable

(1) El Gran Libro de la deuda pública, monumento de crédito de Francia, consta de tres mil tomos. Había dos ejemplares, de los cuales se salvó el uno, merced al valor abnegado de dos empleados del Ministerio de hacienda que, á la cabeza de soldados resueltos, lograron trasladar esa biblioteca, de peso colosal, á lugar seguro.

ante el consejo de guerra, con la inculpación de alta traición”.

Podía, según esto, dice el historiador de quien tomamos estos trozos, cualquier miembro del Comité, sin conocimiento de los otros, hacer cuanto le diese la gana! No se necesitaban firmas en las órdenes. En efecto, muchas órdenes hemos visto, agrega, que no llevaban más que una firma, y otras que no tenían ninguna; terminaban con la frase: *El Comité de salud pública*”.

En el momento en que la *Commune* prometía “la garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y de la libertad del trabajo”, las cárceles rebozaban de presos, las iglesias estaban cerradas, y los obreros eran obligados por fuerza á abandonar sus talleres é ir á batirse en los baluartes.

“Se proclamaba la intervención permanente de los ciudadanos en los negocios municipales por medio de la libre manifestación de sus ideas y la libre defensa de sus intereses,—y el 22 de Marzo una manifestación pacífica era recibida á balazos; á las reuniones que se trató de celebrar se opusieron las bayonetas, y á los periódicos que quisieron hablar se les impuso silencio por medio de la supresión y las prisiones.

“Se anunció el fin del militarismo, del funcionarismo, y París no fué regido más que por las leyes militares; las órdenes conminatorias, firmadas por mil y un funcionarios, llenaban todas las paredes: la persona y el domicilio de los ciudadanos estaban á merced del primer advenedizo que se titulara delegado de la *Commune*. (1)

El inmundo diario “*Le Père Duchêne*, en el número perteneciente al 14 de Marzo, insulta nominalmente á los individuos de la *Commune* y los llama *cobardes*, porque no se atreven á inaugurar de nuevo la época del Terror.

(1) *La Destrucción de París.*

¡ Ah, les dice, teméis por vuestras cabezas! . . .
¿ Y que nos importan á nosotros vuestras cabezas?

“Fusilad! . . . Guillotinad! . . . Y que la revolución se salve!

—Entonces tendremos el *Terror*?; dirán algunos.

—Pues, sí, el *Terror*! Estúpidos que sois! Quien quiere el fin quiere los medios, y quinientas cabezas serían bastantes para salvar quinientas mil (1)

Defienden la libertad de la prensa; pero esa libertad debe ser para ellos solos; sus adversarios no tienen derecho ni á quejarse.

Seguramente muchos incautos y sencillos ciudadanos, que no conocen la falacia de la secta, al oír en la tribuna parlamentaria, ó leer en los papeles liberales los rimbombantes discursos, las sentimentales declamaciones de los *defensores de las garantías del pueblo*, abogando por la *libertad* ilimitada de la prensa, como que de ella se derivan, según dicen, todos los bienes sociales, creerán que esos hombres que con tanto ahinco defienden la tal libertad, la respetan y permiten que otros de opuestos principios hagan uso, siquiera sea moderado, de esa decantada garantía. ¡ Engaño! Ya lo hemos dicho: el *liberal* sostiene y defiende en teoría principios, ó más propiamente, utopías halagüeñas que, en la práctica, las rechaza y condena. Oído:

“Los Tiranos de París no podían soportar la discusión; la menor contradicción les ponía fuera de sí. Aquellos tribunos que habían pasado su vida atacando, injuriando, calumniando á los demás, ponían el grito en el cielo cuando los demás no admiraban y aplaudían todos sus crímenes y todas sus sandeces. En realidad, lo que querían era la anulación de la libertad de pensar, de hablar y escribir, como de todas las otras, en provecho de su dominación absoluta. Así es que, exasperados por la intrepidez de los publicistas que

(1) *La Commune de París de 1871.*

los desafiaban, los combatían, les descascaraban todos los días, el 19 de Mayo tomaron una resolución suprema. . . . Dieron el siguiente decreto que es un monumento que debe conservarse íntegro, porque hace la apología del *liberalismo* de aquel gobierno revolucionario :

“Art. 1º Quedan suprimidos los periódicos *La Commune, L’Echo de Paris, L’Independance française, L’Avenir national, La Patrie, Le Pirate, Le Republicain, La Revue des Deux-Mondes, L’Echo d’Ultram* y *La Justice*.

Art. 2º No podrá aparecer ningún nuevo diario ó escrito periódico hasta la terminación de la guerra.

Art. 3º Todos los artículos deberán publicarse firmados por sus autores.

Art. 4º Los ataques contra la república y la *Commune* serán juzgados por los *consejos de guerra*.

Art. 5º Los impresores contraventores serán perseguidos como cómplices y selladas sus imprentas. &º &º

Hotel de Ville 28 Floreal, año 79.—*El Comité de salud pública*.

Ant. Arnaud, E. Eudes, Billioray, J. Gambon, G. Ranvier”. (1)

Le Moussu, comisario de la *Commune*, suprimió de un golpe otra media docena de periódicos.

XV

CIVILIZACIÓN Y PROGRESO LIBERALES.—OTRA CONQUISTA DEL SIGLO DE LAS LUCES.

Los jacobinos del 93 emplearon *ejércitos de albañiles para demoler* ciudades de primer orden, populosas y ricas, reduciéndolas á escombros. Los descendientes de esos monstruos demolidores organizaron, en nombre de la libertad, y de la manera más metódi-

(1) *La Destrucción de París*.

ca é irritante, ejércitos de incendiarios, para reducir á cenizas y hacer volar París con sus dos millones de habitantes; porque el liberalismo no saciaría su sed de sangre y ruinas aun cuando viese arder el mundo del un polo al otro, y extinguirse el género humano.

Empezaron, pues, por confiscar todas las materias inflamables que había en el comercio; y como si *ex profeso* se hubiese querido irrogar un sangriento sarcasmo á la civilización, el decreto que mandaba recoger los fósforos, los productos químicos inflamables y el petróleo, estaba firmado por "El miembro de la *Commune*, jefe de la *Delegación científica*, Parisel". Recogidos esos productos era menester emplearlos; y he aquí las órdenes que se dictaron al efecto.

"Estado mayor general.

"Al ciudadano General Dombrowski.—Ciudadano:—Haced saltar é incendiar las casas que estorben á nuestro sistema de defensa. Las barricadas no deben poderse atacar por las casas.—Los defensores de la *Commune* no deben carecer de nada. Dadles los efectos que contengan las casas que derribeis.—Haced, además, las requisas necesarias.—París 2 Pradial, año 79.—Delescluze, A. Billioray.—P. O. El Coronel de E. M.—Lambon".

"Commune de París.—Estado mayor de la plaza.

"El ciudadano Jacquet queda autorizado para requisar todos los ciudadanos y todos los objetos que le sean útiles para construir las barricadas de la calle del Chateau d' Eau y de la calle Albany.

"Sólo se exceptúan el vino y el aguardiente.

"Los ciudadanos y ciudadanas que rehusen su concurso serán *inmediatamente pasados por las armas*.

"Las casas *sospechosas serán incendiadas á la primera señal*—Delescluze (sello azul con estas palabras: Comm. Paris).—El Jefe de Legión del 10º distrito (sello encarnado con estas palabras: *Commune de Paris*; alcaldía del 10º distrito".

"El ciudadano Milliére, á la cabeza de 150 hom-

bres, incendiará las casas sospechosas y los monumentos públicos de la orilla izquierda (del Sena).

“El ciudadano Dereure, con cien hombres, está encargado del 1º y 2º distritos.

“El ciudadano Billioray, con cien hombres, está encargado de los distritos 9º 10º y 20º

“El El ciudadano Vesinier, con cincuenta hombres, está encargado especialmente de los boulevares desde la Magdalena hasta la Bastilla.

“Estos ciudadanos deberán entenderse con los jefes de barricadas para asegurar estas órdenes.

“París 3 Pradial, año 79 —Delescluze, Regère, Ravvier, Johannard, Vesinier, Brunel, Dombrowski.”

“El Comité de salud pública no se contentaba con incendiar á París: se había propuesto volarlo. Los cimientos de un gran número de edificios habían sido acribillados de minas y barrenos cuyos hornillos estaban cargados de pólvora, dinamita y petróleo. El Trocadero, las Termas, el boulevard de Malesherbes, la estación de San Lázaro, los Inválidos, la iglesia de Santa Clotilde, la calle de Lille, la de San Domingo, Nuestra Señora, &a. debían caer simultáneamente, merced á una combinación de explosiones formidables. Por fortuna el ejército descubrió á tiempo una red de hilos eléctricos destinados á prender las minas y producir una catástrofe sin ejemplo en la historia.” [1]

Sin embargo la amenaza se había cumplido. La obra de los enemigos de la sociedad y de la civilización, dice el historiador, se había realizado, si no tan completamente como sus autores hubieran querido, lo bastante para que la historia y la humanidad los maldigan eternamente.

“El Louvre, las Tullerías, el Ministerio de Hacienda, el Palacio de Justicia, el Hotel de Ville, el Tribunal de cuentas, la Caja de depósitos y consignaciones, el Palacio de la Legión de Honor, el Palacio

[1] *Destrucción de París*, tom. II. pág. 491 y 492.

Real, la Santa Capilla, el Luxemburgo, el Senado, la Prefectura de Policía y hasta la Catedral, inmortalizada por Víctor Hugo, poeta querido de estos incendiarios, son entregados al furor de las llamas".

Un grueso volumen sería menester para enumerar todos los monumentos públicos, edificios valiosos y casas particulares que fueron reducidos á cenizas por los que se intitulan apóstoles del progreso y de la civilización; y concluiremos este párrafo recordando que "*El Vengador*" órgano del famoso revolucionario Felix Pyat, fué el primer periódico que pidió con pertinacia el derribo de la columna Vendome. Rochefort, en su periódico "*Le Mot d'Ordre*", lo secundó y pidió también el derribo de la casa de Mr. Thiers, de la iglesia Brea y de la Capilla expiatoria de Luis XVI.

La columna Vendome fué un monumento de inestimable precio para la Francia, porque recordaba sus glorias militares. Se construyó con mil doscientos cañones tomados por el *Grande Ejército* de Napoleón I á los rusos y austriacos en la campaña de 1805; pesaban juntos un millón ochocientas mil libras. Se comenzó á fabricar la columna en Agosto de 1806 y se concluyó en Agosto de 1810. Estaba construida de piedra labrada y ladrillos, y cubierta de planchas de bronce; la estatua de Napoleón el Grande la coronaba; el zócalo de granito de Córcega fué trabajado en 1835. El costo de esta columna era de dos millones ciento once mil cuatrocientos diecisiete francos; y los verdaderos patriotas parisienses, los que deseaban mantener siempre frescos los laureles de la patria, ofrecieron á los *liberales comuneros* un millón y medio de francos para que no derriben ese monumento de orgullo nacional. Todo fué en vano, y la columna cayó el 16 de Mayo, haciendo caer también sobre los autores de este cobarde vandalismo la indignación de todas las naciones civilizadas.

A este crimen, que con justicia se calificó de lesa nación, siguió el derribo de la casa de Mr. Thiers, si-

tuada en la plaza de San Jorge, de la capilla expiatoria de Luis XVI y de la iglesia Brea, edificada en memoria del General de este nombre, asesinado á traición por los socialistas de 1848.

¿Y no son hoy la dinamita y la tea incendiaria las armas de venganza y odio de los liberales de todos los pueblos? ¿No son las explosiones desastrosas á las que han confiado el triunfo de su bandera? La prensa de los países invadidos por el devastador huracán revolucionario ¿no revela diariamente los incendios y explosiones efectuados unos y abortados otros, pero todos preparados en los clubs de los veteranos de la estopa y el petróleo? Los mismos gobiernos que, *siguiendo la marcha del siglo*, como dicen los demagogos, han dado ilimitada libertad á los liberales, ¿no están hoy sobrecogidos de espanto con la perspectiva de la disolución social que en día no lejano ya no podrán impedir? ¿Se olvidará que en los Estados de nuestra América hay también muchos Prestan y Cocobolo? ¿Qué espesa venda cubre los ojos de los hombres llamados por la Divina Providencia para defender la vida de las sociedades? ¿Qué razones pueden alegar para mantenerse en la inacción y el marasmo, cuando el formidable enemigo ha invadido ya nuestro campamento?

XVI

EL ORO, DIOS DEL LIBERALISMO.—ÚNICO SUMO BIEN QUE CONOCE.

La sed de oro es la palanca que mueve á los liberales, y el oro es el punto á que convergen sus miras y aspiraciones. La posesión del precioso y codiciado metal, cualesquiera que sean los medios de que se sirvan para obtenerlo, excepto, se entiendo, el trabajo honrado, es una de las conquistas más hermosas y fecundas del liberalismo práctico. Leyes suntuarias, impuestos, contribuciones forzosas, requisas, confiscacio-

nes, expropiaciones, saqueos, tala de propiedades que dejan en la mendicidad á muchas poblaciones, son los recursos naturales, propios y legítimos del liberalismo; son los gajes de sus *sacrificios por las garantías sociales*. La codicia es uno de los distintivos de los liberales, por más que se esfuerzen en alucinar á los inocentes titulándose por antítesis *patriotas abnegados*. Oro, oro y más oro, es lo que constituye la *libertad, igualdad y fraternidad*, predicados por los liberales; el oro es el progreso, la civilización y cultura que defienden. Unas veces avaros de las rentas y bienes nacionales, mientras no los manejan, se les oye gritar contra los *gastos indebidos*, contra la *malversación y despilfarro de los caudales públicos*, contra la *bancarrota de la hacienda pública*, &c. Otras, para halagar á los pueblos, declaman con toda la fuerza de sus pulmones contra los impuestos, contra las tarifas y aranceles, contra las contribuciones legales, asegurando que son excesivas, onerosas, ruinosas para el *pobre pueblo*. Pero vedlos en el poder. Sus arcas son toneles sin fondo como el de las Danaidas que jamás se llenan. La historia lo comprueba.

Ya hemos apuntado los saqueos á las iglesias, casas de caridad, corporaciones, &c. hechos, *en nombre de la libertad*, por los jacobinos. Veamos ahora qué garantías dieron á la propiedad particular.

“Requísase el lienzo, los zapatos, los forrajes, los caballos para los trasportes, y los carreteros para guiarlos; requísase un caballo de cada veinticinco para organizar la caballería; los arneses, correajes y carros; las caballerías de lujo propias para tiro ó silla; requísase una bestia mular por cada diez, con albarda, carreta y conductor.—De las estatuas de los reyes y campanas de las iglesias se fabrica moneda de vellón; los vasos sagrados de los monasterios, catedrales é iglesias, y las vajillas de plata de los particulares se reducen á moneda de oro ó plata, y se amenaza con la *pena de muerte* á todo el que conserve la más insignificante

alhaja de dichos metales.

La guillotina levantada en todos los puntos de la Francia, hace rodar centenares de cabezas, y cuantas son las víctimas, otras tantas son las confiscaciones de fortunas particulares. El 21 de Julio de 1793 se confisca en masa todos los bienes del departamento de la Vendée; el 3 de Enero del 94 todas las materias de oro y plata que se habían escondido, y el 26 de Julio todos los bienes de las academias y sociedades científicas.

A las confiscaciones suceden las contribuciones progresivas, los empréstitos forzosos y los despojos en la más dilatada escala. El 7 de Termidor se decreta que los franceses todos paguen una contribución personal de cinco libras anuales; los hombres y mujeres, solteros y viudos, que pasen de treinta años, una cuarta parte más de todas las contribuciones personales y suntuarias.—Se ordena que las chimeneas que no sean de las cocinas y hornos se tasen en cinco libras por la primera, diez por la segunda y quince por las demás, en las ciudades que pasen de cincuenta mil almas, y en las que no lleguen á este número, en la mitad. Las chimeneas pagarán estas cuotas aun cuando no se acostumbre encender fuego en ellas.—Se impone una contribución por los criados varones destinados al servicio doméstico, en esta forma: *diez libras* por el primero, *treinta* por el segundo, *noventa* por el tercero, y así sucesivamente en proporción triple.

Se impone contribución á los caballos y mulas de lujo, sean de tiro ó de silla; *veinte* libras por el primero, *cuarenta* por el segundo, *ochenta* por el tercero, &ª. Por los carruajes de suspensión, carreteles y cabriolés, se pagarán *veinte* libras por cada par de ruedas del primer carruaje, *cuarenta* por cada par del segundo, *ciento veinte* por cada par del tercero, tenga ó no caballos el dueño de los carruajes.

El 19 de Frimario del año IV “considerando la urgencia del asunto, *las necesidades de la patria*, se levan-

ta un empréstito voluntario de seiscientos millones en valores metálicos". El empréstito no llegó á cubrirse, y la Revolución lo declaró *forzoso*.

No satisfecha con esto, recurre á los donativos voluntarios que, como era natural, no dieron los resultados que esperaban los jacobinos. Saqueada la Francia lo fueron también los países conquistados por ella: la revolución devora sus riquezas, pero la sed de oro no se le extingue. Desde Lisboa á Nápoles, desde Tréveris á Bruselas, Amberes y Amsterdam, se le envían incesantemente convoyes de riquezas procedentes de la venta de propiedades de la Iglesia, del pillaje y de las contribuciones forzosas. En un solo día ve llegar de Bélgica veintinueve carros cargados de objetos de oro y plata.

Las rentas del clero pasaban en aquella época de ciento cincuenta millones, la Revolución las hizo suyas; y crea, por último, *asignados por el valor de treinta y tres mil cuatrocientos treinta millones, cuatrocientos noventa y un mil veintitres libras.* [1]

Sin embargo, dice el historiador, todo quedó devorado en siete años; de modo que al volver de Egipto Napoleón no encontró en las arcas del Estado *mil quinientos francos* para enviar un correo á Italia, y llegó el caso de publicarse en 1797 una bancarrota de *cincuenta mil millones*.

Largo sería nominar los diputados en comisión, los comisarios, los procónsules, jefes de ejército, &c. que robaron á manos llenas y cobraron en trescientos cuarenta y ocho distritos contribuciones que no rebajaban de cien millones; pero basta lo dicho hasta aquí para que se juzgue del *patriotismo y abnegación* de los liberales del 93.

¿Y los de la *Commune* de 1871? Abramos la historia, y copiemos los documentos de los mismos *comu-*

(1) *Monitor*.—*Historia del Directorio*, por A. Granier de Cassagnac—tomo I.—*Cuadro de las pérdidas causadas por la Revolución*, por Sir Ibernoy. (Citas de Gaume).

neros, concretándonos á las sumas totales.

DELEGACIÓN DE HACIENDA.

Cajas centrales del tesoro público.

Resumen del movimiento de fondos desde 20 de Marzo hasta el 30 de Abril de 1871, ambos inclusive.

Total de ingresos..... 26.013.916.70

Veintiseis millones trece mil no-
vecientos dieziseis francos setenta cén-
timos.

PAGOS.

Total de pagos..... 25.138.089.12

Excedente..... 875.827.58

Resulta de las cifras anteriormente expresadas que la *Commune* en los cuarenta primeros días de su existencia, gastó á razón de 628.452 francos diarios, lo cual representa un presupuesto anual de cerca de doscientos treinta millones de francos; y esto teniendo en cuenta solamente el presupuesto municipal de París, no la cantidad necesaria para los gastos generales del Estado.

Sobre manera curiosos son los comentarios que el Sr. Zamora y Caballero hace del anterior presupuesto. Nos privamos del placer de insertarlos en este lugar, porque la extensión de nuestro escrito no lo permite. Sin embargo copiamos siquiera dos de ellos. Dicen así:

“Es imposible dejar de fijarse en la modestísima cifra del crédito concedido al ministerio de Instrucción pública: ¡mil francos! En esto sí que no malgastaba la *Commune*; lo cual nos hace sospechar que acudió al procedimiento que han empleado otros poderes revolucionarios, y consiste en *cerrar las escuelas*.

“El ministerio de Negocios extranjeros gastó bastante.

“112.000 francos consumidos por una dependen-

cia cuyos trabajos se redujeron á escribir dos notas de unos seis ú ocho renglones cada una (la primera á las potencias europeas, y la segunda al general en jefe del ejército prusiano) nos parece una cantidad bastante considerable.

Los millones que Jourde, Delegado de Hacienda, confiesa haber ingresado á las cajas de la *Commune* provinieron de las rentas naturales, de las cajas de los grandes servicios públicos, de todos los ramos de hacienda, de correos, consumos, tabacos, impuestos, &^a &^a á los cuales deben añadirse cerca de 900.000 francos exigidos á los caminos de hierro, á las grandes instituciones de crédito, de entre las cuales sólo la Compañía del gas se libró de la espoliación; porque su director, que ya empezó á pagar 183.000 francos que se le habían impuesto, tuvo la ocurrencia de decir que *si se llevaban sus fondos no podría pagar á los obreros y París quedaría á oscuras*. La *Commune* temió que esto sucediera y devolvió el dinero robado.

“El 2 de Abril fué secuestrada la caja de los *factores* del mercado de aves. También se tomaron ciento cincuenta mil francos que había para las necesidades urgentes de la caja de Asistencia pública. El mercado de pieles fué igualmente secuestrado y requisadas sus mercancías. La administración de pompas fúnebres, que es una compañía particular, se vió invadida del mismo modo; y un delegado de la *Commune* se encargó de percibir todas las sumas que pagaban los que acudían en demanda de servicios. Á Rothschild se le exigió una suma fabulosa: todos los contadores y cajeros de las casas ó establecimientos invadidos, que se negaban á entregar los fondos de que eran responsables, eran encarcelados y tratados con el mayor rigor.

La *Commune* se apoderó de toda la plata de las Tullerías y de los ministerios; de los tesoros de las iglesias; y de los bienes de Mr. Thiers.

“Los procedimientos, dice el historiador, las costumbres y hasta las denominaciones de 1793, parecían

definitivamente adoptados por los hombres de la *Commune*.

XVII

LA DIOSA RAZÓN.—TRASTORNO GENERAL.—LOCURAS
LIBERALES.

Hemos visto ya á los demagogos *sansculottes* ó *firmes descamisados*, proclamando al *dios-pueblo*; es decir, incluyéndose á sí mismos en esa divinidad menesterosa, sucia y hambrienta que tenía que apelar al crimen para satisfacer sus necesidades. Veamos ahora al *dios-pueblo* rindiendo culto y ofreciendo el homenaje de su *omnipotencia* á la diosa Razón creada por los mismos demagogos.

“El 9 de Noviembre de 1793 el Concejo municipal de París decretó la divinidad de la Razón, y fijó su fiesta para el siguiente día 10. Anaxágoras Chaumette, cuyos únicos bienes, como él mismo decía, consistían en un busto de Bruto hecho en yeso, fué el gran sacerdote de la nueva diosa, y el que debía arreglar la fiesta.

“El domingo 10 de Noviembre, al redoble de los tambores, una inmensa multitud obstruye los sitios próximos á Nuestra Señora, y el bullicioso cortejo avanza desde la casa de Ayuntamiento. Descollando sobre los modernos paganos, con Chaumette á la cabeza, aparece la diosa Mademoiselle Maillard, bailarina de la Opera, sentada en un sillón dorado guarnecido de guirnaldas de encina, y conducido por cuatro descamisados vestidos de encarnado. Un gorro de este color en la cabeza, cabellos sueltos por la espalda, una túnica blanca y un manto azul celeste medió cubriendo esta última, constituyen su ropaje. En la mano derecha lleva una lanza con punta de ébano; en la izquierda una rama de encina y bajo sus piés un Crucifijo. (1)

(1) La Harpe, testigo presencial de estas abominaciones, dice:

El cortejo entra en la Catedral, adornada *ex-profeso* para esta gran fiesta. Se ha figurado una montaña, y al pié de ella está el altar de la *diosa* que lo ocupa para recibir los homenajes de los mortales inclinados ante su frente radiante. Varios niños la inciensan con aromáticos perfumes, y cada uno se acerca á adorarla. A derecha é izquierda están las autoridades en actitud de respeto. Durante la adoración se cantan himnos en honor de la *diosa* tendiendo los brazos hácia ella, y en seguida se pronuncian discursos análogos á su culto. La diosa baja de su altar haciendo graciosos y benévolos saludos á sus adoradores.

En la barra de la Asamblea se presenta una comisión del departamento de París, y su orador Dufouruy dice á los legisladores: "*La raza humana está ya regenerada; el fanatismo y la superstición han desaparecido, y sólo tiene altares la Razón, según lo quiere la opinión general. Vosotros habeis decretado que la antes llamada iglesia metropolitana de París fuese consagrada á la Razón, y nosotros celebramos en ella una fiesta en honra de esta divinidad; el pueblo nos espera allí, y la presencia de la Convención es necesaria en ella para que no sea un acto parcial, sino resultado del voto de la nación*".

El Presidente Laloi contesta del modo más satisfactorio; pero mientras la Convención recibía á los descamisados de Vaugirard, que iban á depositar en *el altar de la patria* las alhajas de su iglesia, termina la fiesta en la iglesia metropolitana, y Chaumette, gran

"En las fiestas de la Razón, solía representar á la diosa una de las principales prostitutas, la cual era conducida en una carroza con un Crucifijo á sus pies. En una de estas fiestas subió un histrión al púlpito de la iglesia de San Roque y dirigiendo á Dios un apóstrofe, negó su existencia, vomitando mil imprecaciones sacrílegas. En estas mismas fiestas se colocaba sobre un altar el busto de Marat, y á todos aquellos que eran sospechosos de fanatismo; es decir, á todos aquellos que creían en Dios, se les obligaba á doblar la rodilla ante Marat. (*Del fanatismo en el lenguaje revolucionario*).

sacerdote, se presenta en la barra con su divinidad de carne y hueso, para que los elegidos del pueblo le ofrezcan también sus homenajes y le rindan adoración. Pronuncia un discurso en que campea el ateísmo más repugnante, y concluye así: “*No hay más culto, ni más instituciones religiosas que las de esta divinidad y de la Libertad. ¡Velo de la Razón, cae en presencia de un gran pueblo y de su augusto Senado!*”. A estas palabras cae el velo con que estaba cubierta la diosa, y quedan descubiertas las facciones de la bailarina de la Ópera. Redóblanse los aplausos y discursos; y los se-
tecientos convencionales, cubiertos con el gorro encarnado marchan entre la multitud, y atraviesan la ciudad desde las Tullerías hasta la Catedral, á donde es conducida nuevamente la diosa, que se le coloca otra vez en el altar para que vengan adorarla unos en pos de otros.

Durante esta abominable idolatría cántanse himnos en honor de la diosa bailarina, y relativos al triunfo de la *Razón* sobre la superstición y el fanatismo. Pero no es esto todo. Mientras unos adoran á la diosa en la nave principal y en el Santuario de la iglesia, otros celebran su culto en las capillas que están cubiertas todas con cortinas de tapicería ó con tablonés: la disolución, la gula y la liviandad reemplazan á las augustas ceremonias de la Religión en esos lugares sagrados. “Preciso es, dice un testigo ocular, haber asistido á aquella atroz profanación para concebir todos sus horrores. Las mujeres públicas aflúan á ellas, y los misterios de Gnido y Lesbos dejaron ya de celebrarse en la oscuridad y en ocultos departamentos. El escándalo fué tal, que llenó de indignación al mismo Robespierre, quien, después del suplicio de Chaumette, decía: Ese miserable merecía mil muertes, aunque no fuese más que por las obscenidades que autorizó en aquel día”. (1)

(1) *Historia pintoresca de la Convención*, tom. III.—*Monitor*, 13 de Noviembre de 1793. *Diario de Paris*, tom. III.—

Una mujer llamada Momoro fué elegida por el club de los jacobinos, para representar en el altar de San Andrés de las Artes á la diosa representada en Nuestra Señora por la Maillard. Presentóse aquella en medio de la multitud delirante, en traje completamente diáfano, sobre un palanquín. La fiesta se prolongó durante la noche, y terminó por un banquete en que hubo completamente confusión de sexos. (1)

La misma fiesta se celebró en todos los distritos de la Francia, cada uno de los cuales tuvo su diosa; y se compuso un Devocionario intitulado: *Oficios de las décadas, ó discursos, himnos y oraciones que han de usarse en los templos de la Razón.*

Los socialistas comuneros de 1871 no les fueron en zaga á los del 93. He aquí lo que el diario "*La Montaña*" decía respecto de la religión y culto.

"No creemos más en Dios: la revolución del 71 es atea: nuestra república tiene un ramillete de siempre-vivas en el escote.

"Conducimos sin oraciones nuestros muertos al hoyo. . . .

"Padres: nuestras hijas no irán balbucientes á la sombra de vuestros confesonarios. . . .

"Cantar á los bueyes vale más que cantar salmos.

"En lugar de rosario, colgad en vuestro hogar larga sarta de morcillas. Olvidad los amores de sacristía.

"Idos, idos de prisa; mañana será tarde".

Como el resultado á que aspira el liberalismo es el completo trastorno de las sociedades, la extinción de todo lo respetado por los siglos, y el aniquilamiento de todo lo sagrado y santo, los liberales del 93, como buenos maestros de *civilización* y progreso, "reducen á la nada la antigua disciplina de la Iglesia; suprimen cincuenta obispados, trescientos cabildos y doscientos institutos religiosos; dejan abolidos los votos de religión y

Diario de la Revolución de París, N.º 315.—&—& (Citas del Abate Gaume).

(1) *Mujeres célebres* por Laistullier.

de las órdenes de caballería; destruyen las congregaciones de uno y otro sexo dedicadas á la enseñanza; las academias, colegios y seminarios, y hasta las asociaciones religiosas consagradas al cuidado de los pobres y de los enfermos; y asesinan á centenares de sacerdotes, religiosos, monjas y católicos.—Finalmente decapitan el orden religioso haciendo morir al Papa en una prisión.

No contentos los liberales con oprimir así la Religión Católica, intentaron sustituirla con el politeísmo. Pidieron seriamente el culto de Venus, y ya se ha visto cómo se inauguró ese culto en la Catedral de París con la Venus de carne y hueso, la bailarina Maillard. Se hizo la apoteosis de Voltaire y Rousseau; es decir, se les reconoció como dioses, dándoles los honores del Panteón; á Marat se le dedicaron altares y un lugar en el calendario; crearon semidioses como creaban clubs y ejércitos. Por medio de pueriles y torpes ceremonias declaró oficialmente la Convención semidioses á Barra y á Viala, por haber sido muertos por los enemigos de la República.

“Los enemigos más furibundos del culto de los Santos, fueron los fanáticos más furibundos todavía del culto de la Razón, y veneraron como reliquias preciosas la peluca de Rousseau, la espada de Mirabeau y los forros de pieles de Voltaire”.

Impidieron con penas severas el descanso del domingo y que en los viernes se vendiera pescado. Cambiaron los nombres de los meses; las semanas las hicieron de diez días que llamaron *décadas*, y el fin de cada semana *décadi*; igualaron los meses haciéndolos de treinta días, y á los cinco días que restaban para completar el año común, y seis en los bisiestos, los llamaron *complementarios*, dedicados á las fiestas *sansculottides*. Las fiestas que la Iglesia Católica celebra conmemorando los misterios de la Redención, reemplazaron con las fiestas á la Naturaleza, á la Agricultura, á las Cuatro Estaciones, á la Poesía, á las Letras, á las Ciencias; á la Industria, á la Juventud, al Amor, al

Valor, á la Libertad, al Regicidio, al Odio contra los tiranos, á la Soberanía del Pueblo, &c., &c. He ahí la religión y culto de los liberales.

Pero sus locuras no paran en esto sólo, van más lèjos. Se creen omnipotentes y sueñan con el dominio universal. El 20 de Enero de 1794 exclama Couthon en la tribuna de los jacobinos. "Nuestro tirano ha sido castigado ya; [habla del desgraciado Luis XVI] ahora es preciso castigar á los demás, y el hacerlo corresponde á los jacobinos. Pido que se nombren cuatro comisionados *que redacten el acta de acusación de todos los reyes, y que se envíe al tribunal de la opinión pública, para que no haya rey alguno que pueda hallar cielo que quiera iluminarle, ni tierra que consienta en sostenerle*". Robespierre, Billaud-Varenes, Collot de Herbois y Lavicomterie son nombrados para la comisión: pero antes de oír los cargos contra los pobres reyes, son llevados sus retratos al mismo salón y arrojados á las llamas.

"El ministro inglés Pitt causaba grandes embrazos á la Revolución, y á propuesta de Garnier se decreta: "La Convención Nacional en nombre del pueblo francés, declara que Guillermo Pitt es *el enemigo del género humano*".

El odio á todo lo que no era obra de la Revolución excede todo límite, y propasa los de lo ridículo; pues manda que se diga *azul nacional*, en vez de *real*; que se borren las flores de lis de todos los objetos en que se encuentren; que los despachos militares, títulos, patentes, &c. expedidos con los signos del monarca, seau presentados *inmediatamente*, para que el ministro de la guerra los canjee con otros *en nombre de la República*; que todas las señales de la monarquía en las iglesias, monumentos y edificios públicos sean borrados, y que los particulares que los tuvieren en sus muebles y utensilios de uso diario los hagan desaparecer bajo pena de confiscación; prohíbe á los impresores ó editores que, en el caso de hacer nuevas impre-

stones de libros, grabados ó mapas geográficos, reimpriman los privilegios del rey y las dedicatorias á los príncipes, señores ó altezas. Propone que se prohíba el juego de ajedrez *en atención á que dicho juego trae á la memoria recuerdos de los reyes*. Decreta el 1º de Agosto de 1793 que *“todos los sepulcros de los llamados reyes, erigidos en la iglesia de San Dionisio, en los templos y otros lagares de cualquier punto de la República, quedasen destruidos para el 10 del propio mes”*. Dispone que *no haya distinciones de títulos en los tratamientos, y que todos se tuteen*. Anacarsis Clootz se da á sí mismo el título de *orador del género humano*, y dice que *su corazón es francés y su alma la de un descamisado*.—Pero no acabaríamos nunca si quisiésemos trasladar todas las locuras, puerilidades y ridiculeces que, por el prurito de *decretar, mandar y disponer*, dieron los jacobinos liberales del 93; y creemos que son suficientes para conocerlos las pocas muestras que hemos apuntado.

XVIII

LOS PRINCIPIOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA PREDICADOS Y SEGUIDOS EN TODAS PARTES.—DECLARACIONES Y PROGRAMAS DE LIBERALES DE DIVERSOS ESTADOS.—AMÉRICA CONTAGIADA DEL VIRUS REVOLUCIONARIO.

Hasta aquí hemos hablado casi exclusivamente de las revoluciones de Francia: réstanos hacer conocer, siquiera sea muy por encima, obligados por la necesidad de terminar nuestro escrito, los principios que han proclamado los liberales de algunos Estados de Europa, y las consecuencias desastrosas de las repúblicas de América donde se ha implantado el liberalismo.

La famosa *declaración de los derechos del hombre* dada por la Asamblea francesa, ha sido el punto de partida de donde arrancan las diversas agrupaciones liberales que, bajo distintos nombres, pretenden el do-

minio del mundo, ó más bien dicho, la *destrucción irrevocable* del mundo político, moral y religioso. El liberal, el francmasón, el radical, el socialista, tienen esa cartilla en la mano, y es el evangelio que enseñan y predicán en las ciudades y aldeas, en los clubs y los billares, en las calles y en las plazas. ¡ El hombre anulando los derechos de Dios ! ¡ La criatura sobreponiéndose al Creador ! ¡ La debilidad sumando destruyendo al Poder Infinito ! He ahí, en compendio á lo que se reducen esos decantados *derechos del hombre*. ¡ Qué otra cosa es sino ese principio absurdo de la absoluta independencia del hombre ? ¡ Qué es aquello de que la soberanía se deriva única y exclusivamente del pueblo ? ¡ Qué es esa abstracción completa de toda autoridad que se le da al hombre en sus actos civiles, morales y religiosos ? ¡ Qué es aquel derecho que se le concede de negar lo que su razón no alcanza á comprender ? ¡ Qué es esa libertad, sin límites, del pensamiento y la palabra, de la conciencia y de la prensa ? ¡ Qué es esa libertad de cultos, ó sea *los derechos del error* ? Pues bien : estos principios que caracterizaron á los jacobinos franceses; caracterizan también á los liberales de todo el mundo. Copiemos pruebas.

Fevervach en un libro dirigido á los obreros les dice : *Que sólo el hombre sea nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Juez, nuestro Salvador, nuestra patria, el fin de toda nuestra existencia, de todos nuestros esfuerzos. ¿ Queréis asegurar una paz duradera á la sociedad civil ? Pues bien, trabajad ante todo en simplificar la humanidad, que no puede conseguirse, si no se aleja prudentemente el Cristianismo.*

“En los clubs de Suiza se gritaba: ¡ *Muera Dios, Viva el infierno !* Uno de sus jefes escribía en 1844 á un colega suyo : *El club de Losana progresa con pasos de gigante por las vías del ateísmo y de la perversión moral. Muchos miembros del club, y particularmente Holne ya no respiran más que ateísmo.*

“Marr, hablando de su club decía : *Dentro de po-*

co habré hecho de todos mis oyentes otros tantos enemigos personales de Dios”.

“En un periódico suizo se leen estas palabras: *Dios y la inmortalidad del alma no son más que asquerosas vejez; la Religión no es mas que una inmundicia; no os dejéis espantar por el fantasma de una Providencia*” (1)

El gran agitador Mazzini, como todos los revolucionarios liberales, invoca los nombres de *Dios y el pueblo*; pero él mismo confiesa que emplea esa frase para concitar la multitud, porque para tener de su parte al pueblo es necesario convencerle de que los molinos se emprenden en su favor, para mejorar su suerte; y que era indispensable emplear ese lenguaje, porque los pueblos no educados se mueven sólo en vista de la prosperidad material.

Véase, pues, en estos pocos ejemplos, repetidas las blasfemias, de los revolucionarios franceses; véase la misma hipocresía con que adudaban á las muchedumbres para tenerlas de su parte.

Ya se ha dicho algo respecto de la Italia; hemos apuntado lo que dice la prensa de Palermo, de Alemania, y la internacional de Inglaterra. No podemos, nos es poco menos que imposible extendernos más, para dar á conocer lo que ha hecho y hace el liberalismo en Bélgica, en el Piamonte, en Prusia, en España, &?, &? y haremos, para concluir este capítulo, una ligerísima reseña de nuestra América.

Hablando de ella dice Mr. Guizot en la *Introducción á l' histoire de la naissance et de la fondation de la république des Provinces-Unies*: “Las ideas más radicales, las pasiones más desordenadas se propagaron sin embarazo ninguno en aquellos inmensos territorios que pertenecieron á la monarquía española. Sus habitantes, iovadidos por la licencia de espíritu y por la impiedad, son católicos en el nombre. Allá es á donde

(1) *Respuestas populares*. Tomo I.

se importan y donde se esparcen por millares las producciones más cónicas del último siglo, y la hez de la indiferencia del nuestro”.

Y tiene razón el ilustrado publicista; porque los aventureros cosmopolitas, traficantes de las doctrinas más desacreditadas, de los principios más victoriosamente refutados, de las teorías más extravagantes que han caído en lo ridículo en Europa, las importan á la América y las venden á los necios, que andan á caza de novedades, como mercancías de inestimable valor.

Las retumbantes palabras *Libertad, igualdad, fraternidad, soberanía del pueblo, emancipación de la conciencia, derechos de la razón humana*, proferidas en los clubs, ante muchedumbres iguorantes, y repetidas en libros, folletos, periódicos y hojas volantes, producen en cualquiera parte el mismo efecto que produjeron en Francia los escritos y discursos de Mirabeau, de Camilo Desmoulins, de Robespierre, Danton, y de esa falange de energúmenos que á sí mismos se daban el título de *descamisados*.

De aquí resulta que, con muy pocas excepciones, los liberales de la América no saben á donde se dirigen, ni qué fin se proponen las doctrinas que proclaman. Oyeron decir, ó leyeron en algún folleto ó periódico que la revolución francesa inició la libertad del mundo que gemía encadenado; y gritan con todas las fuerzas de sus pulmones: *¡ La libertad del mundo se debe á la revolución del 93! ¡ Viva el 93!* Se les hizo creer que el pueblo es soberano irresponsable; y allá van discursos y laudatorias á la *soberanía del pueblo!* Se les ha dicho que la libertad de cultos, el matrimonio civil, la comunidad de cementerios, la separación de la Iglesia y del Estado, la instrucción laica &c son conquistas de la civilización; y sin más examen, sin averiguar quiénes lo afirman, ni reflexionar si tales conquistas del infierno atacan los derechos de Dios, de su Iglesia santa y de la misma libertad, prorrumpen en anatemas y dicitérios contra los que las combaten con

razones y argumentos indestructibles. Necios hasta creerse sabios, dánse los aires de maestros; y se irritan cuando se les contradice sus triviales sofismas contra la Religión Católica; hacen ostentación de incredulidad, porque así lo exige la civilización del siglo, porque así lo ha establecido Voltaire, así lo ha enseñado Rousscau, y así lo ha dicho Victor Hugo!

Los gobiernos liberales de América, ciegos hasta el punto de no ver las ruinas y escombros que dejó en pos de sí la revolución francesa; sordos á los gritos de millares de individuos, sacrificados por el hascha del liberalismo, que advierten á las generaciones presentes y venideras lo que deben esperar de las *gloriosas conquistas* del 93; impasibles á presencia de ciudades populosas y poblaciones pacíficas, convertidas en cementerios, donde los restos de las víctimas allí sepultadas, claman justicia al cielo contra sus verdugos; esos gobiernos, decimos, dan á sus gobernados la fatal herencia del 93 que, como la túnica de Deyanira, que menciona la fábula, abrasa á quien hace uso de élla. Y el desorden, la confusión, la anarquía, las lágrimas, la miseria y la muerte son los bienes que reportan los pueblos.

La Nueva Granada, hoy Colombia, ha sido víctima del liberalismo durante largos años. Su prensa ha publicado hechos que pudieran avergonzar á tribus nómades. Jaurias de negros, iguorantes y torpes, hambrientos de sangre y de pillaje han recorrido las poblaciones de esa república, y muy especialmente las del Cauca, cometiendo, en nombre de la *libertad* y la *igualdad* excessos y crímenes abominables; ascuinatos, incendios, robos, violencias, saqueos, han obligado á muchos de sus infelices moradores á abandonar su suelo y buscar en el extraño, á lo menos, la seguridad de su vida, ya que no las comodidades que perdían. Pero á esos malvados que así practicaban la libertad y arrasaban el país, los llamaba el gobierno y la prensa ministerial, *defensores y apoyo de la administración*, co-

lumnas de la democracia, atalayas de la libertad.

Algunos pueblos, víctimas de aquella libertad sanguinaria y feroz, protestaron contra el gobierno que tales excesos y crímenes permitía ; pero el presidente de la República les satisfizo diciéndoles : “que sentía la enormidad de los hechos que se le denunciaban, pero que el gobierno no podía refrenarlos sin detener la marcha triunfante de un pueblo soberano y árbitro de sus destinos”.

Mientras esto sucedía con los particulares, se efectuaban oficialmente el despojo de los bienes del clero, el saqueo de las iglesias, el destierro de los Obispos y la opresión más cruel á los católicos. Arrancadas de sus sagrados asilos las vírgenes inocentes consagradas á Dios, eran conducidas á las fronteras de la república, porque la *libertad* no se avenía con las corporaciones monásticas ; (1) pero al mismo tiempo se daba á los protestantes las garantías más amplias y se les encargaba de la educación de los niños ; se prohibía la enseñanza religiosa, se establecía el matrimonio civil y la impunidad de los delitos.

Como en Francia, los clubs, ó *sociedades democráticas*, ejercieron sobre los congresos y el poder ejecutivo, la influencia más despótica y perniciosa ; “y jamás, dice un sabio publicista, jamás pareció tan monstruoso el gobierno como cuando recibió los impulsos de la multitud”. Tan locos como los jacobinos franceses llegaron á pedir seriamente en un congreso, la abolición de toda ley penal.

Venezuela cuenta en su historia de medio siglo los mismos crímenes, violencias, asesinatos y desafueros que N. Granada, cometidos, ya se sabe, en nombre

(1) En nuestra república hemos tenido obispos desterrados de N. Granada ; y uno de ellos falleció en Quito, agobiado de pesares y sufrimientos con que el partido rojo neo-granadino abrevió la existencia de ese ilustre y virtuosísimo Prelado. Tenemos también la felicidad de poseer hasta hoy dos institutos de monjas observantes desterradas de Colombia.

de la *libertad*, y por los guardianes de la *libertad*. Iglesias profanadas y saqueadas, robo de los bienes eclesiásticos, destierro de Obispos, persecución sistemada á los ministros del altar, corrupción de las buenas costumbres, guerra sin tregua al catolicismo, protección oficial y decidida á las sectas disidentes; abolición de institutos religiosos, cuyos miembros fueron considerados como enemigos de la república; rebelión no interrumpida contra la autoridad; sed insaciable de trastornarlo todo, cambiarlo todo, y reducirlo á cenizas, como lo verificaron los revolucionarios franceses,—he ahí el compendio del liberalismo en Venezuela, con la notable circunstancia de que allí, como en Francia y en todas partes donde ha fijado su planta, dió por resultado el despotismo más feroz y sanguinario, matando la libertad que tanto se encomiaba. Venezuela tuvo que sufrir la tiranía más odiosa de la dictadura.

Las logias masónicas "*Estrella del Orinoco*", "*Estrella del Tequendama*" y otras que se establecieron en Caracas, Maracaibo y varios puntos de la república, fueron el taller donde se elaboraron las revoluciones políticas y de donde salieron, cual asoladora lava, los principios anárquicos que conmovieron las bases del edificio social.

‘Mucho se ha escrito sobre la dictadura de Venezuela, dice un ilustre publicista, mucho se ha ponderado la iniquidad de los medios que fueron empleados para entronizarla; se ha acusado de pérfido á un gobierno que provocaba las manifestaciones populares, para tener ocasión de reprimirlas derramando sangre de ciudadanos inofensivos; se ha pintado con viveza los excesos de los gobernantes que, al frente de ejércitos de bandidos, asolaban la república cometiendo todo género de violencias; se ha lamentado la dispersión de tantos ciudadanos obligados á abandonar su patria, para no ser contados entre las víctimas; y, en fin, se han hecho votos en favor de aquel desgraciado país que parece haber sucumbido bajo el peso de sus

males”.

“No queremos especificar, añade el mismo escrito, ninguna de las repugnantes escenas que se dan como consumadas en Venezuela durante la dictadura; por el honor de América, por el honor de sus ciudadanos, y por el decoro que debemos á nuestro propio carácter, no repetiremos lo que otros han dicho”.

Méjico nos suministra en su historia, cuadros más aterradores aún que los de N. Granada y Venezuela. Dos logias masónicas opuestas entre sí en principios políticos, mas no en tendencias destructoras en que estaban completamente acordes, pusieron á la república bajo las plantas de un puñado de extranjeros que enarbolaron el pabellón estrellado en la misma capital de Méjico y se apoderaron del rico y vastísimo territorio de Tejas para anexarlo á la Confederación norteamericana. Del seno de esas logias cuyos prohombres se disputaban sangrientamente los altos empleos de la nación, salieron los odios y venganzas entre los mismos que debían unirse para arrancar de las garras del águila norteamericana los Estados de Tejas y California; vino, en consecuencia, la guerra civil y en pos de ella la anarquía, que es el último límite á que puede llegar la desgracia de un pueblo.

El saqueo, en vasta escala, de los bienes de la Iglesia; la persecución de los sacerdotes del Dios Unico, las prisiones y destierros á los Obispos para que no ejercieran su ministerio pastoral; los despojos á los católicos de sus bienes y propiedades; los decretos inicuos contra los institutos religiosos, congregaciones y casas de misericordia, sobrepasaron en hipocresía y cinismo á los de N. Granada y Venezuela.

“Pero es digno de notarse, dice el publicista que hemos citado, que estos hechos, ignominiosos para sus autores y que siempre han sido consumados por los que pretenden ser llamados liberales, progresistas é ilustrados, fueron sancionados en Méjico por un congreso que se constituía en remedo de las cámaras

“más liberales de Francia, y apoyados por los que pre-
 “dicaban á los pueblos la libertad hasta el fastidio. ¿Y
 “acaso la justicia no es la base de la libertad, del pro-
 “greso y de la ilustración? Nada tienen de liberales
 “ni de progresistas los que arrebatan su pan al pobre
 “y la limosna al mendigo — son meramente egoístas, y
 “el egoísmo es el primer enemigo del progreso y del
 “bienestar social. El liberalismo, tal como se com-
 “prende hoy por los que lo proclaman, es la ironía
 “más amarga del programa con que se le ha anuncia-
 “do á la sociedad tantas veces; no hay en él ni justi-
 “cia ni rectitud, y si en su bandera se escriben los
 “nombres de las virtudes sociales más nobles, son pu-
 “ramente nombres escritos para servir de máscara á
 “los vicios más innundos que bajo de ellos se cobijan.
 “En Europa y en América lo han desacreditado por
 “completo sus prohombres, y este descrédito no es
 “efecto de injustas preocupaciones, sino el resultado
 “natural de sus propias obras.

Ya se ha visto cuantas blasfemias se profirieron
 en el seno de la Convención francesa contra la Omni-
 potencia Increada, contra Jesucristo y su Iglesia; pues
 en las cámaras legislativas de Méjico, *remedo de las de
 Francia*, en la patria de Iturbide, abofeteando á seis
 millones de católicos, se repitieron esas blasfemias, y
 un diputado llegó á decir que “*ya era necesario que la
 farsa de Jesucristo desaparezca*”. Justo era, por consi-
 guiente, que tales principios acarreasen sobre ese des-
 graciado país la cólera del cielo, y se viese despedaza-
 do por la anarquía, vacilante entre la república y el
 imperio, y presa de gobernantes oscuros, sostenidos
 por hordas de bárbaros, sedientos de riquezas y opreso-
 res de todo lo bueno, que se han sucedido durante me-
 dio siglo de la guerra civil.—“Desde Chiapas hasta Te-
 jas y desde Veracruz hasta el Acapulco, dice el es-
 critor antes mencionado, toda la república presenta el
 mismo tristísimo espectáculo; espectáculo de guerra
 fratricida, de desolación, de miseria, de ignorancia y

de atraso. . . Diríase que las ideas han sufrido allí un trastorno completo. . . La prensa que vomita sin cesar las opiniones más desorganizadoras é inmorales; los clubs que se agitan discutiendo las doctrinas del socialismo; las logias secretas que tienden lazos al poder público y trabajan por mantener la sociedad en anarquía y confusión; la división de los ciudadanos en mil partidos que representan distintas ideas, distintas opiniones y distintos intereses; la fe debilitada en una gran parte del pueblo á consecuencia de la guerra obstinada que se hace á sus dogmas, á su disciplina y á su sacerdocio; todo esto presenta el cuadro más doloroso para quien observa desde lejos, y la situación más amarga é intolerable para el que sufre de cerca sus efectos”.

Y esta pavorosa situación de Méjico ¿podrá llamarse *progreso, civilización, triunfos de la libertad*? El liberalismo no puede dar de sí otro progreso ni más civilización que lo que acabamos de ver.

Esa voráGINE revolucionaria en que han sucumbido los intereses más caros de las naciones antiguas y modernas; que ha absorbido millones de víctimas; que ha despedazado derechos sagrados: honra, buenas costumbres, libertad, garantías sociales é individuales; que ha esquilmo y debilitado naciones ricas y poderosas; que ha sepultado la virtud y levantado del fango los crímenes y los vicios para adorarlos; esa voráGINE, asoladora ha recorrido también todos los demás países de la América antes española, arrastrándolos á un abismo con su devastador empuje.

Ahí están las repúblicas del Centro, en otros tiempos tan prósperas y felices que eran la envidia y la codicia de las naciones del Viejo mundo. Hoy, presas de la anarquía ó del despotismo, condenadas á perpetua guerra, impotentes para establecer el orden que no lo conocen más que en el nombre; subyugadas por las logias masónicas; arrastradas á la muerte por caudillos que se disputan el mando supremo; empobreci-

das por las exacciones liberales; y quizá próximas á desaparecer del rol de las naciones, he ahí en compendio la historia de esos Estados bajo la planta opresora del liberalismo.

¿Qué se encuentra, pues, del antiguo esplendor de las repúblicas del Centro? Nada, absolutamente nada. La paz y la armonía que las hacían prósperas y felices, se han sustituido en odio encarnizado que no se satisface sino con la sangre en las guerras frecuentes que se hacen unas á otras. Estados pequeños que necesitan brazos para explotar y cultivar sus feraces territorios, sacrifican á sus hijos en combates ruinosos que ninguna hora ni provecho les reportan. El liberalismo, por el órgano de las logias masónicas, sopla el fuego de la venganza mutua, alimenta la anarquía, excita las pasiones más violentas, entretiene las esperanzas de los aspirantes á los primeros puestos públicos, halaga el despotismo de los caudillos vencedores hoy, para recriminarlos mañana que estén caídos; y siembra en todas partes, las más venenosas doctrinas, los principios más disolventes, con el fin de arrancar de cuajo la Religión católica, que es la única tabla de salvación que sostiene aún la existencia de esas repúblicas, á pesar de que sus gobernantes trabajan incansables en la obra de su aniquilamiento.

Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala y San Salvador, envenenadas por las doctrinas liberales, sufren hoy las funestas pero necesarias consecuencias que trae consigo esta maldecida secta. Creyeron en la realización de las promesas del liberalismo, y se lanzaron á minar los cimientos del orden social, para edificar sobre sus ruinas el soñado imperio de la *libertad, igualdad y fraternidad*. La Religión que condena los crímenes y los vicios es allí perseguida, vilipendiada y ultrajada; allí se quemó por la mano del verdugo la estatua sagrada de Santo Domingo de Guzmán, por haber sido este gran Patriarca fundador de la Orden de Predicadores que estableció la inquisición; allí los

Obispos y sacerdotes del Señor han sido bárbaramente presos, encadenados y desterrados; allí han sido profanados sacrilegamente los templos católicos, robadas sus alhajas y paramentos; allí, en fin, se han parodiado las escenas más odiosas de la revolución francesa.

Institutos y Congregaciones benéficas, donde el huérfano encontraba á sus padres, la miseria hallaba alivio, el enfermo médicos y medicinas, el afligido consuelos, el mendigo alimentos; institutos que hacían la guerra á la ignorancia, enseñaban y civilizaban á los pueblos, han sido suprimidos en nombre de la libertad y de la civilización. ¿Y qué se ha dado á esos pueblos en cambio de los bienes que se les ha quitado? Armas y odio para que se despedacen entre sí; pobreza y miseria para que sacien su hambre y cubran su desnudez; indiferentismo en religión, para que pierdan toda noción de Dios, de virtud y de moral; impunidad para el crimen, y, en una palabra, libertinaje y desenfreno. Se les ha dado casinos para corromper sus costumbres, clubs y logias donde aprendan á despreciar á Dios y á los hombres, á desconocer toda autoridad, y á manejar el puñal y la tea incendiaria.

“Cuando la historia publique, dice el Sr. Eyzaguirre, los hechos consumados en Buenos Aires, Entre-Ríos, Corrientes, Catamarca y Provincias de Cuyo, nuestro siglo alzará un grito de horror, pedirá á voces que sean borradas las páginas que consignan esos sucesos que infinitamente le degradan, y excitará á todos los pueblos civilizados de la tierra para que unidos lancen un anatema terrible sobre los temerarios que destruyendo las convicciones religiosas de sus conciudadanos les precipitaron á cometerlos. Veinte años de la más vergonzosa dictadura que se vió en América; veinte años durante los cuales la vida de los ciudadanos y la suerte de los pueblos dependían del capricho de caudillos cuya ley era su espada, son lección suficiente para que conozcan to-

“dos los jóvenes Estados á donde los conduce la falta “de fe y de conciencia religiosa.”

Las repúblicas de la Banda Oriental, invadidas también por el liberalismo, se hallan sufriendo las dolorosas y precisas consecuencias de esa epidemia funesta. Gobernantes y gobernados en constante y abierta pugna, los unos por conservarse en el poder que ayer no más asaltaron, y los otros por subir á él derribando á los que recién lo han ocupado, es el estado casi natural de aquellas repúblicas. Y como frecuentemente sucede que los más audaces y codiciosos, que no los más dignos, son los que, por la intriga ó por la fuerza, se apoderan de los destinos públicos, los pueblos no ganan con esos cambios repetidos otras ventajas que deshonor y miseria. Semejantes mandatarios que no son aptos para el gobierno de los pueblos; porque no conocen los deberes de gobernantes ni las necesidades de los gobernados; ni son buenos como simples ciudadanos, porque toda autoridad superior á su *Yo* es una carga insoportable, y el desorden y la revuelta consideran como derechos sagrados del individuo; estos mandatarios, decimos, ¿podrán hacer la felicidad de una república que oprimen con el peso abrumador de un despotismo brutal?

El liberalismo que tanto encomia las luces del siglo, que no habla sino de ilustración, civilización, progreso, tiene á la república del Uruguay sumida en la más lamentable ignorancia; pues si hemos de creer los datos estadísticos que se han hecho en estos últimos años, pocos y muy pocos son proporcionalmente al número de sus habitantes, los individuos que saben leer y escribir; pero en compensación de este punible descuido de la enseñanza primaria, se han multiplicado las logias masónicas que, si bien están prohibidas por las leyes de aquel país, funcionan públicamente como corporaciones permitidas, tienen locales y días señalados para sus reuniones, y toman parte activa en todos los asuntos públicos.

Ademas, la Constitución ha establecido la tolerancia legal de todos los cultos; y merced á ella ha sentado su planta el protestantismo en esa república infortunada que, con semejantes elementos de desorganización, es muy natural que no salga del estado permanente de anarquía que la devora.

Montevideo, asolado por un largo sitio, tuvo que tocar con los extremos del hambre, la miseria y el aniquilamiento; y, mientras tanto, se levantaban aspirantes codiciosos para apoderarse, en nombre de la *libertad*, del gobierno de esa república agonizante; y en nombre de la *libertad*, reclamando las *garantías individuales*, se efectuan sublevaciones y guerras fratricidas, cuyas consecuencias son los fusilamientos, destierros, exacciones y violencias que consumen los recursos que podrían utilizarse en provecho de la nación.

La república argentina, después de su emancipación de la Metrópoli vió introducirse en su suelo, con las logias masónicas, el liberalismo destructor, el cual quiso seguir el ejemplo de Francia y proclamó *los derechos del hombre*.—la *soberanía de la multitud*. Con este primer paso allanó todo obstáculo para lanzarse sin freno á trastornar el orden social, empezando, como siempre lo hace, por la persecución á la Iglesia católica, puesto que ella es la única valla en que tropiezan sus planes inicuos. Así, mientras los prohombres de la secta decretaban la tolerancia de cultos, la supresión de las comunidades religiosas, la exclaustración de las monjas, la expropiación de los bienes eclesiásticos, la supresión de los seminarios, escuelas, asilos de huérfanos, casas de caridad y misericordia sostenidas por corporaciones católicas; mientras se suprimían los días de fiesta establecidos por la Iglesia, y se quería hacer imposible el culto divino, se perseguía de muerte á los Obispos, se hostilizaba al clero y á los católicos y se vilipendiaban las prácticas piadosas. "Ningún gobierno de la América española se manifestó tan hostil á la Iglesia católica como el argentino," dice el autor que

antes hemos citado.

Estos antecedentes debieron traer, y trajeron en efecto, sobre aquella nación llamada á ser una de las prósperas y florecientes de América, las deplorables consecuencias de la guerra civil más sangrienta y feroz con su séquito inseparable de odios, venganzas, fusilamientos, destierros, persecuciones y violencias de todo género, y, por último la dictadura más odiosa, que es precisamente el término á que llegan las sociedades anarquizadas por el liberalismo.

La historia de los veinte años de dominación absoluta y tiránica del Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, debería haber sido para los argentinos lección severa para no volver á entregar su porvenir á las borrascas revolucionarias que postraron á la nación á los piés de aquel déspota sanguinario; pero lejos de esto, con la caída de la dictadura, se despertaron las pasiones más violentas, los odios más encarnizados, las venganzas más ruines; y á la feroz y bárbara *mashorca* (1) reemplazó la secta liberal que, en cierto modo, vindicó al dictador. Este había atormentado y fusilado sacerdotes; había cambiado á su capricho las prácticas religiosas; había expedido decretos hasta sobre el rito católico prohibiendo el uso de ornamentos sagrados que tuviesen los colores de las banderas de los que combatían la dictadura; había dispuesto que su retrato fuese colocado en un lugar preferente en las iglesias, y, finalmente, había hecho cuanto pudiera hacer un loco furioso que tuviese á su disposición la fuerza bruta. Pero los liberales hicieron más todavía. He aquí como bosqueja el autor que hemos citado la situación de esa república: “Córdova
“da apenas señales de vida para llorar las ilustres vícti-
“mas que arrancaba de su seno el memorable López,
“y las provincias de Cuyo, sirven de campo vastísimo
“á la guerra á muerte que Quiroga y Aldao declaran á

(1) Sociedad de bandidos y asesinos de que se servía Rosas, para llevar á cabo sus decretos de muerte y exterminio.

“cuantos pertenezcan á otra bandera que la suya. Entoncez, cuando las víctimas de sus opiniones políticas encerradas en las pieles frescas de los animales que las conducían, eran dejadas en medio de las *Pampas* para que sirviesen de pasto á las fieras; entonces cuando después de combates encarnizados se mandaba acuchillar á los prisioneros, sin excepción de rango ni edad; entonces, en fin, cuando las madres y las esposas eran presas y fusiladas, por participar de la opinión de sus hijos ó maridos, entonces, decimos, ¿qué hacían esos hombres de estado que realizando el programa revolucionario acordado en Buenos Aires, habían precipitado al país en ese abismo de males? Esos hombres figuraron casi siempre en las filas de la dictadura y eran los enemigos del pueblo á quien habían alucinado. Los que incendiaron las iglesias proponiéndose robarlas con mayor facilidad; los que con impudencia inaudita arrojaban de sus conventos á los frailes para apoderarse en seguida de sus rentas y propiedades, y los que á nombre de la libertad é ilustración cerraban los colegios dejando sin instrucción á la juventud, todos esos eran déspotas, y con muy cortas excepciones apoyaban la dictadura”.

Verdad es que la república argentina ha hecho grandes progresos materiales; pero através del esplendor de esas obras que tienen por único fin los goces del cuerpo y las comodidades de la vida, se descubre el abismo que absorbe todo elemento de progreso moral, y destruye las virtudes que hacen la felicidad de las naciones. Esos progresos que no satisfacen más que los sentidos son como flores olorosas que cubren un cadaver en putrefacción.

Otra dictadura más ominosa, si cabe, ejerció en el Paraguay el funestamente célebre Dr. D. Gaspar Francia que, intitulándose filósofo de la escuela de Voltaire y de los enciclopedistas del siglo XVIII, y haciendo profesión de ateísmo, se proclamó Dictador perpetuo del Paraguay y Jefe del clero. Sus abusos, violencias

y crueldades que, sin el testimonio de la historia contemporánea, creeríamos que eran fábulas inventadas para aterrar á la humanidad, comprueban cuanto influye en la suerte de los pueblos el gobierno de un hombre irreligioso, y lo que se puede esperar de los filosofistas que invocan la libertad y garantías de los gobernados.

Para que nadie pudiera turbar su dominación absoluta, ni oponerse á sus perversos caprichos, el Dr. Francia cerró las puertas de la república al comercio del mundo, dejándola aislada de toda comunicación con las demás naciones; y valiéndose de intrigas infames, de calumnias ruines y traiciones vergonzosas, hizo desaparecer á todos los hombres de bien, ilustrados y virtuosos que por sus honorables precedentes habían merecido la estimación de sus compatriotas, y á los que por sus riquezas y liberalidad podían influir en las clases sociales. Desembarazado de todo estorbo organizó su gobierno dictatorial de tal manera que su voluntad soberana fuese la única que imperase en todos los ramos de la administración pública. Un Secretario general, un Ministro tesorero, un Juez de derecho, otro de alzadas, y un capitán encargado del mando de la fuerza armada—he ahí toda la lista de altos empleados que componían el gobierno del Dr. Francia.

Semejante á Dionisio de Siracusa veía en cada hombre un enemigo, un asesino con el puñal levantado para descargar sobre él el golpe mortal; veía por todas partes acechanzas contra su vida, y no ahorrraba medio ninguno para ponerse á cubierto de los imaginarios peligros de que se creía rodeado. Acostumbraba pasearse todos los días, solo y por determinados lugares á horas señaladas; y había prohibido que durante su paseo nadie pudiese caminar por las calles que él transitaba, ni asomarse á los balcones ó puertas para verlo. El nombre de Francia debía pronunciarse en público y en privado descubriéndose la cabeza. Suspicaz, como todos los famosos tiranos, hizo salir del país á todos los extranjeros, y á los que tenían la desgracia de lle-

gar á él los detenía en prisiones, sin permitirles ni la correspondencia epistolar con sus familias. El naturalista Bonpland, Longchamp y Rogier no pudieron salir de aquellas prisiones sino después de la muerte del dictador.

Enemigo de la Iglesia de Jesucristo, persiguió á los ministros del Santuario, los encarceló y desterró, prohibió la predicación del Evangelio, cerró las iglesias, y los bienes y alhajas de éstas hizo pasar al Tesoro público.

Relatar lo que ha hecho el liberalismo en las demás repúblicas sur-americanas, sería repetir, con pequeñas variantes más ó menos odiosas, lo que se ha dicho hasta aquí de las que hemos mencionado. En todas ellas el germen de las revoluciones y desórdenes ha sido la libertad sin límites, sancionada y protegida por las Constituciones y leyes políticas, que los demagogos para explotarlas en su provecho, han sancionado hipócritamente, alucinando á los pueblos con promesas falaces los han empujado á la anarquía; y ésta, por consecuencia lógica, ha levantado el trono del despotismo republicano ó la ignominiosa dictadura democrática, mil veces más terrible que el despotismo monárquico.

En esta oscilación interminable; en este vaivén perpetuo entre la anarquía y el despotismo; en este círculo de sangre y de lágrimas han girado nuestras jóvenes repúblicas, sin poder hallar la paz, único bien que necesitan para su engrandecimiento y prosperidad. Guerras fratricidas y sangrientas por destronar tiranos y conquistar la libertad, para ver en seguida levantarse nuevos tiranos sobre los escombros de la Patria, es á lo que puede reducirse la historia de la América española.

Respecto de nuestra república no queremos despertar susceptibilidades, ni restregar heridas que todavía manan sangre. La historia imparcial se encargará de juzgar y calificar como se merecen las escenas que en los períodos de liberalismo gubernativo han escan-

dalizado al mundo, y que ojalá fuesen borradas de nuestras efemérides.

XIX.

MALES Y DESGRACIAS QUE HA OCASIONADO EL LIBERALISMO Á LOS PUEBLOS.

Aunque lo relacionado hasta aquí es suficiente para medir la extensión de los males producidos por el liberalismo en el orden social, político y religioso, añadiremos, sin embargo, algunas pruebas que los hagan más perceptibles á los que ignoren la historia de esa maldecida secta.

“En pocos meses, dice el historiador hablando de Francia en la época de la revolución del 93, en pocos meses una de las partes más florecientes de la Iglesia universal, el más bello reino de Europa, queda trastornado, cubierto de sangre y ruinas, y presentando sólomente la imagen del caos.

“Al resplandor de las llamas y á los golpes del hacha, del martillo y de todos los instrumentos de destrucción, desaparecen de los sitios que embellecían, cincuenta mil iglesias y capillas, entre las cuales figuraban monumentos de primer orden, ya por los recuerdos, ya por las obras maestras que encerraban. Tales son las catedrales de Cambray y Arras, y los magníficos templos de Marmontier, Cîteaux, Cluny y otros. Doce mil abadías, conventos, prioratos, monasterios y fundaciones seculares de reyes, príncipes y fieles; y los que se escapan de la pica revolucionaria quedan convertidos en cuarteles, caballerizas, teatros y casas de agiotaje, y, bajo el nombre de clubs, en cavernas de demolidores y asesinos. Veinte mil castillos saqueados, incendiados y arrasados hasta los cimientos. . . . Ochenta mil bibliotecas que contenían esos conventos, abadías y castillos quedan saqueadas, dispersas, mutiladas y vendidas á vil precio á los especieros, ó alma-

cenadas en graneros. Los más raros manuscritos, estatuas, bajos relieves, pinturas y vidrios de colores corren la misma suerte.

Estos son los monumentos levantados por la civilización liberal; este el progreso, este el engrandecimiento con que los demagogos pagan á las sociedades los sacrificios á que las conducen. Destruir y arrasar lo existente, ensañándose en las obras maestras que aun los bárbaros han respetado, he ahí la plenitud del liberalismo, he ahí su aspiración y su dicha.—Continuemos.

El P. Segundo Franco, al hacer la estadística de las víctimas de la revolución francesa, y demostrar en qué consiste la *fraternidad* tan decantada por el liberalismo, se expresa así: "Todos somos hermanos; conque
"valgámonos de los puñales, de los venenos, de los *revolvers* para arrojar fuera de este mundo á todos aquellos que no piensan, ni hablan, ni escriben como nosotros. Todos somos hermanos; pues no haya libertad de ninguna clase sino para nosotros. ¿Religión? No la queremos. ¿Eclesiásticos? No nos gustan los regulares; en cuanto á los demás, pueden vivir, con tal que piensen, vivan y obren según nuestra voluntad. "En las personas seglares no queremos supersticiones, ni tanta castidad, ni tanto retiro. Las escuelas se han de plantear á nuestro gusto; los gobiernos se han de organizar á nuestro modo; la administración pública se ha de arreglar según nuestras ideas; según ellas se ha de gobernar toda la sociedad.

"Si esto, agrega el mismo Padre Franco, no basta para desengañar á todo el mundo sobre esa fraternidad, pueden leer el cuadro siguiente copiado de Chateaubriand, que si bien extenso, podrá servirles de completo desengaño, porque les pondrá á la vista lo que hicieron los primeros predicadores de la nueva fraternidad y lo que se puede esperar de sus sucesores.

"Según el republicano Proudhon, dice Chateau-

briand, entre los decapitados se cuentan 18.613 víctimas repartidas del modo siguiente: de la nobleza, 1278 hombres y 750 mujeres; 1467 casadas con artesanos; 350 religiosas; 1.135 sacerdotes; 13.633 no nobles de diversos estados. Total 18.613. Además mujeres muertas por partos prematuros, 3.400; de embarazo á sobreparto 348; muertos en la Vendée 15.000; Niños 22.000; Hombres 90.000; Víctimas bajo el proconsulado de Carrier en Nantes, 32.000; Víctimas en Lyon, 31.000. En este cálculo no se cuentan los que fueron asesinados en Versailles, en el Carmen, en la Abadía, en la Nevera de Aviñón; los fusilados en Tolón y Marsella, después del sitio de aquellas dos ciudades, y los que fueron degollados en la pequeña ciudad de Bodoín, de la cual no quedó un solo habitante.

“Para la ejecución de la *ley de sospechosos*, del 21 de Setiembre de 1793, más de cincuenta mil juntas revolucionarias fueron establecidas en el territorio frances, que costaban quinientos noventa y un millones al año, y 540.000 acusadores que tenían derecho de destinar á los reos (los sospechosos) á muerte”.

Proudhon queda muy corto en su estadística, porque sus principios no eran adversos á la revolución, y quería atenuar algún tanto la ferocidad de los revolucionarios. Pero con todo, tiene arranques de verdad como este: “La misión de Le Bon en los departamentos de las fronteras del Norte puede compararse con la aparición de las furias tan temidas en los tiempos del paganismo”.

Según Cordier en la obra intitulada *Mártires y verdugos* y en la pág. 358 del tomo 3º, la estadística de las víctimas de esa *revolución civilizadora y altamente humanitaria*, como la han llamado algunos, es la siguiente: “Bajo la Asamblea constituyente, 3.750; bajo la legislativa, 8.044; bajo la Convención, 1.076,606. En los campos de batalla, 800.900; en las colonias, 184.090. A esta cifra hay que agregar 1.200,000 fa-

silados ó deportados en Bélgica, Suiza, Italia, Alemania, Malta, Irlanda, Egipto, Siria, Guayana, &a. Además, 600.000 víctimas puestas á disposición de Bailleul; y 100.000 pedidas por el club de Monége. Total—3.922,900. ¡ Cerca de cuatro millones de víctimas entre hombres, mujeres y niños, desde el 24 de Agosto de 1789 hasta principios de mayo de 1794 !”

No fué solo la Francia la víctima de las furias revolucionarias, fuéronlo también las naciones conquistadas. Bélgica, Holanda, España, Cerdeña, Italia. Los que habían escrito en sus banderas el programa de *destruir completamente el mundo antiguo*, lo ejercieron más bárbaramente que en Francia, en aquellas naciones, vencidas por los ejércitos de descamisados. El incendio, el pillaje, la devastación, el asesinato, la violencia y los crímenes más horrendos fueron las pruebas que, durante ocho años, les dieron de los benéficos frutos de la libertad que predicaban y que se habían propuesto establecerla en todo el mundo. Un decreto prescribía lo siguiente: “Todos los bienes muebles, inmuebles, buques, mercancías, géneros, efectos, créditos y propiedades de toda clase, pertenecientes á los gobiernos que están en guerra con la Francia; los de los clérigos, monjes, individuos de las iglesias ó corporaciones religiosas, los de los emigrados de los países conquistados entre el Rin y el mar, así como los depósitos hechos por miembros de iglesias ó corporaciones, se declaran confiscados en beneficio de la República Francesa”.

Raynal, ex-jesuita y teólogo de la Enciclopedia, aterrado al ver el sombrío y espantable cuadro que presentaba la Francia en la época de la revolución á la que había contribuido con todas sus fuerzas y el entusiasmo más ardoroso, dirige á la Asamblea Nacional, una larga carta en la cual se expresa así: “Y ¡deberé yo acordarme con horror de ser uno de los que, manifestando una generosa indignación contra el poder arbitrario, han suministrado armas á la licencia?

“Pero próximo á descender á la noche del sepulcro,
 “próximo á abandonar una familia cuyo bien he desea-
 “do siempre ardientemente, ¿qué es lo que veo al re-
 “dedor de mí? Turbulencias religiosas, disenciones
 “civiles, consternación por una parte, despotismo y au-
 “dacia por otra, un gobierno esclavo de la tiranía popu-
 “lar, el Santuario de las leyes rodeado de hombres de-
 “senfrenados que quieren imponerle su voluntad ó de-
 “safiarse, soldados sin disciplina, jefes sin autoridad, mi-
 “nistros sin recursos, y la fuerza pública colo-
 “cada solamente en los clubs, donde hombres ignoran-
 “tes se atreven á decidir sobre todos los asuntos polí-
 “ticos.—Tal es la verdadera situación de Francia. . . .
 “Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando ví á los hom-
 “bres más despreciables usar las más bajas intrigas pa-
 “ra extraviar la Revolución, cuando ví el santo nom-
 “bre de *patriotismo* prostituido hasta el crimen, y la
 “licencia caminar en triunfo bajo las banderas de la
 “libertad busqué por todas partes los principios
 “conservadores de la propiedad, y los encontré ame-
 “nazados, busqué el asilo en que se había refugiado la
 “libertad individual, y ví la audacia siempre crecien-
 “te que esperaba, que invocaba la señal de destruc-
 “ción que se preparan á dar los facciosos, y los inno-
 “vadores no menos funestos que aquellos.”

Sensible es que no podamos copiar la carta ínte-
 gra de la que hemos sacado los trozos que anteceden ;
 pues toda ella demuestra el combate que sufría la con-
 ciencia del autor, considerándose responsable de tantos
 males y desastres, é impotente para remediarlos.

Agreguemos otros testimonios igualmente irrecusa-
 bles :

Al ver esta invasión del mal que se inoculaba en
 confuso desorden en el corazón de las sociedades, ex-
 clamaba Lejeune : “Las verdades que se han conside-
 rado siempre como el rudimento de las costumbres y
 la fuente de la honradez pública, han degenerado de
 tal manera en paradojas y problemas, que ya no se

atiende á la razón en nada, y no se ve ya la luz en pleno medio día, por el nublado que va invadiendo y extendiéndose por toda la Europa”

Y la “*Revista de ambos mundos*” de 15 de Agosto de 1871, decía: “La revolución no ha podido cumplir ni una sola de sus promesas, y ni uno solo de sus principios ha dejado de producir precisamente lo contrario de lo que él contenía, y dar la consecuencia que se quería evitar. ¿*La libertad*? Nunca ha podido darla sin intermitencias, y siempre nos la ha dado sin franqueza. A la *igualdad* la ha comprometido dándole una interpretación brutalmente materialista. . . . En cuanto á la fraternidad no nos ha dado á conocer, hasta hoy, más que la de Caín y Abel”.

En “*El Republicano*” de 17 de Mayo de 1871, decía Vrigault su valiente redactor, refiriéndose á los excesos y crímenes del gobierno de la *Commune*: “He aquí las obras de la *Commune*; he aquí los beneficios de ese gobierno que ofrecía á los trabajadores una felicidad perfecta. ¿Ha abierto un taller? ¿ha organizado una fábrica? . . . Nada, nada, nada expoliar no es organizar. . . . He aquí la divisa por cualquier lado que se la mire: prender curas, perseguir religiosos, hacer quitar Crucifijos, establecer clubs en las iglesias . . . eso es barbarie, estupidez, necedad. . . . La República predica la fraternidad: “*Amaos los unos á los otros*”.—La *Commune* dice: *Prendeos los unos á los otros*”.

¿Qué bienes ha dado el liberalismo á las repúblicas de Sur América? Copiemos el elocuente bosquejo que hace de ellos un ilustre publicista. “Un largo camino hemos seguido, dice, y en éste quince repúblicas encontrando en todas partes unos mismos males. La anarquía, triunfante en algunas, conmueve las masas y precipita unos contra otros á los ciudadanos, conculca las leyes que sirven de fundamento al orden público, y sin freno que la contenga, comete los atentados más atroces; mientras que entronizado en

otras un despotismo repugnante, hace á las repúblicas juguete de tiranelos, y á todos los ciudadanos víctimas de los odios y caprichos de unos pocos palaciegos. Allá sucumben las garantías individuales bajo el peso enorme de los estados de sitio; acá perece la propiedad destruida por decretos del poder ejecutivo revestido de facultades extraordinarias; allí un congreso pretende representar pueblos que no tuvieron libertad para elegir sus diputados, discute y dicta leyes que sacrifican los intereses de la república, mientras que aquí se abren las arcas de la nación para derramar sus tesoros entre un círculo reducido de favoritos, y se emplean los caudales públicos en la seducción, en el espionaje y en el cohecho. Allá cunde la división hasta lo infinito, debilitando la fuerza de las Estados y llevándolos á su destrucción; acá ven algunas repúblicas combatida la independencia de otras, sin que el peligro común las alarme ni la muerte de la libertad las conmueva. En medio de un desorden tan espantoso y que compromete la existencia política de tantos Estados, los hombres juiciosos se detienen para meditar sobre la situación.

“¿A dónde vamos á parar continuando por el camino que llevamos? es la idea que se les ocurre al pensar en el provenir de la patria, en presencia de sus trastornos y de sus agitaciones sin cuento. ¿A dónde nos lleva esa revolución constante, esa multitud de supuestos patriotas y de verdaderos aspirantes?.....

“Algunos que se ocupan de política no cesan de gritar pidiendo un día tras otro nuevos ensanches para las libertades populares: más creyendo equivocadamente divisar en la religión un adversario que contradice su demanda, la han combatido junto con el poder con quien creyeron verla ligada estrechamente. Nosotros distinguimos á la libertad política de la revolución que tiende á elevar al poder la licencia y la anarquía; la libertad política tiene por objeto asegurar

á los ciudadanos la posesión de su libertad civil y moral, mientras que la revolución es con frecuencia el enemigo más cruel de esa libertad, el que la hiere y la maltrata haciéndola sufrir humillaciones de mil modos. La religión nada debe á la revolución anárquica y democrática, mientras que á la libertad debe mucho; pero también esta misma libertad en cambio, encuentra en la religión su apoyo más firme y su dirección más segura”.

XX.

CONCLUSIÓN.

Hemos visto al liberalismo, en sus diferentes formas y disfraces, desempeñando su misión, de destruir todo lo que él no ha creado; y en la necia tarea de arrancar del corazón del género humano la noción de un Dios tres veces Santo, Soberano del Universo, le hemos oído exclamar con soberbia satánica: “*No hay más dios que el hombre, más culto que la razón humana, ni más altares que los de la patria*”. Lo hemos visto, después de sus efímeros y devastadores triunfos, pasear orgulloso por entre las ruinas de los templos y ciudades, sobre millares de víctimas inocentes sacrificadas por él. Lo hemos visto, repleto de la sangre de sacerdotes del Altísimo, prosternarse ante ídolos de barro, ante bailarinas y prostitutas y adorarlas como á dioses. Lo hemos visto . . . ; ah! lo hemos visto comiendo la carne de sus semejantes y vistiéndose de pieles humanas! Y sin embargo de que esta guerra más ó menos encarnizada y feroz, á la Iglesia de Jesucristo y á las sociedades, empezó con la apostasía de Lutero y continúa sostenida por los tenientes y delegados de Satanás, la Iglesia, protegida por su Divino Fundador, sigue su rumbo majestuoso desafiando las borrascas de la soberbia humana, y verá la consumación de los siglos. Mientras tanto ¿dónde están esos

apóstatas y sacerdotes del dios-pueblo, de la diosa Razón, y de esa divinidad llamada Yo?

Todos los Emperadores romanos desde Tiberio hasta Licinio, último defensor del paganismo, en el período de más de trescientos años en que la Cruz triunfó en Andrinópolis y en las aguas del Bósforo, y se estableció la paz de la Iglesia, creyeron extinguir el Cristianismo con la persecución sistemada y sangrienta que le declararon. Pero todos esos emperadores, césares, procónsules y gobernadores perecieron miserablemente, y la Iglesia de Jesucristo quedó en pié. Juliano Apóstata se vanagloriaba de *preparar la tumba del Galileo*, y se propuso reedificar el Templo de Jerusalén, para hacer falsear la palabra de Jesucristo que había dicho que no quedaría de ese Templo piedra sobre piedra: Juliano fué burlado y castigado por su necio propósito; sus esfuerzos fueron inútiles, y murió en la desesperación, exclamando: "*Venciste, Galileo, venciste*".—Lutero, padre de la Reforma protestante, creía que la Iglesia Católica era una institución muy vetusta y gastada, próxima á desaparecer, y decía: "¡Oh Papa, oh Papa! yo he sido para tí una peste durante mi vida; después de mi muerte seré tu destrucción!" Y Lutero murió, y el Papado permanece más floreciente y glorioso.

Pasaron también como sombras fugitivas, sin dejar más que la memoria de sus violencias, los normandos que hicieron prisionero al Papa León IV; Crescencio que mantuvo en riguroso cautiverio al Sumo Pontífice Juan XV, y persiguió á Gregorio V; Enrique IV, emperador de Alemania, que en 1084 puso sitio al castillo de San Angelo donde estuvo encerrado durante seis meses el Papa Clemente VII; Napoleón I y sus generales que en 1796 hicieron prisionero al Pontífice Pío VI, convirtieron en república los Estados romanos, y en 1808 arrancaron á Pío VII de la Silla Pontificia, lo condujeron á Francia, lo encerraron en Fontainebleau é incorporaron Roma al Imperio francés.

Voltaire, patriarca de la incredulidad, Voltaire, que llevó su odio á Jesucristo hasta apellidarse y firmar sus cartas "*Voltaire burla-Cristo*", escribía á uno de sus cofrades: "Estoy cansado de oír decir que bastaron doce hombres para fundar la Religión Católica; pues yo les haré ver que basta uno solo para destruirla"; y en 25 de Febrero de 1758 escribía á D' Alembert lo siguiente: "De aquí á veinte años ya estará Dios bien divertido", aludiendo á sus ensueños de destruir la Religión Católica: pero por un justo castigo de Aquel de quien se había burlado, á los veinte años justos y cabales cayó enfermo con un violento ataque, sus últimos días fueron los de un condenado, y murió exclamando: "*Muero abandonado de Dios y de los hombres*"; pero la Iglesia Católica existe, vive y ve pasar las generaciones de impíos que le hacen la guerra.

Los descamisados franceses, para mofarse del Vicario de Jesucristo en la tierra, creyendo que la Soberanía Pontificia estaba al punto de desaparecer hicieron figurar en el teatro á un tribuno del pueblo que se presentó al Papa y entre otras cosas le dijo: ; Libertad! ; Igualdad! No haya más Pontífice Romano, ni inquisición, ni excomuniones. Aceptad sin restricción ninguna la sabia constitución francesa y la *declaración de los derechos del hombre*. Si rechazais nuestros decretos se os volverá á conducir á Cesena vuestra patria. El pueblo, desplegando su antiguo poderío perdonará vuestra debilidad. Hablad sin temor". Y en las cartas insolentes é impías dirigidas á Su Santidad, se le previene que resigne su Poder espiritual y temporal, y que diga á los pueblos: "Yo entrego en vuestras manos mi tiara, y espero que mi clero habrá de seguir mi ejemplo". En seguida los ejércitos revolucionarios atravesaron los Alpes, se apoderaron de Roma, arrojaron de su silla al Soberano Pontífice, y Berthier subió al Capitolio pronunció en discurso en que manifestaba que el *fanatismo*, es decir la Religión Católica, había sido aniquilado. Pe-

ro murieron los *descamisados*, murieron todos los que celebraron con fiestas y pomposos discursos lo que llamaron aniquilamiento del Pontificado; murieron, sin dejar á la historia más que sus nombres malditos y el recuerdo de sus crímenes, los que apenas encontraban frases apropiadas para ensalzar lo que en su necio orgullo denominaron triunfos de la libertad, de la soberanía del pueblo, de la deificación de la materia, y la absoluta independencia del hombre de todo poder Divino y humano; y la Iglesia Santa vive radiante y gloriosa, y el Pontificado no ha desaparecido!

¿ Dónde están ahora Enrique IV, Enrique V, Federico I Barbaroja, Federico II y Luis IV, el Viejo, poderosos emperadores de Alemania, Enrique rey de Cerdeña y Felipe IV llamado el Hermoso, rey de Francia, que oprimieron, vejaron y martirizaron á muchos Pontífices por odio á la Iglesia de Cristo ?
 ¿ Dónde están los famosos revolucionarios italianos de nuestros días, que hicieron apurar hasta las heces el cáliz de la amargura á nuestro Padre Santo Pío IX ?
 ¿ Dónde están esos depurados liberales Mazzini, Carlos Alberto, rey de Cerdeña y el más que desgraciado Filibecchi que fué á Roma con el único designio de asesinar á Pío IX el 12 de Abril de 1865 ?

¿ Dónde están Victor Manuel II y sus ministros el conde de Cavour, Cassinis, Ratazzi, Nino Bixio, bombardeador del Vaticano ?
 ¿ Dónde el rey Luis Felipe que, exclavizando y oprimiendo á la Iglesia Católica y á sus ministros, creyó fácil protestantizar la Francia ?
 ¿ Y Napoleón III, "tipo perfecto de gobernante católico-liberal", ¿ dónde está ?
 Pasaron como relámpagos que cruzan el espacio; y la obra de destrucción, en que trabajaron toda su vida, no la vieron terminada, ni la verán jamás los que les han sucedido en esa desastrosa misión, aunque sus compactos escuadrones dispongan de todas las fuerzas reunidas del infierno, para hacer la guerra más inicua y sangrienta á la Esposa del Cordero Inmaculado. Desaparecerán del

escenario de sus infamias y soberbia, como han desaparecido todos los monarcas y potentados, todos los innovadores y sectarios perseguidores de la Iglesia, desde Herodes Ascalonita hasta Victor Manuel II, desde Montano hasta Jorge Sand y Victor Hugo. Sí; desaparecerán, porque en todos los siglos y en todas partes se han cumplido y se cumplen las palabras del Profeta Rey: "*Vi al impío sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Líbano.*"

Y pasé, y he aquí que no existía; y lo busqué, no fué hallado el lugar de él. (1)

Y cuando su suerte eterna esté decidida, y la Verdad que con tanto tezón han combatido se les manifieste radiante; cuando vean á los humildes y obedientes hijos de la Iglesia, coronados de gloria y agrupados al rededor de la Cruz que salvó al mundo, exclamarán "*pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu: Estos son los que en otro tiempo tuvimos por escarnio y como ejemplo de oprobio.*"

Nosotros insensatos teníamos su vida por locura, y su fin por una deshonra:

Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor.

¿De qué nos aprovechó la soberbia? ¿ó qué nos ha traído la jactancia de las riquezas?

Todas aquellas cosas pasaron como sombra, y como mensajero que va corriendo". (2)

(1) Salmo XXXVI. v. 35 y 36.

(2) Libro de la Sabiduría. Cap. V.



INDICE.

DEDICATORIA.

PROLOGO.

Pág.

EL LIBERALISMO TEORICO Y PRACTICO.

I.—Definición del liberalismo.—El liberalismo es la revolución social.—Sus principios encierran todos los errores, herejías y cismas de todos los siglos.—Diversas denominaciones que han adoptado los grupos liberales.	1
II.—Por qué medios gana prosélitos el liberalismo.—Confesiones de los liberales.—Adulaciones de éstos al pueblo.	5
III.—El liberalismo es la francmasonería encubierta.—Los francmasones se han demostrado siempre liberales.—Palabras de Lamartine.—La mentira es el arma favorita de los liberales.—Cómo engañan á los pueblos.—El pueblo-dios.	10
IV.—Los pueblos paganos eran más felices, aun en la degradación en que existían, que los dominados por el liberalismo.—El liberalismo es inconsecuente; deifica al hombre al mismo tiempo que lo degrada. Soberanía del dios-pueblo.	13
V.—Quiénes ejercieron la soberanía liberal.—Las calce-terras de Robespierre representantes del pueblo soberano.—Servil adulación de los demagogos al soberano.—Filósofos modernos, peores que los enciclopedistas.	17
VI.—Continuación del anterior.—Principales revolucionarios del 93.—En sus discursos no piden más que sangre.—Imitadores de los sansculottes franceses.—La secta liberal es la misma en todas partes.	33
VII.—Credenciales de los principales apóstoles del liberalismo.—Lutero.—Calvino.—Zwinglio.—Enrique VIII.—Voltaire.—Rousseau.	38
VIII.—Principales actores de la revolución del 93.—Comunistas de París.—Mirabeau.—Marat.—Couthon.—	

Saint-Just.	43
IX.—Liberalismo práctico.—Emanación de la conciencia.—Primeras hazañas del pueblo soberano...	47
X.—Garantías.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la vida y del domicilio.	58
XI.—El terror como medio necesario de dominar á la sociedad.—El terror es el poderoso recurso del liberalismo.—¿De dónde viene la palabra terror?....	62
XII.—Más pruebas del terrorismo liberal.—Saques.—Despojos.—Incendios.—Demoliciones.	72
XIII.—El liberalismo antropófago.—Curtidurías de piel humana.	86
XIV.—Los albaceas testamentarios y herederos de los jacobinos del 93.—El terror, medio infalible de que se vale el liberalismo.—Decretos.—Libertad de la prensa.	89
XV.—Civilización y progreso liberales.—Otra conquista del siglo de las luces.	93
XVI.—El oro, dios del liberalismo.—Único sumo bien que conoce.	97
XVII.—La diosa razón.—Trastorno general.—Locuras liberales.	103
XVIII.—Los principios de la revolución francesa predicados y seguidos en todas partes.—Declaraciones y programas de liberales de diversos estados.—América contagiada del virus revolucionario.	109
XIX.—Males y desgracias que ha ocasionado el liberalismo á los pueblos.	127
XX.—Conclusión.	134



B.N.

EL LIBERALISMO DE VILLAMAR